MARTA FLORES

EL FUEGO QUE CAUSAS *en mí*



MARTA FLORES

EL FUEGO QUE CAUSAS *en mí*

Primera edición.

El fuego que causas en mí

©Marta Flores

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik

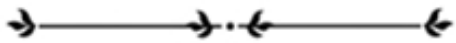
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



Zelda

—¡Zelda, a mi despacho ya! —El bocinazo de Enzo resonó en toda la estación.

—Enzo, majo, ¿no puedes esperar a que me duche y me cambie de ropa? —le contesté, poniendo los ojos en blanco.

—No, no puedo. Por tu bien, pasa ahora, porque como pase más tiempo, te juro que sales de aquí hoy con una sanción. Y de «Enzo majo» nada, trátame con el respeto que me merezco por ser tu superior.

—Sí, sí, mi superior eres en muchos sentidos, sobre todo en años —le respondí, escondiendo una risita.

—Dios, dame paciencia —dijo Enzo, alzando las manos al cielo.

No quise cabrearle más. Todo debía tener su justa medida y, aunque tocar los «kinder» a mi hermano Enzo era uno de mis pasatiempos favoritos, había que hacerlo en dosis pequeñas para que le diera tiempo a recuperarse de una de las muchas que le soltaba antes de lanzarle la siguiente.

—Está bien, vamos, pero que sea rapidita la charla, que ya he acabado mi turno y he quedado —le dije, caminando en dirección a su despacho, al que solía ir bastante; el motivo, pues que eso de seguir las normas, digamos que no era lo mío.

Entramos en el despacho, yo delante y Enzo después, dando un portazo que hizo temblar la puerta y uno de los cuadros que estaban colgados en la pared. *Qué pena que no se cayera*, pensé, porque más feo no podía ser. «Nota mental: aflojar un poco el agarre cuando Enzo no estuviera para que al siguiente portazo se cayera de una vez por todas y pusiera otro más bonito, una foto mía, por ejemplo».

—Siéntate, Zelda —me pidió, apretando los dientes.

—Te noto muy estresado, hermano. ¿Cuánto hace que no follas? Mira que eso es muy bueno para reducir el estrés, mantenerse en forma y liberar tensiones. Deberías probarlo más a menudo, se te está poniendo una carita de amargado que no veas. ¿Quieres que te busque yo una buena churri que te dé un buen repaso? Mira que no me cuesta nada, yo por mi hermano favorito lo que sea.

La cara con la que me miró era digna de estudio; era así como entre alucinado, cabreado y resignado. Qué pena que no llevara el móvil encima para haberle hecho una foto. «Otra nota mental: no entrar al despacho de Enzo sin el móvil, las fotos conseguidas se podrían usar en futuros chantajes».

—Deja de decir gilipolleces, por favor, te lo pido. «Su hermano favorito», dice, si no tienes otro. De lo otro que has dicho es que ni pienso comentar nada —me dijo, sentándose en su silla e invitándome con la mano a que me sentara frente a él.

—Está bien, pero que sepas que mi oferta sigue en pie. Tú me mandas un mensajito y yo te busco lo mejor. Sabes que te adoro con todo mi corazón y que me preocupo por ti —le dije, poniendo mi mejor cara de niña buena.

—Menos peloteo, que de la bronca no te vas a librar —me dijo, y vi muy fugazmente cómo se le iba a escapar una sonrisilla, pero se la aguantó. Bien, dos puntos para la niña Zelda, el cabreo se le había bajado un poco.

—¿Peloteo yo? Dios me libre, eso no lo he hecho nunca. Mi amor hacia ti es puro y sincero —le dije, llevándome las manos al pecho de forma dramática.

—No… nunca —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, venga, que como te he dicho, tengo prisa, que he quedado. Te ahorro el discurso. Mira, si me lo digo sola, verás —le dije, cogiendo aire antes de seguir hablando.

—Zelda, esto no puede seguir así, eres una kamikaze, haces lo que te da la gana. Las normas están para cumplirlas y las órdenes que da tu superior, que te recuerdo que es Roque, tienes que seguirlas, aunque tú creas que puedes hacer otra cosa.

»¿Te parece normal saltar de un balcón al otro sin arnés o sin esperar a que acercaran la escalera? Pues no, no es el protocolo, aunque tengo que reconocer que el tiempo corría en vuestra contra y has evitado una tragedia. Las cosas no se hacen así.

»Espero que reflexiones sobre ello y no te vuelvas a exceder, porque por tu culpa cada día me sale una cana nueva —añadí todo eso de carrerilla y sin respirar. Mi hermano me miraba con ganas de querer matarme y yo apreté los labios para no estallar en carcajadas al verle a punto de explotar.

—Te juro que si no fueras mi hermana, estabas en la cola del paro. Encima de ser una irresponsable, vienes y me vacilas. No tires más de la cuerda, Zelda, porque la estás tensando hasta el límite —me dijo con voz cansada, y pensé: venga, hasta aquí. Un poco de cancha no le vendría mal.

—Está bien, lo siento. Intentaré seguir las reglas y no ponerme en riesgo, ¿vale? —le dije con mi sonrisa esa de «te juro por Snoopy» que voy a portarme bien.

—No lo intentes, hazlo, joder. ¿Tú sabes lo que sería para mamá o para mí que te pasara algo? —me dijo con gesto agotado, pasándose las manos por la cara.

Y esa pregunta ya me hizo recular. Joder, el capullo sabía qué teclas tocar para que mi parte de temeraria se echara para atrás, dando paso a la prudencia esa que estaba siempre muy escondida y solo salía en contadas ocasiones.

—Lo sé, pero sabes que, aunque arriesgo, nunca lo hago cuando veo que no voy a poder salir airosa. Por nada del mundo quisiera daros un disgusto a mamá y a ti.

—El problema es que tú puedes estar muy segura de que tu actuación saldrá bien, pero nuestro trabajo es uno de los más impredecibles del mundo. Puede parecer que está controlado y, en tres segundos, desatarse un caos imparable. —Lo sabía, claro que lo sabía. En uno de esos desastres habíamos perdido a mi padre, y de ahí venían muchos de los miedos de mi hermano cuando me veía en una situación límite.

—Lo sé: mirar, evaluar y, si se puede, actuar; si no, buscar otra salida —le repetí las palabras que habíamos oído decir a mi padre siempre.

—Vete a duchar, anda, pero prométeme que tendrás cuidado —me dijo, mirándome con esa mirada paternal que solía dedicarme desde que nací.

—Lo prometo —le contesté, llevándome la mano al pecho, y no fue para que me dejara en paz, lo dije de verdad.

Salí de su despacho y me fui con rapidez hacia las duchas. Necesitaba quitarme el polvo y el sudor que, aunque limpio, lo tenía pegado al cuerpo y hacía que me sintiera pegajosa. Me quité el traje ese que para mí era un orgullo y mi segunda piel y me metí bajo el chorro de agua fría. Estaba acostumbrada a ducharme con agua helada en cualquier época del año; bastante calor pasaba ya en mi trabajo como para pasarlo también debajo de la ducha.

¿Habéis deducido ya a qué me dedico? Pues, si no es así, yo os lo cuento mientras me voy enjabonando.

Soy bombera. Sí, lo sé, no es una profesión en la que haya muchas mujeres, somos las mínimas, y yo soy una de ellas. ¿Por qué? Pues esa pregunta supongo que es fácil de responder: lo llevo en la sangre. Mi abuelo y mi padre lo fueron, y mi hermano y yo también lo somos.

Os contaré un poquito cómo es mi día a día, pero primero os diré mi nombre, que, aunque hayáis oído a mi hermano gritarlo, no es lo mismo que sea yo la que se presente.

Mi nombre es Zelda, nombre que eligió mi hermano para mí cuando mis padres le dieron ese privilegio por ser el hermano mayor. Lo eligió porque en

aquella época estaba totalmente enganchado a un videojuego en el que la protagonista llevaba dicho nombre.

Menos mal que no le pilló unos años antes; si no, el muchacho me hubiera puesto Espinete, Fraggle Rock, Pitufina o cualquier otro más descabellado que el anterior, cosa que me recordaba a menudo y encima creía que tenía que darle las gracias.

En fin, que no me quejo, porque no eligió el peor que había en ese momento.

Enzo me saca quince años; él tiene cuarenta y cinco y yo treinta. Sí, nos llevamos unos añitos, y no porque mis padres no lo intentaran antes, sino porque me hice de rogar y tardé en venir al mundo para ser la alegría de sus vidas.

Como veis, yo me lo digo todo sola, un defectillo que tengo, ya veis. Que digo yo que todo el mundo tiene los suyos, ¿no? Pues los míos son extensos: no me callo ni bajo el agua; a los hechos me remito, porque me estoy duchando y todo esto os lo estoy contando en voz alta.

Dicen que soy impulsiva, quizá demasiado algunas veces, o bueno, eso va a criterio de cada uno; al mío no, claro. Soy un culo inquieto, no paro ni un segundo, cosa que saca de quicio a algunos. Pues coño, que se retiren un poco de mi lado, así no me ven mover el trasero.

Bueno, vale, basta de autocriticarme, ¿no creéis?

También tengo cosas buenas, como todo el mundo, claro: soy cariñosa, leal hasta la muerte y tengo un corazón que no me cabe en el pecho, o eso dice mi madre. A ver, ¿qué va a decir ella? Eso es amor de madre y lo demás, tonterías.

Pero, basta, que me lío y me pongo a dar vueltas a la rotonda mientras hablo y no paro. Estaba hablando de mi hermano y me he perdido en otra cosa.

Pues eso, que vuelvo a Enzo, que además de ser mi hermano es mi jefe de la estación de bomberos donde los dos trabajamos; ese puesto fue anteriormente de mi padre, Mariano, hasta que falleció en acto de servicio

hacía ya quince años, cuando yo todavía era una adolescente, y no había día que pasara que no le echara de menos.

Con mi madre me llevo muy bien, pero lo que tenía con mi padre era algo único. La conexión entre nosotros era tan grande que parecía que el que me había llevado en su barriga durante nueve meses había sido él y no mi madre.

Como he dicho, falleció trabajando: un edificio en llamas, una mala estructura y un desplome fueron los factores que se unieron para que aquel día mi padre no volviera a casa.

Siempre supe que quería ser bombera, pero desde ese día lo tuve más claro que nunca.

Amo esta profesión, pero también es un tributo a mi padre el querer seguir sus pasos, ser una buena bombera y que desde el cielo se sienta muy orgulloso de mí.

Dicen los que le conocieron trabajando que somos iguales a la hora de actuar, algo que pone de los nervios a mi hermano, porque lo que él llama imprudencia, yo lo veo como coraje; lo que él llama arriesgarse demasiado, yo lo llamo valentía.

Mi madre, Emma, me repite hasta la saciedad que ya podía parecerme un poco más a mi hermano cuando salgo a alguna emergencia, más calmada, y no tanto a mi padre, aunque sé que lo dice con la boca pequeña, porque en el fondo le recuerdo tanto a él que dice que la hago estar un poquito más cerca del que fue el amor de su vida.

Mi hermano se independizó hace años, pero yo sigo viviendo con mi madre.

Como sabéis, los bomberos tenemos unos turnos distintos a los que puede tener la gente de una oficina u otros trabajos similares. Hacemos lo que se llama un 1-3: un turno de veinticuatro horas seguidas y descansamos tres días, aunque siempre con el móvil operativo esos días de descanso por si hay alguna emergencia en la que se necesiten más efectivos, y allí que vamos de cabeza todos.

Voy a salir de la ducha, que ya me estoy quedando como una uva pasa de lo arrugadita que estoy; además, mi amiga del alma, Sandra, me está esperando para desayunar antes de irse a su trabajo.

Nos conocemos desde que nacimos, solo nos llevamos un mes de diferencia y, además de que sus padres viven puerta con puerta con los míos, hemos ido juntas a la guardería, al colegio y al instituto.

Lo único que no hicimos juntas fue ir a la universidad. Yo, al acabar el bachillerato, empecé a preparar mis oposiciones de bombera y ella fue a la universidad; es trabajadora social y de las buenas, se deja la vida intentando ayudar a todas las personas de los casos que lleva y de los que no lleva también, para qué nos vamos a engañar.

Todos los días desayunamos juntas en el mismo bar a las ocho y media de la mañana, exceptuando si mi trabajo se complica y no puedo acudir, claro.

Cuando llegué, ya estaba allí mi amiga, con una taza de café en la mano y revisando papeles, la misma estampa de todas las mañanas, esa que me hacía sonreír al ver lo implicada que estaba con la gente.

Pasé por la barra para pedir lo mío y me dirigí con rapidez a sentarme con ella.

Capítulo 2



Marcos

—Papá, ¿estás listo para irnos? —me preguntó mi hija entrando en mi despacho, con su mochila al hombro.

—Sí, cielo, dame un minuto, que apago el ordenador y nos vamos —le contesté sonriendo.

Iris, que así se llama mi hija de quince años, era la única que conseguía que sonriera de vez en cuando. Desde que mi mujer —aunque no estuviéramos casados, para mí lo era— nos dejó hace dos años para vivir su vida, la mía se volvió sombría y triste. Seguía amándola como el primer día que la conocí, pero estaba claro que ella a mí o no me había amado nunca —esa era la opinión de mi mejor amigo, que decía que era una interesada que solo quería mi dinero— o había dejado de quererme con el paso de los años. Yo quería pensar que era la segunda opción porque dolía menos, aunque sus actos en el fondo me demostraban lo contrario. Que me hubiera abandonado a mí, vale, podía aceptarlo, pero ¿a su hija?, ¿cómo puede una madre desentenderse de una hija con tanta facilidad?

Iris, era demasiado madura para su edad, eso me lo demostraba a diario, sobre todo con la actitud que había tomado hacia el abandono de su madre. Decía que, si no quería saber nada de nosotros, que ella se lo perdía, pero que no iba a estar llorando por las esquinas por una mujer egoísta que solo pensaba en ella y nunca en su familia. Yo intentaba defenderla y decirle que estaba pasando una mala racha y que, cuando se centrara, regresaría a nuestras vidas

y volveríamos a ser una familia. Iris no era de esa opinión porque decía que nunca habíamos sido una familia al uso; ella y yo sí que lo éramos, pero que mi mujer siempre había ido a lo suyo y que nos dedicaba atención cuando estaba aburrida o para hacer postureo en las redes. Eso era una cosa que le encantaba: publicar nuestros momentos juntos para que los viera la gente.

Mi mejor amigo y mano derecha, Luismi, era de la misma opinión que mi hija, o bueno, para ser sincero, la verdad es que la tenía mucho peor. Leonor, que así se llama mi mujer, nunca había sido santo de su devoción y, después de abandonarnos, le hizo la cruz definitiva al ver el daño que eso me provocó y me provoca a diario. Nos conocíamos desde el colegio y siempre habíamos remado en la misma dirección. Yo heredé el negocio familiar cuando mis padres fallecieron y él no dudó en estar a mi lado para que su legado siguiera en pie. En la actualidad, mi imperio era enorme, siendo dueño de una cadena de joyerías repartidas por todo el país, aunque la sede la teníamos en Madrid, que era donde vivíamos. Vendíamos joyas de todo tipo, desde modelos en cadena de un valor monetario al alcance de cualquier persona, hasta joyas personalizadas y únicas que se hacían por encargo y costaban precios desorbitados.

Luismi vivía en el mismo edificio que mi hija y yo, en el Paseo de la Castellana, una de las calles más céntricas y exclusivas de la ciudad, donde no cualquier persona puede permitirse vivir allí. Pero nosotros, en ese sentido, no teníamos problema; en aquel momento tenía más dinero del que podría gastar en tres vidas.

—¿Te ha dicho Luismi si viene con nosotros para casa? —le pregunté a mi hija, porque estaba seguro de que antes de venir a buscarme al despacho había pasado por el de mi amigo para saludarle.

—No, me ha dicho que tenía una cita —me contestó riéndose, y yo puse los ojos en blanco.

Lo raro era que mi amigo no tuviera ninguna, era un picaflor de categoría suprema. Solía tener varias citas a la semana, siempre con mujeres distintas; difícil era la vez que repetía con alguna. Solo quedaba con ellas una noche: cena, cama en un hotel o en casa de la mujer de turno y después cada uno por su lado. Eso sí, siempre quedaba claro su modo de proceder para que ninguna se hiciera ilusiones con una relación o nada que se le pareciera.

—Fíjate que me lo esperaba, hoy es viernes y esta semana solo ha tenido una el martes —le dije a mi hija, que se echó a reír. Como he dicho antes, era muy madura y el tema del sexo, con la edad que tenía, no era tabú entre nosotros. Prefería que tuviera la suficiente confianza conmigo para hablar de cualquier cosa y no que buscara información o consejo en otro sitio.

—Pues a ver si te aplicas el cuento y sales alguna noche con él. Necesitas contacto humano, papá. No te pido que te eches novia, pero una noche con una mujer para liberar estrés creo que te vendría bien. —Me quedé con la boca abierta por la sugerencia de mi hija y la miré como si le hubieran salido cuernos.

—No tengo ganas de conocer a ninguna mujer —le dije resoplando. Iris no dejaba de insistir, igual que hacía Luismi a todas horas, siempre con la misma cantinela: Marcos, ven conmigo; Marcos, conozco una mujer que te gustará; Marcos, tienes que vivir. Así todos los días, me tenían frito.

—Han pasado dos años, papá. ¿Por qué sigues guardándole luto? Sabes que ella seguramente no lo esté haciendo. La vida sigue y tú estás estancado, asúmelo de una vez y avanza hacia delante, porque va a llegar un momento en que echarás la vista atrás y te darás cuenta de que te has perdido muchas cosas por seguir queriendo a una mujer que no se lo merece. —Las palabras de mi hija me retorcieron el corazón porque sabía que en el fondo tenía razón.

Llevaba dos años muerto en vida, esperando que Leonor volviera. Solo de pensar en fijarme en otra mujer, para mí era como si la traicionara, y por eso llevaba dos años sin sexo, bueno, más si contaba el tiempo que hacía que no nos acostábamos antes de que se marchara.

—Vámonos, anda. ¿Quieres que cojamos unas *pizzas* de camino a casa? —le dije pasando mi mano por encima de su hombro y dándole un beso en la cabeza.

Mi niña era lo más bonito que tenía en el mundo, la quería con locura. Ella a mí me correspondía de la misma manera. La conexión que existía conmigo nunca la tuvo con mi mujer; la verdad es que Leonor no puso de su parte para que eso pasara. No quería tener hijos y cuando se enteró de que estaba embarazada, lo primero que quiso hacer fue abortar; me costó muchísimo convencerla para que no lo hiciera. Al final lo conseguí, pero ella me dejó

claro desde el primer momento que no dejaría de lado su vida de salidas, fiestas y redes sociales ni por Iris ni por nadie.

Ese era el trabajo de mi mujer: era una *influencer* muy conocida que hacía vídeos de ropa, maquillaje y las joyas de mi cadena. Cuando nos conocimos, trabajaba como camarera en la cafetería a la que yo iba antes de entrar a trabajar; seis meses después estaba embarazada y viviendo en mi piso.

Dejó su trabajo y, desde el nacimiento de Iris, no hizo nada más que salir de fiesta y de compras, hasta que hace tres años empezó con eso de las redes. Hace dos años se había marchado a París y desde allí era desde donde gestionaba todo su negocio.

—Bonita manera de cambiar de tema, pero no cuela. Al final te voy a buscar yo una novia —me dijo riéndose—, pero a lo de las *pizzas* no voy a decirte que no, sabes que son mi perdición.

Salimos del edificio de oficinas donde me pasaba más horas que un sereno; estaba en la misma calle que nuestra casa, pero de punta a punta, así que teníamos un paseo por delante. Mientras caminábamos, Iris me fue contando qué tal le había ido el día en el instituto y me puso al día de lo avanzado que llevaba un trabajo de inglés que estaba haciendo con su mejor amiga, con la que había pasado la tarde antes de venir a buscarme, cosa que solía hacer casi a diario. Nos gustaba ese momento en el que caminábamos a casa y nos contábamos qué tal nos había ido el día.

Capítulo 3

Zelda

—Buenos días, bombón —le dije a Sandra, que se sobresaltó porque estaba tan concentrada en los papeles que estaba leyendo que no me había oído llegar.

—Joder, qué susto, pareces un ninja —me contestó llevándose la mano al pecho.

—Qué ninja ni ninja. Si normalmente soy como un elefante cuando entra en una cacharrería, lo que pasa es que estabas tan concentrada leyendo que ya podría haber un huracán en la calle y tú ni te enteras.

—Un poco de razón sí llevas, este caso me trae de cabeza —dijo resoplando.

—No te voy a decir que no te impliques tanto en tu trabajo porque no va a servir de nada, pero intenta llevarlo con más calma, al menos —le dije cogiéndole la mano para darle ánimos.

—Somos dos casos perdidos, porque tú te implicas en el tuyo más de lo que deberías, con el añadido de que, además, arriesgas tu vida en cada intervención. —Cuando me dijo eso desvié la mirada. Aunque Sandra solía reírse mucho cuando se enteraba de alguna de mis hazañas en las muchas salidas que hacía en mi trabajo, tenía el mismo miedo a perderme que mi hermano y mi madre.

—Hoy es sábado, ¿salimos esta noche a tomar algo y a bailar? —Lo mejor era cambiar de tema, a ver si no me preguntaba qué había pasado y podía escurrir el bulto. Aunque no era la primera vez que llamaba a mi hermano para preguntarle qué había hecho si no se lo quería contar.

—¿Qué has hecho? —Y ahí estaba. Joder, que me conociera tan bien algunas veces me complicaba la vida, porque me leía enseguida en los ojos que la había liado y me achuchaba todo lo que podía para que se lo contara.

—¿Yo? Nada. Entonces, ¿qué?, ¿salimos o no? —Yo a lo mío, haciéndome la loca, a ver si dejaba el tema.

—Zelda… Habla de una puta vez para que pueda echarte la bronca y podamos desayunar en paz. Aunque te creas que no me he dado cuenta, has llegado más tarde de lo habitual y me juego mi sueldo de tres meses a que ha sido porque has vuelto a pasar por el despacho de Enzo.

—Qué asco me da que seas tan lista, hija —le dije riéndome.

—Habla —me exigió.

—Está bien, si no ha sido nada. Mi hermano exagera mucho. Solo he saltado de un balcón a otro sin arnés, cosa que he hecho millones de veces y para la que estoy entrenada. Pero, chica, es un paranoico, vive convencido de que en cualquier momento la voy a cascar —se lo conté así para quitarle hierro al asunto.

—¿A qué altura estaban esos balcones? —Jodida Sandra, esa era la pregunta que estaba yo queriendo evitar, porque ese era el punto fuerte por el que mi hermano se había enfadado tanto.

—Qué más da, todo ha salido bien y ya está. Ahora me iré a casa a dormir y cuando vuelva dentro de cuatro días, le he prometido que intentaré no ser tan temeraria.

—A mí no me da igual. ¿Qué altura? No te lo voy a preguntar una tercera vez, contesta o llamo a Enzo para que me lo diga él —me dijo empezando a cabrearse. Cogí aire antes de contestar porque no quería que llamara a mi

hermano; se aliarían los dos y me pondrían la cabeza como un bombo los próximos días.

—Nueve… —susurré.

—¡Tú estás loca! —chilló en medio del bar y todos los que había a nuestro alrededor se nos quedaron mirando sin disimulo, intentando enterarse de qué era lo que pasaba. Qué cotilla era la gente, de verdad; si se dedicaran más a sus vidas y menos a las de los demás, qué bien nos iría a todos.

—Calla, tía, que nos están mirando todos los cotillas del bar —le dije entre dientes.

—Me importa una mierda que nos miren, Zelda. De verdad, ¿un noveno? Tú estás mal de la cabeza, te lo digo en serio. ¿Cómo coño se te ocurre hacer una cosa así? Si no supiera que estás preparada mil veces mejor que yo físicamente y que no podría ni tocarte, porque me ganarías en una pelea con facilidad, te pateaba el culo ahora mismo hasta dejártelo tan escocido que no pudieras sentarte en una semana. De verdad que contigo no gano para disgustos. Me salen canas a diario por tu culpa —me soltó todo de carrerilla y yo la dejé, porque necesitaba desahogarse.

—Lo tenía todo controlado, ¿vale? Sabes que suelo arriesgar más que el resto, pero solo si lo veo claro; si estoy a ciegas o no estoy segura, no lo hago —le dije para que se quedara tranquila.

Era verdad lo que le acababa de decir. Todos pensaban que era una temeraria que hacía las cosas impulsivamente y sin pensar en las consecuencias, pero no era verdad, al menos en el noventa y nueve por ciento de los casos. Mi cabeza, cuando estaba en una emergencia, bien fuera de rescate, un incendio, un accidente o cualquier otra intervención en la que participábamos los bomberos, siempre trabajaba a mil por hora. Pensaba todas las posibilidades antes de elegir la que mejor creía que podía hacer en esos momentos, aunque no fuera la que Roque quería o la que otros compañeros hubieran elegido en mi lugar.

—Prométeme que tendrás cuidado y que vas a pensar las cosas mucho antes de hacer nada arriesgado. Todos nos preocupamos por ti, por eso te echamos la bronca —me dijo rebajando visiblemente su estado de enfado.

—Te digo lo mismo que le he dicho a Enzo, te prometo que tendré cuidado. Pero quiero que entendáis que no llevo dos días trabajando en esto, estoy físicamente preparada mucho mejor que la mayoría de mis compañeros porque me esfuerzo cada día para que sea así.

»No hago las cosas a lo loco y que sí pienso las cosas antes de actuar —mi explicación hizo que asintiera dándome la razón y, aunque supe que no sería la última vez que tendríamos esta conversación, por lo menos por ese día logré convencerla.

Todos tenían su parte de razón, y yo lo sabía. Entendía su miedo y sus reproches, pero ellos también tenían que comprender que hacer lo que hacía formaba parte de mi manera de ser y que no podía cambiar mi forma de actuar, solo intentar pensar cada paso un poco más de lo que ya lo hacía.

Que me arriesgaba más de la cuenta, puede; que hacía cosas que el resto ni siquiera se plantearía, también. Pero siempre lo hacía con cuidado, porque en mi trabajo no estaba solo en juego mi vida, sino la de las personas a las que ayudaba, y eso para mí era lo más importante.

Arriesgar mi vida por salvar a otros iba en mi ADN, y eso no iba a cambiar nunca.

—Te entiendo, sé que es superior a ti ver a alguien en apuros y no ayudar, a costa de tu propia vida si hace falta —me dijo dando el último sorbo a su café.

—Tú te dejas la piel por ayudar a todas las personas de los casos que caen en tus manos y de los que no caen también; pues yo hago lo mismo, pero a mi manera.

—Lo sé, no tenemos remedio ninguna de las dos —dijo moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿Quieres otro café mientras me cuentas qué hay en esos papeles? Yo voy a pedir un desayuno completo —le dije levantándome para pedir un desayuno para mí. Estaba famélica y con el café que pedí al entrar había tenido bastante para llenar el agujero que tenía en el estómago.

—Pídeme otro desayuno, hoy no tengo prisa. No tengo que ir a la oficina, sabes que solo voy algunos sábados porque quiero, pero no está dentro de mi horario.

Me levanté para acercarme a la barra y le dije a la camarera que queríamos dos desayunos completos. Íbamos tanto que no le hacía falta decirle nada más; ella ya sabía lo que tenía que ponernos a cada una. Café con leche para las dos, en taza grande, acompañado de algo de fruta; nos daba igual cuál fuera, nos gustaban todas. Para Sandra, un cruasán a la plancha con mantequilla y mermelada, y para mí una tostada de jamón serrano con tomate, además de dos zumos, uno para cada una.

Compartimos el delicioso desayuno mientras me contaba el caso en el que estaba metida de lleno. Sandra era trabajadora social y casi todos sus casos tenían niños implicados. Con el que estaba en esos momentos era uno de ellos: madre con problemas de adicción que no se hacía cargo como debería de su hija de dos años. Estaban tratando de que su abuela se quedara con la custodia temporal hasta que la madre saliera del pozo en el que se había metido. Estaba segura de que mi amiga lo conseguiría y que esa niña en pocos días estaría con su abuela, donde recibiría el amor y los cuidados que en esos momentos su madre no podía darle.

Cuando terminamos de desayunar, las dos nos fuimos a casa. Sandra, al igual que yo, seguía viviendo con sus padres, por lo que seguíamos siendo vecinas. También tenía un hermano que era policía, que, como mi hermano, estaba independizado, pero al que veía mucho, bien en alguna salida de mi trabajo, cuando venía a casa de sus padres o cuando salíamos de fiesta.

Capítulo 4



Marcos

—Venga, papá, no te hagas de rogar, sal con Luismi, aunque solo sea por una vez, es sábado y la noche es joven. Al final voy a tener que echarte de casa —me dijo mi hija con las manos en las caderas y poniendo cara de enfadada.

—Qué perra os ha entrado a los dos con que tengo que salir —le contesté resoplando.

Luismi se había presentado hacía media hora en mi casa para calentarme la cabeza e intentar que esa noche saliera con él después de cenar a un *pub* nuevo que habían abierto. Como de costumbre, mi hija se había aliado con él para intentar convencerme; no entendían que no tenía ganas, pero la cara con la que no dejaba de mirarme mi hija me retorció las entrañas.

—Venga, tío, ¿qué te cuesta?, solo una copa y para casa —me rogó mi amigo.

—Déjale, Luismi, es imposible hablar con él. No va a entrar en razón, quiere convertirse en un ermitaño, pues que lo haga. Que se quede ahí sentadito esperando que vuelva doña Leonor; seguro que tiene hasta una alfombra roja guardada en algún sitio para extenderla por el pasillo y que la señora entre con todo ese glamur que desprende el día que le dé por acordarse de que tiene un marido y una hija —añadió Iris con ironía.

Desde que mi mujer se marchó, mi hija no había vuelto a llamarla mamá; para ella era Leonor o doña Leonor cuando estaba enfadada. Si antes no le tenía mucho aprecio, ahora que veía cómo yo seguía anclado a ella y no quería seguir adelante, se lo tenía todavía menos. No quería que mi hija le tuviera más inquina a su madre por mi culpa, al verme de esa manera, así que decidí en ese momento que tenía que hacerles caso e intentar vivir un poco. No quería nada con ninguna mujer que no fuera la mía, pero una copa en compañía de mi amigo no me haría ningún mal.

—Está bien, iré, pero una copa y para casa. Por ser el primer día que voy a salir, con eso creo que será más que suficiente —les dije a los dos, dando mi brazo a torcer.

—Luismi, pellízcame —le dijo Iris a mi amigo, extendiendo el brazo hacia él. Este, siguiéndole la broma, le dio un pequeño pellizco.

—¡La leche! Pues no estoy soñando, ha dicho que va a salir contigo a tomar una copa, ¿verdad? No son alucinaciones mías —añadió mi hija dando saltos por el salón mientras aplaudía muy contenta.

Solo por verla así de feliz, si tenía que salir, saldría, aunque no tuviera ninguna gana.

—Sí, lo ha dicho, no estamos alucinando ninguno de los dos, aunque por un momento he dudado si las setas que he comido a mediodía podrían ser alucinógenas —le dijo Luismi, haciéndonos reír.

—Ay, papá, qué contenta estoy. Por fin te has sacado la cabeza del culo y vas a empezar a vivir —me dijo tirándose a mis brazos para abrazarme.

—Oye…, más respeto, niña, que yo tenía la cabeza en los hombros y no metida en ningún sitio —le dije haciéndole cosquillas.

—En el culo quizá no, pero que tienes una venda en los ojos, eso no nos lo puedes negar. Para eso ya estamos nosotros aquí, para quitártela del todo. Y si para eso te tenemos que atar a una silla y quitártela de un tirón, no dudes que vamos a hacerlo, ¿verdad, Iris? —dijo Luismi guiñándole un ojo a mi hija en modo cómplice.

—Venga, vamos a ver qué te vas a poner, tienes que ir superguapo. Para la edad que tienes todavía estás de buen ver y las mujeres que te vean tienen que babear a tu paso —dijo mi hija, y me dejó con la boca abierta.

—¿Para la edad que tengo? Pero qué dices, hija, ni que fuera Matusalén —le dije con fingida indignación.

Que no era por dar la razón a mi hija, es que de verdad la tenía. A mis cuarenta y dos años estaba muy bien y nadie me echaba la edad que tenía. Mi cuerpo, ese que mi trabajo me costaba mantener en plena forma yendo al gimnasio cuatro días a la semana, no tenía ni una mota de grasa sobrante en ningún sitio, y la tableta de chocolate que se marcaba en mis abdominales era la envidia de muchos jovencitos cuando me la veían.

Tenía el pelo muy negro, al igual que mi barba, esa que solía llevar sin afeitar de dos o tres días; según Leonor, eso siempre me daba un aspecto de malote irresistible y, aunque ella ya no estaba para verla, seguía dejándomela por costumbre. Mis ojos eran otra de las cosas que destacaban en mí: eran azul muy claro, algo que mi hija había heredado de mí, porque los teníamos iguales, aunque ella era rubia como su madre.

—Pues yo me voy a casa, para ducharme y prepararme. Luego vuelvo a cenar con vosotros. Pensad qué queréis pedir, yo invito, que don Huraño vaya a salir hay que celebrarlo —dijo Luismi antes de chocar los cinco con mi hija.

—*Sushi*, hoy cenaremos eso. Ya me encargo yo de pedirlo —sentenció mi hija.

—Perfecto, en una hora y media vuelvo. Iris, cariño, échale un ojo a lo que se vaya a poner, que este es capaz de salir con la sotana —le dijo a mi hija mientras se marchaba riéndose por el pasillo para irse a su casa.

—Tranquilo, yo le elegiré la ropa; a la sotana le voy a echar lejía para que no pueda ponérsela más —le contestó mi hija riéndose a carcajadas.

—Sois graciosísimos los dos —les dije resoplando mientras me daba la vuelta para ir a mi habitación.

Entré en el vestidor y me quedé mirando toda la ropa que tenía, que no era poca. Había un montón de prendas sin estrenar, con las etiquetas aún colgando, como si nunca hubieran llegado a existir para mí.

Mi vestuario diario siempre era el mismo: traje negro, casi siempre acompañado de camisa negra; de ahí la bromita de la sotana. Fui pasando prenda por prenda sin tener ni idea de qué ponerme. Hacía tanto tiempo que no salía que no me veía con otra cosa que no fuera el negro habitual.

Al final, quizá mi hija iba a tener razón y sí que le estaba guardando luto a Leonor, porque desde que ella se fue no me había vuelto a poner una sola prenda de color.

—Ni te pienses que vas a ponerte algo negro, hoy la ropa de grajo se queda en casa—. Me di la vuelta al oír a mi hija, que estaba apoyada en el marco de la puerta del vestidor con los brazos cruzados, mirándome con cara de pocos amigos.

—No sé si me sentiré cómodo con otro color —le dije con sinceridad.

—Déjame a mí, yo te ayudo a elegir —dijo pasando por mi lado.

Empezó a pasar prendas; las que más abundaban eran las negras, esas ni se paraba a mirarlas, directamente las descartaba a un lado. Después de quince minutos revisando todo lo que tenía de arriba abajo, sacó una camisa azul celeste de la que colgaba la etiqueta. La miró como si hubiera encontrado un tesoro.

—Esta es perfecta, es casi igual que el color de nuestros ojos, te quedará genial. Con unos vaqueros claros parecerá que te has quitado diez años de encima, y de calzado nada de esos zapatos pijos de cordón que llevas todos los días; saca unas deportivas oscuras de esas que son de vestir, no de hacer deporte. —Dejó la camisa encima de mi cama y volvió a entrar para elegir unos vaqueros que también estaban sin estrenar.

—¿No será demasiado cambio? —le pregunté rascándome la nuca, preocupado, porque no acababa de convencerme del todo lo que quería que me pusiera.

—No, es un cambio perfecto, totalmente el que necesitas, y no solo hoy. Poco a poco tienes que ir poniéndote, aunque sea, camisas claras con los trajes que llevas a trabajar —me dijo en modo mandón. Había veces que dudaba quién hacía el rol de adulto, si ella o yo.

—Está bien, que no se diga que no pongo de mi parte —le dije sonriendo.

—De verdad que estoy muy contenta de que al final hayas cedido y salgas con Luismi, papá. Tienes que vivir, no puedes seguir metido en esa burbuja que tú solo te has impuesto —me dijo sonriendo, pero la sonrisa no le llegó a los ojos, porque de verdad estaba muy preocupada por mí y la vida de amargado que llevaba.

Los últimos días lo había pensado mucho y había llegado a la conclusión de que mi hija y Luismi tenían razón. No podía seguir anclado al pasado y a una mujer que ni siquiera era capaz de devolverme las llamadas que le hacía cada pocos días. Con eso no quería decir que ahora me fuera a volver un picaflor como mi amigo, nada más lejos de la realidad; yo nunca había sido así. Pero sí que estaría bien tomar unas copas, relacionarme con gente nueva y bailar con alguna mujer si la ocasión lo requería. Lo demás se vería con el tiempo.

Una hora después me metí en la ducha y allí mismo me arreglé un poco la barba, recortando solo lo que pensaba que me sobraba. Salí y, más animado de lo que pensaba, me puse la ropa que Iris había elegido para mí. Me puse uno de los muchos relojes que tenía; siendo dueño de una cadena de joyerías, os podéis hacer una idea de la gran colección que poseía. Opté por uno de línea menos clásica que los que normalmente usaba a diario. Me pasé las manos por el pelo para acomodarlo un poco; lo tenía tan corto que no necesitaba ni peine, y por último me perfumé. Me eché una última mirada en el espejo y me dije a mí mismo: «Venga, Marcos, hoy es el primer día de tu nueva vida».

Capítulo 5



Zelda

—¿Mamá, puedes abrir? —le pedí a mi madre cuando sonó el timbre de la puerta de la calle.

—Sí, yo abro, tranquila —me contestó.

Sabía que era Sandra, que venía a buscarme para salir a tomar unas copas a un *pub* nuevo que habían abierto hacía poco. Llevábamos desde que lo inauguraron con ganas de ir, pero por hache o por be aún no lo habíamos hecho, y de hoy no pasaba.

No es que ninguna de las dos fuéramos muy fiesteras, pero de vez en cuando sí salíamos a bailar y a tomar un par de copas, ni una más. Todo lo imprudente que decían que era lo compensaba con lo responsable que me volvía después y, como siempre estaba alerta por si me necesitaban en el parque, no me gustaba pasarme con el alcohol.

Nosotras éramos más de una buena cena en un restaurante, de ir al cine o incluso al teatro a ver una buena obra. Ni siendo adolescentes habíamos sido de esas que bebían hasta perder la cabeza, que salían de jueves a domingo y que solo pasaban por casa para cambiarse de ropa.

—Zelda, ¿qué te queda? —me preguntó mi amiga entrando en mi habitación.

Venía guapísima, bueno, es que lo era, y no lo decía yo, sino cualquiera que tuviera ojos en la cara. Su pelo largo, de color caoba, hacía un contraste impresionante con sus ojos grises. Tenía un cuerpo muy bien proporcionado, con las curvas justo donde tenían que estar.

En ese sentido, las dos nos parecíamos, porque el mío también tenía buenas curvas, aunque yo tenía más pecho y un cuerpo más fibrado por todo el ejercicio que hacía, sin llegar a ser exagerado. Mi pelo, al igual que el de mi madre, era pelirrojo, pero no de ese tono naranja zanahoria, sino tirando más a rojo. Sin duda, lo más llamativo en mí eran mis ojos color verde esmeralda.

Sandra llevaba puesto un pantalón pitillo blanco y, en la parte de arriba, una blusa de tirantes de color vino. Para completar su look se había puesto unas sandalias negras a juego con el bolso que llevaba, que no tenían mucho tacón; tampoco le hacía falta, porque al igual que yo era alta: las dos medíamos un metro setenta y cinco.

—Solo me quedan los zapatos y ya estoy lista —le contesté mientras me calzaba.

Yo opté por ponerme falda, una ajustada que me llegaba por encima de las rodillas, de color negro. En la parte de arriba llevaba una blusa de un solo tirante al hombro, verde, del mismo tono que mis ojos. Zapatos de tacón bajo negros y bolso negro también; ese era mi look para esa noche.

Sandra llevaba el pelo suelto, pero yo, a diferencia de ella, odiaba llevarlo así porque me molestaba, así que me hice una coleta alta y me alisé bien el flequillo.

—Pero qué guapas vais las dos, a ver si hay suerte y encontráis un marido esta noche —nos dijo mi madre, y las dos nos echamos a reír por sus ideas.

No es que ninguna de las dos estuviéramos en contra del amor, pero mucha suerte no habíamos tenido en ese campo, así que desde hacía años ninguna nos planteábamos tener pareja. Preferíamos pasar una buena noche con algún hombre y, al día siguiente, cada uno a su casa y Dios en la de todos.

—Ojalá nosotras tuviéramos la suerte que tuviste tú con tu marido, Emma, pero creo que los buenos o están cogidos o les gusta mirar lo que hay en la

otra acera —le contestó Sandra a mi madre sin dejar de reírse.

—Vosotras reíros, pero ya veréis el día que se os cruce ese hombre por el que perdáis la cabeza; entonces la que se reirá seré yo al ver la cara de tontas que vais a poner.

—Madre, no mientes ruina. Sandra, que haga lo que quiera, pero yo no creo que haya hombre que me aguante. Ni a mí ni a mi trabajo, dicho sea de paso —le dije muy convencida de mis palabras.

—¿Qué tiene que ver tu trabajo con encontrar un hombre que te quiera? —me preguntó mi madre con el ceño fruncido.

—¿Tú crees que un hombre va a entender mi trabajo? Por desgracia, aunque la vida ha avanzado en muchos sentidos, en otros parece que seguimos en la edad de piedra. Cuando alguna vez le he dicho a algún hombre en qué trabajo, lo primero que dicen es por qué hago un trabajo de hombres, cosa que me cabrea, y mucho.

—El hombre que se enamore de ti y te ame con todo su corazón le dará exactamente igual en qué trabajes; te apoyará y entenderá lo que haces —me dijo mi madre muy convencida de sus palabras, y yo pensé que ojalá tuviera razón, porque en el fondo me gustaría vivir un amor como el que ella había tenido con mi padre.

—Pues espero que ese hombre que dices no tarde en salir de la cueva en la que estará escondido, porque como tarde mucho, se me va a pasar el arroz, los macarrones y hasta el cocido —le contesté haciéndola reír.

—Aparecerá cuando menos te lo esperes, lo mismo los astros se han alineado y esta noche es vuestra noche de suerte —nos dijo la señora Emma animándonos.

—Venga, vámonos. Si tu madre tiene razón y los amores de nuestras vidas nos están esperando en el *pub*, no podemos llegar tarde, que hay mucha lagarta suelta que lo mismo nos los levanta —me dijo Sandra tirando de mi mano hacia la puerta, corriendo, mientras mi madre se tronchaba de la risa.

Cerca de nuestro edificio había una parada de taxis en la que siempre había alguno, por eso no habíamos llamado a uno. Cogimos el primero que había en la fila y le dimos la dirección del *pub*. Quince minutos después nos bajamos del taxi y nos acercamos hasta la puerta entre risas, recordando lo que nos había dicho mi madre. Menos mal que no había mucha cola, porque por mucho *pub* nuevo que fuera, si nos hubiera tocado estar ahí media hora en la calle, le hubieran dado morcillas y nos habríamos ido a otro sitio.

Entramos dentro y las dos nos miramos, pensando lo mismo: el sitio era bonito, aunque algo pijo para nuestro gusto. Pero bueno, ya que habíamos ido, nos tomaríamos una copa y nos echaríamos unos bailes. La música estaba bastante bien y la pista era lo suficientemente grande como para que nadie te diera empujones ni te pisara cada dos por tres.

Nos acercamos a la barra a pedir dos copas, que seguramente nos costarían un ojo de la cara, pero un día era un día y no nos íbamos a poner tiquismiquis.

Al girarme con la copa en la mano, noté un choque contra mi brazo que hizo que el vaso se me cayera, estrellándose contra el suelo.

—Ale, a tomar por culo catorce euros —dije cabreada en voz alta.

—Lo siento, iba distraído y no te he visto —me dijo un hombre al que todavía no le había visto la cara, porque estaba recogiendo los cristales, arrastrándolos con el pie para dejarlos lo más pegados posible a la barra y evitar que alguien se cortara antes de que los recogieran.

—Pues pequeña no soy —le contesté un poco borde antes de levantar la cabeza para mirarle.

Cuando le miré a la cara, me quedé helada. El tío que había tropezado conmigo era el hombre más guapo y atractivo que había tenido el placer de ver en toda mi vida. Vaya ojos que tenía, de un azul como el cielo, de esos que te atrapan y no te sueltan; eso era exactamente lo que acababa de pasarme a mí.

Algo en mi estómago dio un brinco, una sensación extraña que no supe identificar, porque nunca antes me había pasado.

—Vaya, me tocó la más borde de todo el *pub* —murmuró resoplando, pero no tan bajo como para que no le oyera. Que vale, mi contestación sí que lo había sido, pero de ahí a juzgarme así de buenas a primeras… eso sí que no se lo iba a consentir, por muy bueno que estuviera.

Sandra se pegó a mí y me agarró del brazo para pararme y evitar que la liara; me conocía tan bien que sabía perfectamente que estaba a punto de soltar la más grande por la boca.

—Venga, tampoco ha sido para tanto, te pagamos otra copa y ya está. Hay tanta gente que ha sido un choque sin querer. —Giré la cara hacia la voz que acababa de hablar, y era la de otro hombre, también guapísimo, que al parecer venía con el que había chocado conmigo.

—Puedo pagarme mis copas yo sola, pero gracias —le respondí en un tono más relajado del que había usado con su amigo.

—Eso no lo pongo en duda, pero mi amigo ha ayudado a que se te cayera, lo justo es que la pague él —me dijo sonriendo.

Sandra tiró de mi camiseta y volví un poco la mirada para ver qué quería. Me hizo gracia el ruego en sus ojos para que aceptara. Sin necesidad de que me dijera nada, ya sabía lo que le pasaba: el amigo amable que me estaba hablando era totalmente su tipo y quería que, al aceptar la copa, tuviéramos la oportunidad de conocerlos un poco más. Le guiñé un ojo y asentí con la cabeza.

—Acepto la copa y un rato de charla si queréis tomárosla con nosotras, a no ser que os estén esperando o tengáis otros planes —le dije al amable; mis últimas palabras eran para dejar claro que no tenían que hacerlo por obligación, sino porque realmente les apeteciera.

—Estupendo, y no, no tenemos un plan mejor ni hemos quedado con nadie. Soy Luismi, por cierto —me dijo acercándose para darme dos besos que le devolví acompañados de una sonrisa.

—Yo soy Zelda y ella es mi amiga Sandra —le dije señalando a mi amiga.

Luismi se acercó a Sandra y también le dio dos besos, pero los suyos fueron un pelín más largos que los míos y, además, estuvieron acompañados de sus manos en la cintura de mi amiga. Sonreí para mis adentros, porque parecía que ella también era el tipo de ese hombre y lo mismo hasta tenía suerte esa noche y se quitaba las telarañas, que eran las mismas que las mías, porque llevábamos unos meses sin mojar.

El moreno de ojos azules no dijo nada; solo nos miró a los tres como si la cosa no fuera con él. Vamos, que se le notaba que estaba allí por obligación y, por la cara que puso, no le hizo mucha gracia tener que compartir un rato con nosotras, como si fuera un castigo y no un placer.

—Oye, que si para tu amigo tomarse una copa con nosotras es como si le fueran a sacar una muela, lo dejamos. No queremos ser las culpables de que mañana amanezca con un flemón —le dije a Luismi, porque lo mío no era callarme, ya lo sabéis.

—No, mujer, solo es que está un poco desentrenado en esto de salir y parece que está fuera de su elemento —me contestó riéndose.

—Estoy aquí delante, por si no os habéis dado cuenta —dijo apretando los dientes, un poco cabreado.

—Tío, solo es una broma. Venga, vamos a tomar esa copa y un baile, si nos aceptáis —nos dijo eso último a nosotras, que asentimos sonriendo.

—Ven conmigo, necesitas un baile para coger ritmo; la copa, que la vayan pidiendo ellos —le dije cogiéndole de la mano. De verdad que se le veía un poco cohibido y bastante agobiado. Mi lado salvador salió a la luz; si es que no lo podía evitar, donde había alguien que parecía necesitar ayuda, allí que me lanzaba yo en plancha.

—Hace mucho que no bailo, no quiero pisarte los pies; con tirarte la copa creo que ya he cumplido las cagadas contigo esta noche —me dijo sin mirarme a la cara.

¿Qué coño le pasa a este hombre?, pensé. A ver si era gay o cura, o algo peor, como que estuviera casado o tuviera pareja. Joder, como así fuera, vaya suerte la mía: para un tío que me gustaba en meses, seguro que era algo de eso.

—Bailar no se olvida, eso es como montar en bici, pero oye, que si no te apetece lo dejamos, no quiero que hagas nada obligado. Nos volvemos a la barra y ya está —le dije soltándole la mano.

Cuando empecé a darme la vuelta para volver con Sandra y su amigo, me agarró por la cintura para que no me fuera y me susurró al oído:

—Sí me apetece, mucho en realidad, y eso es parte del problema.

—¿Eres gay, cura o, peor, tienes pareja? —le pregunté frunciendo el ceño, y por primera vez desde que le había conocido minutos antes sonrió. Virgen del Carmen, qué sonrisa. Mis braguitas se mojaron un poquito al verle… bueno, fue algo más que un poquito, pero eso mejor que no lo sepa nadie.

—No soy gay, tampoco soy cura, aunque normalmente siempre visto de negro; esto es una excepción —me dijo señalando su ropa—, y no tengo pareja desde hace dos años.

—Gracias a Dios, porque las dos primeras serían un auténtico sacrilegio con lo bueno que estás, y la última también me tranquiliza, no vaya a parecer una tía y por bailar contigo me arranque la coleta —le dije llevándome la mano al pecho de forma dramática.

El gesto le hizo soltar una carcajada y, al oírle reír así, les dije adiós a mis bragas, que en breve las perdería por la pista, estaba segura.

—No tienes filtro, ¿verdad? —me preguntó mientras me cogía de la mano y de la cintura para seguir bailando la bachata que sonaba en ese momento.

—No, lo siento. El día que repartieron los filtros, yo solo llegué a pillar uno para la cafetera; de los otros ya no quedaban —le contesté mientras me pegaba más a él, moviendo mis caderas.

—Marcos —me dijo en uno de nuestros giros.

—¿Qué? —le pregunté confusa.

—Que me llamo Marcos y, por cierto, me encanta tu nombre, Zelda. Creo que tiene mucha personalidad y es especial, como tú.

—No lo sabes tú bien, pero ya me encargaré de que lo sepas —le contesté.

Capítulo 6



Marcos

Disfrutamos de la cena los tres. Mi hija se pasó pidiendo *sushi*; nos sobró para comer al día siguiente y no tener que cocinar nada. Aunque, en realidad, cocinar no íbamos a cocinar nada; nosotros, con abrir el frigorífico y sacar un táper, ya lo teníamos todo hecho. Mi hija y yo no habíamos nacido con el don de la cocina y, aparte de una tortilla y meter el pan de molde en la tostadora, ya no sabíamos hacer nada más, ninguno de los dos. Menos mal que la señora que tenía contratada para limpiar la casa también nos surtía de toda clase de comida, que estaba deliciosa, por cierto; si no, tendríamos que tirar de teléfono y pedir comida fuera todos los días.

Después de darle las indicaciones oportunas a Iris, como que no abriera la puerta o que me llamara con cualquier cosa que necesitara —cosa por la que se cabreó y me dijo que tenía quince años, no seis—, salimos de casa cuando el taxi que Luismi pidió le avisó de que ya estaba abajo esperándonos. Esa noche los coches se quedaban en casa; aunque solo bebiéramos una copa, como tenía pensado hacer yo, no se me ocurriría conducir.

Llegamos media hora después al *pub* en cuestión y, ya desde fuera, tuve que reconocer que no tenía mala pinta, cosa que corroboré cuando entramos. Era grande, la decoración estaba cuidada hasta el más mínimo detalle y la música era de la que a mí me gustaba.

Lo primero que hicimos fue ir hacia la barra para pedir una copa; después ya elegiríamos el sitio en el que nos pondríamos, me dijo Luismi.

Iba tan distraído mirando todo que no me di cuenta de que había una mujer tan cerca de mí. Cuando me quise apartar para dejarla pasar, fue demasiado tarde; ya le había dado con mi brazo sin querer, tirándole la copa que sostenía al suelo. Me hicieron gracia las primeras palabras que salieron por su boca.

—Ale, a tomar por culo catorce euros —dijo cabreada en voz alta.

—Lo siento, iba distraído y no te he visto —le dije para disculparme, pero la mujer ni siquiera levantó la cabeza. Estaba más pendiente de recoger los cristales para ponerlos contra la barra —supuse que para que nadie los pisara — que de aceptar mis disculpas.

—Pues pequeña no soy —me respondió un poco borde antes de levantar la cabeza para mirarme.

Cuando me miró, me quedé paralizado. Tenía los ojos más bonitos que había visto en toda mi vida, de un verde esmeralda que te invitaba a perderte en ellos sin remedio.

Y no era solo su mirada. La mujer que tenía delante, a la que le di un repaso rápido de arriba abajo, era una auténtica tentación para cualquier hombre. Preciosa, provocadora, con un cuerpo que hizo que mi mente me jugara una mala pasada al imaginármelo, en décimas de segundo, debajo, encima o en cualquier posición posible, pegado al mío mientras me la follaba.

Desvié la mirada y solté lo primero que se me vino a la mente para intentar alejar a esa mujer de mí. Mi cuerpo y mi cabeza me pedían una cosa —que no la dejara marchar—, pero mi corazón se interpuso, diciéndome que, si hacía eso, sería una traición a Leonor.

—Vaya, me tocó la más borde de todo el *pub* —dije murmurando, pero en un tono lo bastante alto como para que me oyera y poder conseguir que se alejara de mí.

Noté cómo se envaraba y cogía aire, seguramente para soltarme cualquier fresca, bien merecida, por cierto. Pero no le dio tiempo, porque la mujer que estaba con ella llamó su atención y, con solo una mirada, se comunicaron en silencio. Después de eso pareció relajarse. Su amiga —o eso supuse— le dio un repaso a Luismi, dejando bien claro que era su tipo y que se avecinaba una

buena noche para mi amigo. Él, seguramente, estaba encantado, porque aquella mujer también era su tipo, así que tuve claro cómo acabarían la noche esos dos.

Luismi se ofreció en mi nombre a pagarle la copa y, ya de paso, se presentó. Ellas al final aceptaron y ofrecieron de vuelta charla y baile. Ni pizca de gracia me hizo que Luismi estuviera de acuerdo. Si él quería irse con la amiga, me parecía perfecto, pero eso implicaba que me tocaría pasar un rato al lado de aquella mujer que se había presentado como Zelda, a la que veía como una auténtica tentación para mí.

Al ver mi poco entusiasmo por unirme al plan, estuvieron a punto de echarse atrás, cosa por la que recé en silencio para que ocurriera, aunque, siendo sincero conmigo mismo, también quería saber más de Zelda y pasar un rato con ella. No tuve opción de seguir dándole vueltas, porque hizo algo que me dejó descolocado. Lo que no tenía claro era si lo hizo para dejar a Luismi a solas con su amiga o porque realmente le apetecía pasar un rato conmigo.

—Ven conmigo, necesitas un baile para coger ritmo; la copa, que me la vayan pidiendo ellos —me dijo agarrando mi mano y tirando de mí hacia la pista de baile.

—Hace mucho que no bailo, no quiero pisarte los pies; con tirarte la copa creo que ya he cumplido las cagadas contigo esta noche —le contesté intentando escabullirme del baile, que estaba seguro me iba a poner como una moto. Solo de pensar en bailar con ella pegada a mí, mi miembro ya dio el primer cabezazo dentro de mis pantalones.

—Bailar no se olvida, eso es como montar en bici, pero oye, que si no te apetece, lo dejamos. No quiero que hagas nada obligado. Nos volvemos a la barra y ya está —me dijo soltándome la mano para, a continuación, darse la vuelta y volver con nuestros amigos.

Antes de volverse, vi la decepción en sus ojos, y eso fue la gota que colmó el vaso de mi contención. *A tomar por culo todo*, pensé. Que pase lo que tenga que pasar; por una noche en la que me dejara llevar, no creía que pasara nada.

—Sí me apetece, mucho en realidad, y eso es parte del problema —le contesté, agarrándola de la cintura y de la mano para pegarla a mí y empezar a

bailar la bachata que estaba sonando en ese momento. Música que incitaba a que nos rozáramos más de lo que en un principio estaba dispuesto a tolerar, pero que, a esas alturas, estaba deseando que pasara.

—¿Eres gay, cura o, peor, tienes pareja? —me preguntó con el ceño fruncido, y a mí se me escapó una risita por lo directa que fue.

—No soy gay, tampoco soy cura, aunque normalmente siempre visto de negro; esto es una excepción —le dije señalando mi ropa—, y no tengo pareja desde hace dos años —le contesté sin dejar de sonreír.

—Gracias a Dios, porque las dos primeras serían un auténtico sacrilegio con lo bueno que estás, y la última también me tranquiliza, no vaya a parecer una tía y por bailar contigo me arranque la coleta —me contestó llevándose la mano al pecho de forma dramática.

El gesto me hizo soltar una carcajada. Noté cómo sus pupilas se dilataban por el deseo cuando me oyó reír de ese modo, y eso hizo que, si ya estaba un poco cachondo, en décimas de segundo lo estuviera del todo.

—No tienes filtro, ¿verdad? —le pregunté mientras la cogía de la mano y de la cintura para seguir bailando mucho más pegado a ella, momento que aproveché para pegar mi entrepierna a su muslo y que notara lo que me estaba provocando.

—No, lo siento. El día que repartieron los filtros yo solo llegué a pillar uno para la cafetera; de los otros ya no quedaban —me contestó mientras se pegaba más a mí y seguía moviendo sus caderas, rozándome cada vez más en mi zona.

—Marcos —le dije en uno de nuestros giros.

—¿Qué? —me preguntó confusa.

—Que me llamo Marcos y, por cierto, me encanta tu nombre, Zelda. Creo que tiene mucha personalidad y es especial, como tú —le dije con voz ronca cerca de su oído.

—No lo sabes tú bien, pero ya me encargaré de que lo sepas —me contestó, dejando claro que la noche no había hecho más que empezar.

Terminamos el baile, en el que a los dos se nos notaba igual de afectados: ella, con las mejillas rojas por el calor y no precisamente del que hacía dentro del *pub*; y yo, con los pantalones a punto de estallar.

—No te separes mucho, o todo el *pub* va a notar el efecto que me causas —le dije susurrando en su oído. La agarré por la cintura por detrás, pegándola a mi pecho, y así empezamos a caminar hasta donde estaban nuestros amigos.

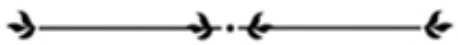
—Como te sigas restregando así, eso no se va a bajar —me dijo volviendo la cara para hablarme cerca de la boca y que solo yo pudiera oírla.

—¿Y si no quiero que baje? ¿Y si lo que quiero es hacer otra cosa que implique que tú estés sin ropa y yo dentro de ti? —*Al carajo*, pensé. No pensaba resistirme más; Zelda me había puesto como una moto y, por una vez en mucho tiempo, hice caso a Luismi y a mi hija y, sin pensar en las consecuencias, me lancé a la piscina para vivir fuera de esa burbuja que yo mismo me había autoimpuesto.

—Entonces ya estamos tardando en marcharnos —me contestó, dándose la vuelta para lanzarse a mis labios.

Tardé dos segundos en reaccionar, pero cuando lo hice, los dos nos fundimos en un beso cargado de pura pasión.

Capítulo 7



Zelda

Madre del amor hermoso, en mi vida había estado así de caliente; no sabía qué me estaba haciendo este hombre, que me tenía totalmente desatada. Y eso que solo habíamos bailado una canción y me había susurrado cuatro cosas al oído.

Al terminar de bailar, me agarró por detrás para que camináramos así y que la gente de alrededor no viera la erección tan grande que se le notaba debajo del pantalón.

Aunque íbamos caminando, él no dejaba de restregarse contra mí y le dije que, si seguía así, eso no bajaría, y lo que me contestó me dejó fuera de juego porque, al principio de la noche, en sus ojos vi muchas dudas: de querer estar en ese sitio, pero sobre todo de querer acercarse a mí.

—¿Y si no quiero que baje? ¿Y si lo que quiero es hacer otra cosa que implique que tú estés sin ropa y yo dentro de ti? —me lo dijo con la voz ronca, tan cerca de mí para que solo lo oyera yo, que la poca contención que tenía por estar donde estábamos se fue al garete.

—Entonces ya estamos tardando en marcharnos —le contesté antes de darme la vuelta, pegarme a él y lanzarme a sus labios. El beso lo comencé yo, pero no tardó ni dos segundos en responderme con las mismas ganas y la misma pasión.

Cuando le besé, empezó a descontrolarse; los dos tuvimos que parar para no dar un espectáculo aún mayor en medio de la pista. Me agarró de la mano y tiró de mí para que fuéramos rápidamente hasta donde estaban nuestros amigos.

—¿Os vais, no? —nos preguntó Luismi cuando llegamos hasta él y Sandra, los que, por cierto, estaban de lo más acaramelados.

—Nos vamos —le confirmó Marcos, esperando a que cogiera mi bolso y me despidiera de Sandra.

—Mañana te llamo, pásalo bien —le dije susurrándole al oído a mi amiga cuando me abracé a ella para darle un beso en la mejilla.

—Lo voy a pasar igual de bien que tú —me respondió riéndose.

Sin perder más tiempo, de la mano nos encaminamos hacia la calle. A apenas dos calles del *pub* había un hotel de bastante categoría. Yo me habría conformado con algo mucho menos lujoso, pero me dio la impresión de que Marcos era un hombre de gustos caros, acostumbrado al lujo y a las buenas cosas. El reloj que llevaba y toda la ropa de marca que vestía me dieron una pista clara de que era un tío con dinero, así que no me quejé ni le dije nada cuando entramos en ese hotel. Solo esperaba que lo pagara él, porque una noche allí se llevaría, como mínimo, mi sueldo de un mes, y aunque no andaba mal de ahorros, pagar esas cantidades por usar una habitación me parecía, sencillamente, tirar el dinero.

Pasamos por la recepción y, como ya me esperaba, pidió una *suite*. Yo esperé a su lado sin decir ni una sola palabra; el lujo del vestíbulo y la gente que había allí no es que me miraran precisamente bien. Me sentí totalmente fuera de lugar y no me gustó nada esa sensación; recé para que terminara pronto y le dieran la llave de una vez y poder desaparecer de todos esos ojos que lo único que parecían estar haciendo era juzgarme.

Por fin me agarró de la mano y nos fuimos rápido a los ascensores; no fuimos los únicos que montamos. Un matrimonio mayor se montó con nosotros y, sobre todo, la mujer no dejó de mirarme hasta que se bajaron una planta antes que nosotros.

Marcos abrió la puerta de la *suite* y me dejó pasar primero; me quedé con la boca abierta cuando vi la habitación, si es que podía llamarse así, porque era casi más grande que la casa en la que yo vivía con mi madre.

Oí cómo se cerraba la puerta de la habitación con un suave clic a mi espalda y ya no me dio tiempo a ver nada más. Marcos me agarró por la cintura y me dio la vuelta; empezó a besarme mientras caminaba, empujándome hasta que la primera pared que teníamos cerca nos frenó.

El beso no fue lento, fue puro fuego, todo lengua, saliva y dientes, mordiéndonos los labios el uno al otro. Sus manos empezaron a acariciarme los costados y los pechos por encima de la ropa, pero a mí ya me molestaba toda la ropa; necesitaba que me acariciara la piel con sus manos. Me saqué la blusa por la cabeza de un tirón, quedándome en sujetador delante de él. Sus ojos, llenos de deseo, me dijeron que le gustaba y mucho lo que tenía delante. Yo también quería acariciarle sin ningún impedimento, así que me di prisa en desabotonarle la camisa sin dejar de besarle y, un minuto después, cayó al suelo junto a mi blusa.

Dejó de besarme y bajó sus labios, pasando su lengua por mi garganta hasta llegar a mis pechos; con una habilidad pasmosa, con una mano se deshizo de mi sujetador para después empezar a lamer mis pezones por turnos, torturándolos con su lengua y los dientes, con los que me mordía y tiraba de ellos, provocándome el dolor justo para excitarme más. Metió una de sus manos bajo mi falda y empezó a pasar su palma por toda mi vagina de arriba abajo; cuando le pareció suficiente, apartó mi braguita a un lado y con dos dedos empezó a pellizcar mi clítoris, haciéndome jadear de placer. Metió uno de sus dedos dentro de mí para, después de pocos segundos, meter un segundo dedo y después un tercero. Primero, con movimientos lentos, empezó un baile delicioso que, al poco tiempo, aceleró sin darme tregua hasta que me corrí en su mano. Sacó los dedos de mi interior, que brillaban por mi humedad, y sin apartar su mirada de la mía los lamió uno a uno; me pareció un gesto tan erótico y personal que me calentó la sangre del todo y desató mi parte más animal.

Le abrí los vaqueros de un tirón y se los bajé junto con la ropa interior con prisas. Me arrodillé a sus pies y, agarrándole el miembro con una mano y sin dejar de mirarle, pasé mi lengua desde la punta hasta el fondo unas cuantas veces, parándome en algunas de las pasadas en su glande para succionarle.

Cuando me pareció que ya le había torturado bastante, me la metí entera en la boca y empecé a moverme más deprisa, llegando con su miembro hasta el fondo de mi garganta. Marcos me agarró el pelo por la coleta para guiarme en los movimientos al ritmo que a él le gustaba.

—Para, no quiero terminar en tu boca —me dijo retirándose; no me habría importado, la verdad, pero vi bien claro que la primera vez quería terminar dentro de mí.

Me agarró para levantarme y volvió a besarme mientras me cogía por debajo del trasero, haciendo que enroscara mis piernas en su cintura. Me llevó hasta la cama, donde me tumbó lentamente; me bajó la falda llevándose mis bragas de paso y, cuando me tuvo desnuda del todo, se incorporó para observarme mientras se relamía los labios.

—Eres preciosa —me dijo antes de ponerse de rodillas entre mis piernas y agachar la cabeza para chupar de nuevo mis pezones. De ahí fue bajando poco a poco, por todo mi cuerpo, pasando por el ombligo hasta que llegó a mi vagina, la que lamió de arriba abajo deteniéndose en mi clítoris; me hizo maravillas con la lengua hasta que consiguió que me corriera por segunda vez.

Cuando se levantó, me miró y, en décimas de segundos, su semblante cambió de puro deseo al cabreo y la decepción. No pensaba quedarme con la intriga de qué era lo que le pasaba, así que me incorporé un poco y le pregunté:

—¿Qué pasa? —le dije mirándole a los ojos, buscando en ellos alguna explicación, si es que él no quería dármela, pero sí se atrevió a contestar.

—Ni se me había pasado por la cabeza que la noche podría terminar así, ni contigo ni con nadie, y no tengo condones, lo siento.

—Pues yo tampoco tengo; hace meses que no me acuesto con nadie y no pensé que hoy podría pasar tampoco.

—Yo hace más de dos años que no me acuesto con nadie —me dijo y, de primeras, dudé, pero vi tanta sinceridad en su mirada y también vi pesar, pero eso preferí obviarlo.

—¿Estás limpio? —Nunca lo había hecho sin protección con ningún hombre, pero no sé por qué Marcos me dio tanta confianza en ese sentido que no me importó dejar que pasara, si él quería, y hacerlo sin nada.

—Sí, claro que sí. ¿Y tú? —me preguntó con esperanza y un poco ansioso porque le dijera que sí y que pudiéramos seguir.

—Yo también estoy limpia y hace meses que no me acuesto con nadie, ya te lo he dicho; además, tengo puesta una inyección anticonceptiva —le contesté antes de agarrarle por la nuca y empezar a besarle de nuevo.

El ambiente, que parecía que se había enfriado por el parón y las preguntas, enseguida volvió a calentarse hasta el punto de no poder aguantarnos más las ganas. Me agarró las dos manos por las muñecas y las sujetó por encima de mi cabeza; metió una pierna entre las mías y con la rodilla me las separó para que le dejara mejor acceso a mi centro. Sin dejar de mirarme a los ojos, con su mano guio su miembro hasta mi vagina y empezó a restregarlo de arriba abajo, haciéndome desearlo más y más.

—¿Segura? —me volvió a preguntar, dándome la última oportunidad para que me echara para atrás. No le contesté con palabras; levanté mis caderas y con eso fue suficiente para que él entendiera.

Entró dentro de mí de una manera tan lenta que era casi agónico; el deseo que me recorrió todo el cuerpo hizo que, antes de que llegara hasta el fondo de mí, me dejara ir de nuevo.

Volvió a lanzarse a mis labios y, sin dejar de besarme, empezó a moverse cada vez más deprisa; cuando estaba a punto de tener mi cuarto orgasmo de la noche, paró de repente y salió de mi interior. Me giró rápidamente y me puso a cuatro patas en la cama; volvió a entrar en mí desde atrás de un solo empujón y, con movimientos frenéticos, siguió y siguió hasta que los dos nos corrimos juntos, chillando el nombre el uno del otro.

Tras varios minutos en los que nos costó recuperar la respiración, pasamos a la ducha, donde tuvimos una segunda ronda. Pero no se quedó solo en eso, porque antes de quedarnos dormidos tuvimos dos rondas más, en las que hicimos hasta el conocido sesenta y nueve. Y probamos posturas que yo no había practicado en la vida y que me encantaron.

Abrí los ojos y sonreí para mis adentros antes de moverme, al recordar la maravillosa noche que había pasado junto a Marcos, la más maravillosa y placentera que había tenido nunca, sin duda.

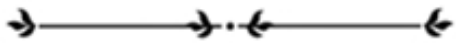
Me giré un poco para mirarle y me llevé el chasco de mi vida: no había nadie a mi lado y, al pasar las manos por la sábana y ver que estaban frías, supe de inmediato que hacía mucho rato que se había largado. Lo que sí había encima de la almohada era una nota y doscientos euros. En ella ponía que la habitación y el desayuno estaban pagados y que me dejaba el dinero para el taxi y que, con lo que me sobrara, me comprara algo bonito.

—Pero ¿qué mierda se había pensado ese tío?, ¿que yo era una puta o algo así para que, después de follarme, me dejara allí dinero? —dije en voz alta. De la rabia y decepción que me entró, lo único que pude hacer fue llorar.

Mientras las lágrimas no dejaban de salir de mis ojos, me vestí a toda prisa. Pedí un taxi por la aplicación que tenía en el móvil y esperé allí, sentada en la cama, sin dejar de llorar, a que me avisara para bajar corriendo y largarme de allí de una maldita vez.

Media hora después entré por la puerta de casa; menos mal que mi madre no estaba, porque habría sido incapaz de disimular delante de ella lo mal y humillada que me sentía. Le dejé una nota en la cocina para que, cuando volviera, se quedara tranquila al saber que estaba en la cama durmiendo. Acabé quedándome dormida, pero del agotamiento de llorar, dos horas después de meterme en la cama.

Capítulo 8



Zelda

Me levanté con un dolor de cabeza horroroso, aparte de lo dolorido que tenía todo el cuerpo por la cantidad de ejercicio que había hecho toda la noche. Con los pies arrastrando, fui hasta el armario y saqué ropa limpia antes de salir de mi habitación para ir al baño.

Cuando el agua empezó a caer sobre mi cabeza en la ducha, sentí un ligero alivio. Al menos físico. Por dentro era otra historia muy distinta.

Tenía sentimientos encontrados, un auténtico caos emocional difícil de ordenar. Por una parte, me sentía dolida y profundamente decepcionada por la forma en la que Marcos había desaparecido. Intentaba convencerme de que quizá lo había hecho con buena intención, de que tal vez no quería hacerme sentir mal… pero esa excusa se desmoronaba sola. Si ese hubiera sido el caso, al menos se habría despedido. O habría esperado para desayunar juntos. Algo. Cualquier cosa que no fuera marcharse en mitad de la noche. Pero no lo hizo. Se fue y me dejó allí sola, con la sensación de no valer nada. O, al menos, así me sentía yo.

Y luego estaba mi corazón, traicionero como siempre, llevándole la contraria a mi cabeza. Porque mientras una parte de mí se repetía todo lo anterior, otra insistía en que Marcos era un hombre maravilloso, que quizá se había marchado por algún motivo de peso, por algo que yo no sabía. Que tal vez no todo era tan simple como parecía.

Sabía que mi corazón estaba confundido, que no debería defenderlo sin motivos, pero explícaselo tú. A él. Al mismo que se me aceleraba solo con pensar en Marcos, en su sonrisa y en esos ojos azules que no dejaban de colarse en mi cabeza sin permiso.

Y allí, bajo el agua caliente, me di cuenta de que lo peor no era su ausencia… sino lo mucho que ya me importaba.

Yo, la que me había reído de las palabras de mi madre tan solo unas horas atrás, parecía que la mujer me hubiera echado una maldición. Porque lo que había sentido con Marcos en tan solo unas horas no lo había sentido nunca con ningún hombre. Esos pensamientos me asustaron y me cabrearon a partes iguales. ¿Sería posible que hubiera tenido lo que llaman un flechazo por un hombre que, después de pasar con él la mejor noche de mi vida, se largara y me dejara allí como si fuera un pañuelo de usar y tirar? Si es que más gilipollas no se nacía, de verdad que no.

Al aparecer en la cocina, allí estaba mi madre y nada más verme la cara, ya supo que me pasaba algo y que resaca no era, claro, porque bien sabía ella que yo apenas probaba el alcohol.

Sin decirme nada, porque sabía que necesitaba mis tiempos para arrancar a hablar, me sirvió una taza de café y me puso un ibuprofeno en la mano. Con mi madre no tenía secretos, siempre se lo contaba todo; aparte de mi madre, era mi amiga y, a estas alturas de la vida, con los años que teníamos las dos, no se escandalizaría por nada que le contara. Así que, cuando el café estaba ya a medias, cogí aire y empecé a contarle todo lo que me había pasado la noche anterior. En los detalles íntimos no entré, claro; esos no se los contaba nunca ni a Sandra, mucho menos lo iba a hacer con mi madre.

—Estás jodida —me dijo cuando terminé de contarle todo, y yo la miré con cara de «¿pero qué me estás contando, hija?»

—¿En serio? Fíjate que a esa conclusión ya había llegado yo sola, madre —le contesté con sarcasmo.

—Pues sí, muy en serio te lo digo. Porque te has pillado de ese hombre y hasta que no lo asumas estarás muy confundida —me contestó sonriendo. *¿De qué coño se reía esta mujer?*, pensé.

—Define pillar, porque creo que las dos no estamos en el mismo punto —le pedí, a ver si ella, diciéndome lo contrario a lo que yo pensaba al ser más sabia, me dejaba más tranquila.

—Pillada, colgada, enamorada. Vamos, lo que viene siendo de toda la vida de Dios, que Cupido te ha clavado una flecha.

A tomar por culo, dije para mis adentros, maldiciendo al jodido angelito de las flechas. Pues sí, mi madre coincidía con las sospechas que yo tenía y, si ella me lo había dicho así de claro, era porque estaba convencida de ello.

—Menuda mierda, pues vaya ojo que ha tenido el angelito de los cojones. Seguro que hay unos cuantos y a mí me ha tocado el bizco —le dije resoplando y cruzándome de brazos, enfadada.

—No te comas la cabeza, Zelda. Si de verdad ese hombre es tu destino, las cosas se solucionarán. Cuando lo vuelvas a ver, estoy segura de que las cosas serán distintas. No sabes nada de su vida; lo mismo él se ha asustado porque sintió lo mismo que tú. Los hombres llevan un ritmo distinto al nuestro, necesitan pensar más las cosas y, antes de digerirlas, masticarlas hasta dejarlas hechas puré; si no, se les indigestan.

—¿Pero cómo le voy a volver a ver? Si solo sé su nombre y lo mismo hasta el que me ha dicho es falso. Ni sé dónde vive, trabaja, ni nada de nada. Lo único que sé es que tiene gustos caros y que es un poco pijo; su ropa, el reloj y el perfume que llevaba así me lo dijeron —le respondí con frustración, pasándome las manos por la cara.

—Sandra —me dijo mi madre, riéndose.

¿Y ahora para qué nombraba a mi amiga?, me pregunté, cada vez más perdida. A ver si a mí también me pasaba como a algunos tíos y me iban a tener que dar masticado y todo para que me enterara de algo.

—¿Qué tiene que ver Sandra aquí ahora, mamá? Mira que estoy más perdida que un pulpo en un garaje. A mí dime las cosas hoy como si tuviera tres años y no supiera leer. Porque tengo una espesez mental que no es ni medio normal. —Mi madre se echó a reír antes de contestarme.

—¿No dices que Sandra se quedó con su amigo? Pues lo mismo ha tenido más suerte que tú y aún sigue con él. O ha averiguado algo más de sus vidas o incluso ha conseguido su número de teléfono.

—¡Coño, madre, eres un genio! —le dije levantándome de un salto para salir corriendo a buscar mi teléfono.

—Ya me contarás luego qué te ha dicho; ahora me voy a marchar, que he quedado con mis amigas para comer y después iremos al teatro —me dijo alzando la voz porque yo ya llegaba a medio pasillo.

—Sí, tranquila, luego te hago un resumen del siguiente capítulo de esta serie turca en la que se ha convertido mi vida. Tú pásalo bien con las chicas —le respondí antes de entrar en mi habitación.

Cogí el móvil del bolso, donde estaba desde que lo había usado por última vez esa mañana para pedir el taxi, busqué el chat que tenía con Sandra y tecleé rápido.

Zelda: *¿Estás dormida? ¿O el señor Luismi te sigue dando mandanga?*

Sandra: *Luismi ha ido a la cocina a por algo de desayunar para los dos.*

Zelda: *¿Estás en su casa?*

Sandra: *Así es, y vaya casa, Zelda, es preciosa y enorme.*

Zelda: *Qué suerte tienes, te tocó el bueno.*

Sandra: *¿Por qué dices eso? ¿No fue bien la noche con Marcos?*

Zelda: *Sí, la noche fue muy bien; lo malo ha sido al despertar.*

Sandra: *¿Te ha echado de su casa o es que has salido tú corriendo?*

Zelda: *No hay casa. Me llevó a un hotel, lujoso eso sí, cogió hasta una suite. He pasado la noche más maravillosa de mi vida, pero como en el cuento de la Cenicienta, al salir el sol todo se ha desvanecido.*

»Él no estaba cuando me he despertado, pero ha tenido el detalle de dejar la habitación pagada y el desayuno y, por si eso no fuera poco, me ha dejado sobre la almohada doscientos euros para que me pagara el taxi y, con lo que me sobrara, algo bonito para mí.

Sandra: *Me estás vacilando, ¿verdad?*

Zelda: *Ni un poquito.*

Sandra: *Joder, pues su amigo no tiene nada que ver con él. Me ha tratado de maravilla en todos los aspectos y antes de irse a por el* desayuno, *me ha pedido que me quede aquí con él hasta media tarde, que tiene que viajar.*

Zelda: *Cuánto me alegro. La verdad es que se le ve buen chaval. No te cierres, Sandra, que lo mismo mi madre nos maldijo anoche y has encontrado al amor de tu vida.*

Sandra: *Tanto como el* amor, *no lo sé, eso ya es venirse muy arriba, pero que me gusta muchísimo, eso sí te lo aseguro. Pero ya sabes que tú estás por encima de cualquiera para mí; si que esté con Luismi, porque es amigo de Marcos, te supone algún problema, ahora mismo me levanto y me voy para casa.*

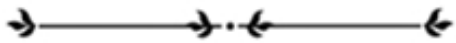
Zelda: *Ni se te ocurra. Tú disfruta y déjate llevar a ver hasta dónde llegan las cosas; eso sí, esta noche, cuando vuelvas a casa, te pasas por aquí y me cuentas todo.*

Con un par de mensajes más por parte de las dos, incluida la despedida, cerré el chat y dejé el teléfono encima de la mesa.

Me alegraba mucho por Sandra; no me hacía falta verle la cara de ilusionada que tenía cuando me estaba escribiendo. La conocía tan bien como ella a mí y solo con ver la manera de escribir ya sabía cuál era su estado de ánimo.

Que Luismi fuera amigo de Marcos, no sabía todavía si para mí iba a ser algo bueno o algo malo. Con el dolor de cabeza que tenía, decidí dejar el tema de lado y, como decía la grandísima Scarlett O'Hara en esa parte de la película: «Ya lo pensaré mañana».

Capítulo 9



Marcos

Sentado en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cara, pensando, así fue como me encontró mi hija cuando entró en mi habitación a buscarme.

No se me iba del pensamiento absolutamente nada de lo que había pasado la noche anterior. Las imágenes de Zelda encima o debajo de mí, en la ducha o contra la pared, pasaban una y otra vez por mi cabeza en bucle.

Había pasado la mejor noche de mi vida y, sí, no me daba ninguna vergüenza reconocerlo. Pero cuando me desperté y vi a mi lado a Zelda, me acojoné de tal manera que cogí mi ropa, me la puse de cualquier manera y salí de allí como alma que lleva el diablo.

Nunca había sentido lo que sentí con ella durante toda la noche. Esa conexión que me pareció que compartíamos y la manera de entendernos bajo las sábanas, como si lleváramos años juntos, fue brutal.

En todos los años que había estado con Leonor, nunca me había pasado algo así con ella, y eso me hizo sentirme fatal porque, cuando todo terminó, los remordimientos llegaron a mí, ya que solo podía sentir que la había traicionado.

—¿Papá, estás bien? —me preguntó Iris, sentándose a mi lado.

—No, no tenía que haber salido ayer —le dije resoplando.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —me preguntó, confundida y preocupada a la vez.

Como ya os había dicho, con mi hija solía hablar las cosas claras y no tenía problemas en contarle (sin entrar en detalles, claro) lo que me había pasado. No quería que me mirara con esa cara de preocupación pensando que me había pasado algo malo.

—Conocí a una mujer muy especial —le dije en un susurro, y al levantar la mirada vi la ilusión en sus ojos y casi me arrepentí de haber abierto la boca. No quería que pensara lo que no era, porque tenía claro que no podía volver a ver a Zelda; si lo hacía, lo que sentía por ella, eso a lo que no me atrevía a ponerle nombre, se intensificaría mucho más.

—Eso es bueno, ¿no? —me preguntó, confundida.

—No, seré claro contigo, ya que eres lo suficientemente mayor para entender las cosas. He pasado parte de la noche con ella, pero cuando me he despertado he salido del hotel casi corriendo. Me siento fatal. Solo puedo pensar en que le he fallado a tu madre y que la he traicionado.

—A ver, vamos por partes —me dijo, levantándose y empezando a caminar de un lado a otro de la habitación—. Dime que no te has marchado de allí sin despedirte —me pidió, poniendo los brazos en jarras.

—La dejé durmiendo. No se habrá dado cuenta de que me había ido hasta que se haya levantado —le contesté, agobiado, porque me estaba dando cuenta en ese momento de que quizá me había comportado, además de como un cobarde, como un auténtico cabrón.

—¿Le has dejado una nota al menos? ¿Con tu número, una disculpa o algo? —Noté por momentos cómo mi hija empezaba a cabrearse más y más.

—Sí, le dejé una nota en la que le decía que la habitación y el desayuno estaban pagados. Mi número no, claro que no, y una disculpa, pues tampoco. Pero sí le dejé doscientos euros para que se pagara el taxi de vuelta a su casa y, con lo que le sobrara, le pedí que se comprara algo bonito.

—¡¿Cómo?! Dime que con lo del dinero estás bromeando, papá, por favor —me dijo, alzando la voz, y yo estaba bastante perdido, la verdad, porque no sabía por qué se estaba alterando tanto.

—Claro que no es una broma, solo pensé que sería un bonito detalle —le contesté, encogiéndome de hombros.

—¡¿Un bonito detalle?! ¿Tú eres tonto o qué te pasa? Papá, no te preocupes, que si lo que no querías era que esa mujer se acercara más a ti, enhorabuena, lo has conseguido sin duda —me respondió, muy enfadada.

—¿Por qué te pones así? —le pregunté, levantándome de la cama y paseando también, porque me estaba poniendo muy nervioso.

—¿Que por qué me pongo así? Porque tengo un padre que es idiota, encuentra una mujer que le gusta y, en vez de tratarla bien, la deja sola en una habitación de hotel. Y por si eso fuera poco, le dejas dinero, tratándola como a una puta a la que le das una propina por el buen servicio que te ha hecho.

»Es que no se puede meter más la pata en tan poco tiempo, de verdad. No me quiero imaginar cómo se ha sentido esa mujer cuando se haya despertado y se haya encontrado con ese percal. Soy tu hija y sabes que te quiero, pero te has pasado, y mucho, papá, como mujer y además como tu hija que soy. ¿Cómo te sentaría a ti que un chico me tratara así?

No se me pasó por la cabeza en ningún momento, cuando dejé el dinero, que Zelda pudiera verlo de esa manera. Pero ahora, pensándolo en frío y después de las palabras de Iris, me di cuenta de que sí que podría haberse sentido insultada. Lo del dinero de verdad que lo hice con toda mi buena intención, pero claro, visto desde fuera, como lo estaba viendo mi hija, sí que podría verse de la manera en la que ella lo estaba viendo.

—Viéndolo así, puede que no lo haya hecho de la mejor manera, pero de verdad que no era mi intención tratarla como una puta ni nada parecido. Yo solo quería tener un detalle con ella —le dije resoplando.

—Lo sé, papá, sé que nunca tratarías mal a una mujer. Solo hay que ver cómo sigues adorando a una mujer que no se lo merece. Pero esa mujer con la que has pasado la noche no te conoce y es normal que se haya pensado lo que no es, porque es para pensarlo, la verdad.

—Pues si algún día me la encuentro y me lo permite, me disculparé. Otra cosa no puedo hacer.

—¿Entonces no quieres buscarla o volver a estar con ella? —me preguntó a media voz. Vi la decepción en su tono y también en sus ojos.

—No es que no quiera, es que no puedo. Tu madre sigue aquí metida —le dije, llevándome la mano al pecho, a la altura del corazón— y no quiero estar con una mujer queriendo a otra. No sería justo, ni para ella, ni para mí ni para Leonor.

—No puedo contigo, de verdad te lo digo. Mira, haz lo que quieras, pero te vas a arrepentir de dejar pasar la vida de largo y seguir anclado a una mujer que, escúchame bien, ¡no te quiere! Y dudo que lo haya hecho alguna vez —me dijo, saliendo por la puerta dando un portazo.

—¡Iris! —le dije, saliendo detrás de ella.

—Ni Iris ni nada, papá, déjalo, ¿vale? No quiero seguir hablando contigo de Leonor. Me pongo de mala leche solo con oír su nombre —me dijo, zanjando el tema.

—Está bien. ¿Quieres que pasemos el día en el centro comercial? Podemos comer allí y mirar esos libros que querías comprar —le pedí, para ver si el ambiente se relajaba un poco y nos calmábamos los dos.

—Está bien, pero no creas que voy a cambiar de opinión en lo que pienso —me dijo, apuntándome con el dedo.

—Vale, voy a darme una ducha y nos vamos. Nos vendrá bien pasar el día fuera —le dije, tirando de ella para darle un abrazo.

—Ni se te ocurra sacar la ropa de grajo otra vez o no voy contigo. Que parece que llevo al lado a un cura, al que solo le falta el alzacuellos —me dijo, poniendo los ojos en blanco y haciéndome reír.

—Está bien, le daré un poco de color a mi vida, pero no mucho, que lo mismo la gente se asusta si lo hago así de golpe —le dije, haciéndola reír.

Me fui a la ducha y, mientras el agua caía sobre mi cabeza, parecía que los pensamientos se me aclaraban un poco. Mi cabeza me decía una cosa y mi corazón otra. Me dolía saber que, en el fondo, mi hija tenía razón: Leonor no me quería y tenía que aceptarlo e intentar olvidarme de ella.

Media hora después fui a buscar a Iris a su habitación y, cuando me vio, aplaudió y asintió con la cabeza, dándome el visto bueno. No me quité el negro del todo porque llevaba unos pantalones de ese color, pero arriba me había puesto una camisa blanca y unas deportivas blancas también.

—¿Le parece bien a la señorita mi atuendo? —le dije, bromeando.

—Se podría mejorar, pero por ser el primer día que sales de la oscuridad, podría valer —me contestó, riéndose.

—¿Nos vamos? —le pregunté, cogiendo las llaves del coche.

—Me faltan los zapatos y coger el bolso. Oye, ¿le has preguntado a Luismi si quiere venir con nosotros? Ya sabes que a todo lo que sea comer y gastar nunca dice que no. —Y qué razón tenía; mi amigo, era decirle comer fuera y compras y parecía un niño chico el día de Navidad, de lo contento que se ponía.

—En lo que acabas, voy a mandarle un mensaje. Aunque lo mismo está ocupado. Anoche creo que también se fue acompañado por la amiga de la mujer con la que yo estuve. Además, a las siete de la tarde sale el avión que tiene que coger para ir a Ibiza. Mañana, por la mañana temprano, tiene una reunión con uno de nuestros proveedores de piedras.

—Bueno, tú pregúntaselo por si acaso, que luego, si no le decimos nada, rezongará más que una vieja gruñona —me contestó, riéndose.

Saqué el móvil que llevaba en el bolsillo del pantalón y busqué su nombre para mandarle un mensaje.

Marcos: *Tío, ¿estás en casa? Iris y yo nos vamos al centro comercial a comer y de compras. ¿Te apuntas?*

Luismi: *Sí, estoy en casa, pero no estoy solo. Sandra está conmigo y se quedará hasta que me tenga que ir al aeropuerto.*

Tuve que leer dos veces el mensaje para asegurarme de que lo había leído bien. Se había llevado a una mujer a su casa y encima iba a pasar el día con ella. Si me hubieran pinchado, no me habría salido ni una gota de sangre en ese momento. Eso era totalmente nuevo e inusual en Luismi. Nunca, y cuando digo nunca, es que así era, llevaba a ninguna mujer a su casa y muchísimo menos pasaba el día con ninguna después de haberse acostado con ella.

Marcos: *¿Quién eres? ¿Y qué has hecho con mi amigo?*

Luismi: *Ja, ja, ja, serás idiota. Estás muy sorprendido por mi comportamiento, ¿verdad? Pues ya somos dos, macho. Pero, chico, no sé qué tiene esta mujer que me tiene loco. Fui incapaz de llevarla a un hotel; la quería en mi casa y en mi cama. No me preguntes por qué, porque ni yo mismo lo sé.*

Marcos: *Pues, ¿me alegro? Es que no sé ni qué decirte, estoy tan sorprendido que hasta cara de tonto se me ha quedado.*

Luismi: *Sí, te puedes alegrar, yo estoy contento. ¿Tú qué tal con Zelda?*

Marcos: *Ya te lo contaré con calma cuando vuelvas del viaje. Solo te adelantaré que he pasado la mejor noche de mi vida, pero no creo que la vuelva a ver. Según la opinión de mi hija, me he portado como un idiota con ella y la he cagado a lo grande.*

Luismi: *Pues si Iris lo dice, es que ha sido así. En tres días vuelvo y, cuando me lo cuentes, te daré collejas hasta que se me canse la mano, porque estoy seguro de que te las mereces.*

Marcos: *Sí que me las merezco. Bueno, te dejo, que nos vamos. Pásalo bien y nos vemos a tu vuelta.*

Luismi: *Sí que lo voy a pasar bien, eso ni lo dudes, ja, ja, ja. Dale un beso a mi pequeña y dile que me compre algo.*

Marcos: *No se puede tener más morro que tú. No pienso decirle a mi hija que te compre algo.*

Luismi: *Ahora le mando yo un mensaje y se lo digo, que tú eres más agarrado que un chotis.*

Marcos: *Anda, vete con Sandra y deja a mi hija en paz.*

Luismi: *No hace falta que me lo digas dos veces; además, estoy oyendo el agua de la ducha. Ale, pasadlo bien, que yo también lo voy a hacer en breve.*

Marcos: *Adiós y ten cuidado, no te resbales en la ducha con el jabón.*

Luismi: *No te pienso contestar a eso. Chao.*

—¿Qué te ha dicho Luismi? —me preguntó mi hija, que ya venía preparada para que nos fuéramos.

—No viene, está ocupado —le contesté, sonriendo, y no hizo falta decirle nada más, me entendió perfectamente.

—Pues vámonos —dijo, mientras andaba hacia la puerta de la calle.

Al ser domingo, apenas había tráfico, así que llegamos enseguida al centro comercial. Lo primero que hicimos fue pasarnos por la librería donde Iris siempre compraba los libros que le gustaban. Entramos también en varias tiendas de ropa y mi hija me hizo comprarme varias camisas que no fueran negras, claro. Ella también se compró unos vaqueros y una mochila nueva para el instituto porque a la suya se le había roto la cremallera.

Casi a las tres de la tarde, cansados de tantas vueltas y compras, subimos a la segunda planta, donde había un montón de restaurantes. Nos decidimos por un italiano al que ya habíamos ido más veces. Disfrutamos de una buena comida mientras charlábamos y bromeábamos por todo. Estábamos terminando el postre cuando, de repente, se desató el caos: una explosión muy fuerte nos hizo caer de las sillas donde estábamos sentados. A partir de ahí todo fueron gritos, llantos y mucho humo y fuego por todas partes.

Capítulo 10



Zelda

Como mi madre se fue a comer con sus amigas y no tenía muchas ganas de tirarme una hora metida entre los fogones, saqué del frigorífico un par de huevos para hacérmelos fritos y un poco de jamón, algo rápido y nutritivo.

Estaba rebañando con el pan el último trozo de huevo cuando me sonó el teléfono. Al oír la música que sonó, pegué un bote en la silla y me lancé a por el teléfono que estaba encima de la encimera. El motivo, pues porque el móvil que usaba mi hermano Enzo desde el parque lo tenía grabado para que sonara de una manera diferente al resto de llamadas, así me ponía sobre aviso de que podía ser algo importante.

—Dime, Enzo —le dije nada más descolgar, poniendo el manos libres.

—¿Estás en casa? —me preguntó y, por su tono de voz, ya supe que pasaba algo malo.

—Sí, ¿qué pasa? —le pregunté preocupada.

—Necesito que vengas cagando leches, tenemos una mangada guapa.

Nada más descolgar el teléfono, puse el altavoz y, mientras hablábamos, me calcé las deportivas, que era lo único que necesitaba, porque ya llevaba un chándal puesto.

—Estoy saliendo por la puerta —le dije, cogiendo a la carrera, de paso por el recibidor, mi mochila, que siempre que estaba en casa dejaba preparada en la puerta. Era una costumbre que tenía desde que empecé a trabajar de bombera, por si se daba una situación de emergencia en la que me tocara salir corriendo, como estaba pasando en esos momentos.

Otra de las costumbres que tenía es que siempre estaba vestida para poder salir de casa en cualquier momento, sin tener que perder tiempo. Solo me ponía el pijama para irme a dormir. El resto del tiempo, aunque acabara de llegar a casa del parque, estaba en chándal.

—Perfecto. ¿Cuánto tardas en llegar? —me preguntó mi hermano.

No os lo he dicho, pero como mi padre ya era bombero cuando él y mi madre se casaron, fue una de las cosas que siempre tuvo clara a la hora de elegir dónde vivir: tenía que ser cerca del parque. Le costó encontrar la casa perfecta, pero al final lo consiguió, así que caminando estábamos a solo diez minutos. Para mí, que estaba en buena forma y en cuanto pusiera un pie en la calle aceleraría el paso casi corriendo o incluso haciéndolo alguna que otra vez, en seis minutos escasos estaba ya allí.

—En poco más de cinco minutos estoy allí. ¿Eloy, Roque y los demás? —le pregunté por mis compañeros, a los que seguro que también había llamado.

—Eloy estaba aquí en el gimnasio, ya se está poniendo el traje. Roque llegará a la vez que tú y los demás ya están de camino también.

—Ponme en situación —le pedí mientras aceleraba el ritmo por la calle.

—Hay un incendio enorme en una nave en el polígono, todos los efectivos del parque de la cuarenta y ocho están allí. Y todos los de aquí, más vosotros cuando lleguéis, hemos cogido el aviso de una explosión en el centro comercial del barrio de Salamanca.

Dios mío, pensé. Aquello tenía que ser un auténtico caos. Ese centro comercial y a esas horas, un domingo con todas las tiendas abiertas, tenía que ser un hervidero de gente.

—¿Sabemos el motivo de la explosión? —le pregunté mientras cruzaba la última calle que me faltaba para llegar.

—Casi estamos seguros de que ha sido un escape de gas, pero aquello es un infierno, Zelda. Ha sido en la zona de los restaurantes y la mayoría tienen toda la decoración de madera. Aparte, sigue habiendo explosiones cada poco en cuanto el fuego llega a las cocinas de cada uno de ellos. Hay muchos heridos, los sanitarios necesitan ayuda para el rescate de la gente. En eso os centraréis vosotros; con el fuego ya están el resto de los equipos que he mandado.

—Enzo, estoy en la puerta, te cuelgo para subir a cambiarme.

—Perfecto, ahora te veo.

Entré corriendo y vi a Eloy ya vestido poniendo en marcha nuestro camión. Le hice un gesto con la mano para que supiera que iba a ponerme el traje y él asintió con la cabeza, muy serio.

Él era nuestro conductor y siempre que teníamos una salida, apenas hablaba, lo justo. Le gustaba estar muy concentrado en lo que hacía y los demás le dejábamos hacer, porque era una pieza muy importante en el equipo. Al fin y al cabo, era él el que nos tenía que llevar lo más rápido posible donde se nos necesitaba.

Entré en el vestuario, ese que compartía con mis compañeros. Nunca me había importado tenerme que desnudar delante de ninguno de ellos; allí todos éramos compañeros y en lo que menos te fijabas era en el físico de nadie cuando solo piensas en vestirte lo más rápido posible para salir zumbando y ayudar donde se nos necesitara.

Dentro estaba Roque ya casi terminando y mis otros dos compañeros entraron justo un minuto detrás de mí.

—¿Os ha dicho Enzo algo de cómo está la situación que nos vamos a encontrar cuando os ha llamado? —nos preguntó Roque a los tres.

—Sí, varias explosiones por escape de gas la primera y las demás a consecuencia de esa se están produciendo después. Vamos de apoyo al rescate

de civiles; con el fuego ya están los otros compañeros —le contesté.

Los otros dos asintieron, corroborando mis palabras para que supiera que estaban también al tanto de la situación.

Dos minutos después, los cuatro salimos corriendo hacia nuestro camión y, una vez arriba, mientras Eloy salía con la sirena puesta y acelerando al máximo, nos pusimos los pinganillos en las orejas con los que estaríamos en comunicación entre nosotros y también con mi hermano. Probamos que funcionaran correctamente y nos quedamos el resto del camino en silencio.

Ocho minutos exactos fue lo que tardó Eloy en llevarnos hasta el centro comercial. Nos bajamos del camión y seguimos a Roque, que corría a gran velocidad hasta el segundo piso, que era donde estaban todos los heridos.

—Intentad sacar a los que aparentemente estén menos heridos. De los más graves se están encargando los sanitarios, aunque si veis alguno que lo necesita y no hay ninguno cerca, centraos en ese. Hay mucha gente que solo está asustada y desorientada, pero no herida; esos dejadlos para el final. Los niños son la prioridad, ya lo sabéis —nos dijo por el camino antes de llegar.

—Manteneos en contacto en todo momento y tened cuidado con las explosiones, que estoy seguro de que faltarán por pasar. Concentración y rapidez. Venga, vamos al lío y, como siempre os digo, os quiero a todos enteros al final de la intervención, si no os patearé el culo —añadió.

Todos asentimos con la cabeza, sonriendo, porque siempre que salíamos, fuera la emergencia que fuera, independientemente de la gravedad, siempre nos decía esa frase antes de empezar con el rescate, el fuego, el accidente o lo que fuera que nos tocara ese día.

Cada uno nos dirigimos a una parte y empezamos a cargar con gente, sobre todo con niños que, aunque no estaban heridos, lloraban desconsoladamente por verse envueltos en una situación tan traumática para ellos. La mayoría se había despistado de los brazos de sus padres u otra de las posibilidades es que con quien estuvieran, esa persona estuviera herida y por eso se encontraban solos.

En media hora acompañé a la salida a diez niños, que fui entregando a los compañeros del Cuerpo Nacional de Policía que estaban en la entrada. Ellos los recogían y los llevaban a una carpa que habían montado los sanitarios para revisarles los pequeños cortes y contusiones que pudieran tener, y allí los dejaban hasta que los identificaran o los padres que estaban en la calle fueran hasta allí buscando a sus hijos.

En la última subida que hice a la segunda planta, porque ya no quedaba apenas gente y el fuego estaba casi controlado en su totalidad, en un rincón de uno de los restaurantes vi a una chica que, por su aspecto, al menos por lo que pude apreciar, no tendría más de dieciséis años.

Estaba sentada en el suelo, agarrándose las piernas y con la cabeza metida entre ellas. Por los movimientos que hacía, se veía claramente que estaba llorando.

Me acerqué a ella con rapidez y me agaché a su lado para que me oyera bien.

—Hola, guapa, ¿estás herida? —le pregunté tocándole el pelo de forma cariñosa.

Al notar mi toque, primero se encogió más sobre sí misma, pero en cuanto escuchó mi voz, sacó la cabeza de entre sus piernas para mirarme. Me fijé en su cara, que era preciosa; sus ojos estaban llenos de lágrimas y su mirada me dijo que estaba totalmente aterrorizada.

—Es… estoy bien, no estoy herida —balbuceó.

Me dio tanta pena verla así de perdida y asustada que la envolví entre mis brazos para que se sintiera protegida.

—Estaba con mi padre, pero no sé dónde está. En la primera explosión nos caímos al suelo los dos y la gente nos empezó a pasar por encima. Cuando se oyó la segunda, estábamos intentando levantarnos, pero la fuerza nos golpeó a los dos y mi padre se tiró encima de mí para cubrirme. Creo que del susto me desmayé y cuando me he despertado estaba debajo de una mesa volcada, pero mi padre no estaba por ningún sitio.

—Seguramente alguno de mis compañeros lo ha sacado ya de aquí o ha salido por su propio pie. Ven conmigo y salimos para buscarle, ¿vale? —le dije.

La chica asintió, se levantó y de mi mano salimos las dos al exterior.

Capítulo 11



Zelda

Bajamos las dos plantas. Llevaba a la chica agarrada de la cintura; aunque se la veía un poco más tranquila porque lloraba menos, seguía bastante asustada y temblando.

—Vamos a dar una vuelta a ver si ves a tu padre ¿vale? Pero dame un minuto, que aviso a mis compañeros dónde estoy. —La chica asintió y yo me puse en contacto con Roque por el pinganillo que llevaba.

—Roque, estoy en la puerta del centro comercial con una chica que he sacado; está muy nerviosa porque ha perdido a su padre. Voy a dar una vuelta con ella a ver si le vemos.

—Tranquila, acompáñala el rato que haga falta, ya no quedan heridos dentro. Nosotros vamos a ver si el resto de los compañeros necesitan algo. Ve informándome de lo que sea.

—Así lo haré —le dije despidiéndome—. Vamos, preciosa. Daremos una vuelta de momento por las cercanías de la entrada. Hay mucha gente sentada en el suelo bebiendo agua y respirando aire puro. Seguro que tenemos suerte y uno de ellos será tu padre. Estoy segura de que estará deseando encontrarte.

—Si me está buscando, estará loco de preocupación —me dijo muy afectada, imaginando cómo debía de estar su padre en ese momento.

—Eso es que es un buen padre —le dije acariciándole el pelo.

—Sí que lo es, el mejor. ¿Cómo te llamas? —me preguntó, y en ese momento me di cuenta de que la chiquilla llevaba razón: ni nos habíamos presentado. Estaba claro que no me veía solo como una bombera que la había ayudado, sino como alguien en quien quería confiar y de quien necesitaba apoyo, y yo por supuesto, que se lo daría todo el que necesitara.

—Me llamo Zelda, bombera y amiga, si me aceptas, a tu servicio —le dije haciendo una reverencia. Pensaréis que no era momento para bromear, pero yo era así; en las situaciones de estrés, siempre que se pudiera y sin herir la sensibilidad de nadie, me gustaba usar el humor para hacer sentir a la persona un poquito mejor.

—Claro que lo acepto. No sé qué me ha pasado contigo desde que te has agachado a mi lado, pero tengo una sensación dentro como si nos conociéramos de toda la vida. No sé explicarme mejor, pero es como si hubiéramos tenido una conexión de amigas de esas que serán para toda la vida. —Vaya pico tenía la niña, y mejor no podía haberse explicado, porque yo me sentí de la misma manera.

Llevaba muchos años rescatando gente o sacándola de situaciones muy malas. Siempre empatizaba con ellos, eso no lo podía negar, pero nunca había tenido una sensación de protección tan alta como la que tenía hacia esa muchacha, y no solo protección, sino también cariño.

—Pues ya somos dos las que nos sentimos igual, porque yo también he notado esa conexión de la que hablas. Ahora solo me falta saber una cosa para que seamos amigas —le dije sonriéndole, y ella me miró confusa.

—Que me digas tu nombre —añadí riéndome—. Es un requisito para poder comunicarnos mejor, a no ser que quieras que te llame niña, chavala o muchacha. —Cuando terminé de hablar, se echó a reír, negando con la cabeza.

—Eres muy divertida, y sí, creo que es necesario que sepas mi nombre. Lo de niña, chavala o muchacha está bien, pero cuando lo digas delante de más gente, no sabré si me llamas a mí. Soy Iris —me dijo abrazándome y acercándose a mi cara para darme dos besos, que le devolví encantada.

—Tienes un nombre precioso, Iris, me gusta —le dije mientras le pasaba un brazo por los hombros para seguir caminando entre la gente a la que íbamos mirando, buscando a su padre mientras hablábamos.

—Y a mí el tuyo. Es muy raro, pero bonito —me dijo, y le guiñé un ojo antes de contarle el origen de mi nombre y cómo había acabado teniéndolo gracias a mi hermano Enzo.

Caminamos durante largo rato recorriendo todos los grupos de gente que había esparcida por toda la entrada del centro comercial. Mientras lo hacíamos, no dejamos de hablar en ningún momento. Le pregunté qué estaba haciendo en el centro comercial con su padre y me dijo que habían ido a comprar libros y a comer para pasar el día juntos.

Lo primero que pensé cuando me dijo eso es que, a lo mejor, sus padres estaban separados y ese día le tocaba pasarlo con su padre. Pero nada más lejos de la realidad; enseguida me sacó de dudas con mi siguiente pregunta, en la que le dije que dónde estaba su madre y que si quería que la llamáramos, pensando que estaría preocupada si sabía dónde estaba su hija y se había enterado por cualquier medio de comunicación de lo que había pasado en el centro comercial.

Me explicó todo de una forma muy madura, algo que me sorprendió para la edad que tenía, sobre todo sabiendo que hacía poco que había cumplido quince años. Sus padres no estaban juntos porque su madre —con la que no debía llevarse muy bien, por la forma en la que hablaba de ella— hacía dos años que les había abandonado, marchándose a París para vivir su vida como le placía, ella sola, a su aire y sin que ella o su padre le molestaran.

Me dio mucha rabia pensar en esa mujer. Abandonar a su marido, vale, hasta ahí lo podía entender, pero a una hija, eso era lo último que se podría hacer. Con eso demostraba la clase de mujer egoísta que era.

Casi una hora después y sin obtener ningún resultado en nuestra búsqueda, noté cómo Iris empezó a desesperarse, y la verdad es que yo también. Si no habíamos encontrado a ese hombre ya, era porque no estaba allí. Y si era así, solo cabía otra posibilidad: que estuviera herido en el momento en que lo habían rescatado y estuviera en alguno de los hospitales a los que habían llevado a las víctimas.

—Si no está aquí es porque estará en un hospital, ¿verdad? —me preguntó con una cara de preocupación y pena que se me encogió el corazón.

—Es una posibilidad, pero no pienses que solo se han llevado a los que están muy mal; a algunos los llevan solo por precaución —le contesté para intentar tranquilizarla y que no pensara que su padre pudiera estar herido de gravedad, por lo que recé interiormente para que así fuera. Si a ese hombre le había pasado algo muy grave, no me quería ni imaginar qué sería de Iris con la madre que tenía.

—Zelda, nos vamos ya. ¿No habéis encontrado a su padre todavía? —me preguntó Roque, que se había acercado a nosotras sin que me diera cuenta.

—No, creo que no está aquí. Precisamente estábamos hablando ahora mismo de que cabe la posibilidad de que le hayan podido llevar a algún hospital —le contesté, rogándole con los ojos que me ayudara con Iris.

—Que venga con nosotros y desde el parque intentaremos averiguar si está en alguno. ¿O preferís que se quede en la carpa y allí se encarguen de buscarle y de ella?

Ni de coña pensaba dejarla sola en la carpa, a saber el tiempo que tendría que estar allí sola sin nadie que la acompañara hasta que dieran con la ubicación de su padre.

—No me quiero quedar ahí yo sola —me rogó Iris, y vi cómo sus ojos se volvían a llenar de lágrimas y el miedo volvía a aparecer en su mirada.

—Y no te vas a quedar. Estarás conmigo hasta que encontremos a tu padre —le respondí agarrándola de la mano para dar más veracidad a mis palabras.

—Pues decidido, vámonos al parque —añadió Roque, sonriendo a Iris y mostrándole así también su apoyo.

Nos montamos todos en el camión y los chicos, al ver el estado de nerviosismo de Iris, para distraerla —cosa que les agradecí con la mirada a todos ellos— le estuvieron contando cosas de nuestro trabajo y enseñándole algunas de las cosas que llevábamos en el camión para cada caso de emergencia diferente.

Eloy paró el camión en la plaza que el nuestro tenía asignada y, al bajar, nos topamos de frente con Enzo, que estaba allí esperándonos para asegurarse de que todos llegábamos de una pieza. Cuando vio bajar a Iris de mi mano, si se sorprendió, no dijo nada; me conocía lo suficiente como para saber que, si había llevado a la niña allí conmigo, era por un motivo de peso.

—Además de rescatar gente, hoy también os habéis traído una posible futura bombera —bromeó Enzo sonriendo, pero mirando a Iris para que se sintiera más a gusto en su presencia.

—Iris, te presento a Enzo. Mi hermano y el jefe del parque de bomberos. Enzo, ella es Iris, una buena amiga que hoy necesita una ayuda extra por nuestra parte para encontrar a su padre, que se nos ha despistado en el centro comercial —les dije mirándolos a los dos.

—Me parece estupendo, ayudaremos en lo que haga falta. Iris, ¿quieres venir conmigo y vamos haciendo unas llamadas? Zelda se reunirá con nosotros en unos minutos en mi despacho. Lo mejor es que pase por la ducha y se quite ese olor a *chotillo* que lleva —dijo el muy capullo riéndose, aunque parte de razón no le faltaba, porque llevaba una sudada encima de aúpa.

—Ve con él, Iris. Es un capullo, pero es mi capullo favorito y te ayudará igual o más que yo. En unos minutos, y cuando esté limpia —dije haciendo el gesto de las comillas con mis dedos, cosa que le hizo reír a los dos— me reuniré con vosotros, ¿vale?

—Vale —me contestó sonriendo y poniéndose al lado de mi hermano para irse con él.

Los vi marchar y sonreí para mis adentros. Sabía que Iris estaría bien con mi hermano; siempre había sido muy niñero y se le daban muy bien los críos, sobre todo los adolescentes, porque empatizaba mucho con ellos.

Quince minutos después, recién duchada y ya oliendo bien, me reuní con ellos en el despacho. Cuando entré, mi hermano estaba hablando muy serio por teléfono e Iris estaba sentada con la mirada llena de preocupación. Sus manos unidas, que no dejaban de frotarse la una con la otra, dieron más veracidad a mis pensamientos, dejándome claro que mi hermano había conseguido saber algo de su padre y no eran buenas noticias.

Me senté a su lado y le agarré las manos para que sintiera mi apoyo, y esperamos a que mi hermano colgara para ponernos al día de lo que había averiguado.

—Iris, tu padre está en el Hospital Central. Una ambulancia se lo llevó desde el centro comercial. No me han contado mucho de su estado, pero no creo que revista gravedad. Estaba inconsciente y había inhalado bastante humo. También tiene algún traumatismo, pero no de gran consideración —nos contó mi hermano cuando colgó el teléfono.

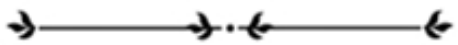
—¿Puedo ir a verle? —me preguntó Iris con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro que sí, pero antes creo que necesitas una ducha. Tienes la cara llena de hollín. Tengo ropa en mi taquilla que te puede servir. Tu padre se asustará si te ve llegar así. —Le ofrecí, porque pensé que se sentiría mucho mejor si se presentaba delante de su padre con aspecto de estar bien, aunque fuera físicamente. Como suelen decir, la procesión va por dentro, e Iris en su interior debía de tener una revolución de tambores, cosa totalmente lógica por la situación que estaba viviendo.

Aceptó sin pensárselo y la acompañé a nuestros vestuarios, que en esos momentos ya estaban vacíos. De mi taquilla saqué unas mallas negras y una camiseta de manga corta de color azul. Mientras ella se duchaba, con un trapo le limpié como pude las deportivas que llevaba, porque en el número de calzado no coincidíamos.

Veinte minutos después salimos las dos del parque rumbo al hospital.

Capítulo 12



Marcos

Tenía un dolor de cabeza como no recordaba haber tenido uno igual en la vida. Intenté abrir los ojos, pero la poca luz que me llegó a ellos fue suficiente para que volviera a cerrarlos, porque hizo que me doliera todavía más.

Noté cómo alguien se movía a mi alrededor y me centré en escuchar qué era lo que podía estar haciendo. Distinguí el ruido perfectamente: era una persiana que se bajaba.

Al saber que habría menos luz donde quisiera que me encontrara, intenté volver a abrir los ojos, esta vez con más éxito, ya que la luz no era tan cegadora y no me molestaba como la vez anterior que lo intenté.

—Bienvenido, señor Lozano —me dijo una mujer, poniéndose a mi lado.

Moví un poco la cabeza hacia donde había venido la voz, con bastante esfuerzo, porque entre el dolor de cabeza y el agarrotamiento que sentía en el cuello y el resto del cuerpo fue un auténtico suplicio hacerlo. Cuando conseguí centrar mi mirada en la mujer, pude distinguir que llevaba una bata médica. Mis pensamientos se llenaron de confusión, porque si esa mujer era una doctora, eso significaba que estaba en un hospital, y no tenía la menor idea de por qué estaba allí.

—¿Dónde estoy? —le pregunté con esfuerzo, ya que apenas me salían las palabras. Me noté la garganta como un estropajo, por eso mi voz salía rasposa.

Era una sensación como si hubiera estado mucho tiempo sin utilizar la voz y ahora que lo hacía le costara coger ritmo.

—Tranquilo, no fuerce la voz. Antes de contarle por qué está aquí, que es un hospital, por cierto, le voy a reconocer para asegurarme de que todo está bien y después le haré unas cuantas preguntas. ¿Me ha entendido? —me preguntó a la vez que se acercaba a mí con una linterna y un fonendoscopio en las manos.

La dejé hacer sin moverme ni un milímetro. Me pasó la luz por los ojos, me auscultó y me miró la garganta con la linterna. También movió mis extremidades de varias maneras. Cuando terminó con eso empezó con las preguntas. Me preguntó mi nombre, mi edad y por mi familia.

Con esa última pregunta me vinieron todos los recuerdos de lo que había pasado de golpe. Recordé el ruido, cómo la gente corría y chillaba, el olor a humo. Vi en mi mente a Iris chillar y llorar y cómo me tiraba encima de ella, y después de eso nada más, solo oscuridad. Un estado de pánico se empezó a apoderar de mí y empecé a respirar con dificultad al no saber dónde y en qué condiciones estaba mi hija. Agarré las sábanas, apretando los puños con las pocas fuerzas que tenía, e intenté incorporarme a la vez que, como pude, le dije a la doctora:

—Mi… mi hi… hija…

—Tranquilo, ella está bien. En un rato la verá. Ha venido todos estos días con una amiga a verle en las horas de visita.

Cuando dijo que Iris estaba bien pude respirar un poco más tranquilo, aunque no lo estaría del todo hasta que no la viera. ¿Y quién sería esa amiga que la estaba acompañando?, me pregunté. Y lo más importante, ¿había dicho días? Tenía tantas preguntas en la cabeza que me empecé a marear y todo.

—¿Días? —fue lo primero que le pregunté a la doctora.

—Lleva usted aquí ingresado una semana, señor Lozano —me contestó, y la miré con la boca abierta, alucinado.

¿Cómo era posible eso si para mí y en mi cabeza solo hacía un rato que estaba con Iris en el centro comercial cuando estalló el caos?

—Eso no es posible. ¿Qué me ha pasado? —le dije muy confuso. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya.

—Se lo contaré todo, ¿sí? Pero esté tranquilo, no le conviene ponerse nervioso. Eso provocará que su respiración vaya más deprisa y hará que se le baje la saturación. Si eso pasa, tendremos que volver a sedarle y ninguno queremos que eso pase.

—Hable, por favor, estaré tranquilo —le rogué.

—Hace una semana estaba usted con su hija en el centro comercial. Allí hubo varias explosiones por una fuga de gas. Debido a uno de los impactos, se golpeó la cabeza y se desmayó muy cerca de uno de los focos de fuego que había. Tuvo una intoxicación por humo bastante severa y varias contusiones por todo el cuerpo, pero esas no revestían gravedad.

»Cuando el personal sanitario le sacó de allí, le trasladaron en una ambulancia hasta este hospital. El estado de sus pulmones en el momento de su ingreso era bastante preocupante, así que decidimos sedarle para que el cuerpo trabajara lo menos posible y los pulmones se fueran limpiando a su ritmo. Desde entonces ha estado ingresado en la UVI, que es donde nos encontramos en estos momentos.

»Anoche le retiramos la sedación para ver cómo respondía y, a la vista está, todo va muy bien, aunque le quedan unos días para que su cuerpo esté al cien por cien. En un rato le subirán a una habitación y allí ya podrá recibir todas las visitas que vengan. Hasta ahora solo su hija ha entrado a verlo media hora al día.

No sabía ni qué decir. Me quedé totalmente impactado con todo lo que me acababa de contar. Una semana llevaba allí metido. Solo podía pensar en lo que habría estado haciendo mi hija todo ese tiempo, con quién habría estado. La primera persona que se me vino a la cabeza fue Luismi, claro. Seguramente le habría llamado, porque estaba por apostar y no perdería que a Leonor ni siquiera la habría llamado para contarle lo ocurrido.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí? —le pregunté porque, aunque me encontraba fatal, lo único que quería era irme de ahí a mi casa con mi hija.

—Eso dependerá de la evolución de sus pulmones en los próximos días, pero ya le adelanto que una semana, mínimo, tendrá que estar aquí con nosotros. Si todo va bien después le daremos el alta, pero tendrá que tomarse las cosas con calma cuando se vaya a casa. Usted mismo lo verá porque le costará andar sin fatigarse —me contestó.

Maldije interiormente. Menuda mierda, otra semana allí metido todavía. Tenía que saber cuanto antes quién se estaba ocupando de Iris. En el tema comida no tenía que preocuparme porque la señora que nos limpiaba la casa le estaría dejando táperes a diario, pero en lo demás esperaba que Luismi no la hubiera dejado sola por las noches. Conociéndole, estaba seguro de que no se habría separado de ella y que también se estaría ocupando de todo lo relacionado con la empresa.

—Gracias por todo —le dije, porque no sabía qué otra cosa más decirle.

—Cualquier cosa que quiera preguntarme o molestia que note, no dude en decírselo a alguna de las enfermeras y ellas me llamarán para venir a verle. Como ya le he dicho, en un ratito le subirán a una habitación. Su hija ya ha sido informada e irá allí hoy directamente a verle.

Asentí y volví a darle las gracias antes de que se marchara.

Media hora después, una enfermera y un celador vinieron a por mí para llevarme tres plantas más arriba, a la habitación que me habían asignado. Me instalaron en la cama y la enfermera me explicó cómo iba el mando de la cama para poder incorporar el cabecero y dónde estaba el timbre para llamarlas. Me quitó la sonda que tenía puesta y se lo agradecí en el alma, porque me dolía la punta de tener eso ahí puesto tantos días, que al quitármelo, menos mal que no tenía uñas, porque de apretar los puños me hubiera hecho daño.

También me dijo que hasta el día siguiente no tenía permitido levantarme y que cuando lo hiciera sería bajo la supervisión de una de sus compañeras. Me informó de que esa noche me traerían algo de cena, pero bastante ligero; no podía meter de momento comida pesada al llevar tantos días sin comer. Lo que sí le pedí fue agua, porque tenía una carraspera que no se me iba con nada, y me dijo que beber podía todo lo que me apeteciera, que además era muy bueno para que la mucosidad producida por el humo se fuera diluyendo. Me dejó allí una botella con un vaso y, después de unas cuantas explicaciones más, se

marchó prometiendo volver más tarde cuando hiciera otra ronda a ver qué tal seguía.

Llevaba en la habitación yo solo desde poco más de las tres de la tarde. Solo habían pasado dos horas y estaba más aburrido que una ostra. Llamaron a la puerta y, cuando di paso, se abrió de manera enérgica y mi hija entró a toda prisa. Mis ojos se llenaron de lágrimas de la emoción al verla y los suyos también. Aunque yo me aguanté, ella no pudo hacer lo mismo y se echó a llorar al llegar a mí y echarse en mis brazos.

—Cariño, tranquila, estoy bien —le aseguré—. ¿Tú cómo estás? ¿Qué te pasó? —le pregunté.

—Yo estoy bien, papá. Me desmayé por una de las explosiones y cuando me desperté, me asusté tanto al no verte que estuve allí sentada hasta que una bombera me rescató.

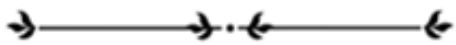
Gracias a Dios que la habían ayudado. Solo de pensar en ella allí sola y asustada se me retorcieron las tripas.

—Cuando salga de aquí tendré que buscar a esa bombera para darle las gracias por ayudarte —le dije, volviéndola a abrazar.

—Entonces no tendrás que buscar mucho, porque está fuera esperando para conocerte. Me he quedado con ella y su madre en su casa todos estos días —me dijo.

La miré alucinado. Eso sí que no me lo esperaba por nada del mundo. ¿Por qué razón mi hija se habría quedado con esa mujer?

Capítulo 13



Zelda

El día que llegamos al hospital hacía ya una semana de aquello. Cuando Iris y yo preguntamos por su padre —el que, por cierto, se llamaba Marcos Lozano; dichoso nombre, pensé en ese momento, no habría podido ser otro para que no me recordara al hombre con el que había pasado la noche anterior —, en el mostrador de información nos dijeron que bajáramos a la planta donde estaba la UVI y que un médico saldría a informarnos.

Bajamos rápidamente hasta allí y, quince minutos después, salió una médica a informarnos del estado en el que se encontraba el padre de Iris. Estaba peor de lo que le habían dicho a mi hermano por teléfono. Había inhalado mucho humo y su capacidad pulmonar en esos momentos no trabajaba como debería. Habían tenido que sedarlo para que los pulmones no trabajaran a un ritmo normal, sino a uno de descanso, para que se recuperaran más rápidamente. Lo que sí que era verdad era lo de las contusiones; eran varias, pero no revestían gravedad.

Nos informaron de que tendría que pasar allí, como mínimo, una semana sedado, en la que solo su hija podría pasar a verlo una vez al día durante media hora. En ese mismo momento le permitieron a Iris hacer la primera visita, aunque estaba fuera de horario por lo especial que era la situación. Solo estuvo dentro quince minutos y, cuando salió, no pudo aguantarlo más y se derrumbó en mis brazos, llorando de forma desgarradora. Aunque ya había intuido que era muy madura para los quince años que tenía, no dejaba de ser una niña que estaba pasando seguramente por el peor momento de su vida.

Cuando conseguí que se calmara, las dos nos fuimos a tomar algo a la misma cafetería del hospital. Necesitaba hablar con ella y que estuviera tranquila. Era momento de tomar decisiones por mi parte como adulta que era. Mientras su padre estuviera allí, Iris tendría que quedarse con alguien, así que le pregunté qué quería hacer a continuación. Aún recuerdo, una semana después, lo rápido que decidimos entre las dos qué hacer.

—Iris, a casa no te puedes ir sola mientras tu padre esté aquí. ¿Quieres llamar a tu madre o a otra persona con la que te puedas quedar? —le pregunté.

—A mi madre no la pienso llamar. Estoy segura de que, en caso de cogerme el teléfono, cosa que dudo, pondría alguna excusa para no venir hasta aquí para estar conmigo, así que buena gana de gastar el tiempo. Puedo llamar al amigo de papá, que además es nuestro vecino, pero se marchó esta tarde a Ibiza para solucionar algo de la empresa y no sé cuándo podrá volver, si es que encuentra vuelo de regreso pronto —me dijo preocupada al ver que estaba completamente sola.

Sola no, me dije a mí misma, porque eso sí que no lo iba yo a consentir bajo ninguna circunstancia.

—Llámalo si quieres para informarle de lo que ha pasado. Si hace falta, yo hablaré con él para tranquilizarle y también para informarle de que te quedarás conmigo en mi casa el tiempo que haga falta —le dije tomándola de la mano para que viera que no pensaba dejarla sola.

Al oír mis palabras, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas por la emoción y el agradecimiento que sintió hacia mí.

—¿De verdad puedo quedarme contigo? —me preguntó entre sollozos.

—Claro que sí, si tú quieres eso haremos. Pero al amigo de tu padre hay que llamarle para decirle lo que está pasando —le dije sacando mi teléfono de la mochila y pasándoselo para que le llamara en ese momento.

Marcó enseguida el número del amigo de su padre y, entre lágrimas, le contó lo que estaba pasando. Para que pudiéramos hablar las dos, puso el altavoz. Le dijo que ese día le era imposible viajar, pero que al día siguiente intentaría hacer lo imposible para llegar a Madrid de la manera que fuera.

Cuando Iris terminó de hablar, yo tomé el relevo y le aseguré que la niña estaría bien, que no la dejaría sola en ningún momento. Me dio las gracias mil veces y se quedó más tranquilo antes de colgar.

Pero no pudo cumplir con lo que había dicho, porque al día siguiente nos llamó para decirnos que él también estaba ingresado en el hospital, ya que le habían operado de apendicitis. Dicen que cuando las desgracias vienen, nunca lo hacen solas, y aquello era una prueba clara de ello. Maldijo por teléfono, haciéndonos reír por lo oportuno que había sido todo, pero entre las dos logramos tranquilizarle. Iris le dijo que estaba encantada en casa con mi madre y conmigo, y prometió llamarle a diario para preguntarle cómo estaba y para ir informándole de la evolución de su padre.

Era verdad que Iris estaba muy bien con nosotras en casa. Ella estaba encantada y mi madre y yo mucho más. Por las mañanas, mi madre o yo, los días que no tuve que trabajar, la acompañábamos al instituto y la recogíamos también a la salida. Por las tardes, sin faltar ni un día, íbamos al hospital para que pudiera visitar a su padre. Con mi madre se llevó fenomenal desde el minuto uno; cualquiera que las viera pensaría que eran abuela y nieta al ver el cariño con el que se trataban.

Y conmigo, ¿qué os puedo contar? Pues que esa conexión que sentimos nada más conocernos seguía ahí en todo momento y, aunque la diferencia de edad era notable porque yo la doblaba en años, nos dio igual; parecíamos amigas de toda la vida. Durante esos días ella me habló mucho de su vida, del instituto y de su padre.

Me contó que era dueño de una cadena de joyerías que yo, nada más decirme el nombre, supe cuáles eran porque me había comprado varias cosas en alguna de sus tiendas. Yo le hablé de mi trabajo, de mi familia, sobre todo de mi padre, y también de Sandra, a la que no había podido conocer todavía porque un caso nuevo que le había entrado la hizo viajar a Segovia durante unos días para ayudar a una familia que tenía muchos problemas.

Como he dicho antes, había pasado una semana desde la explosión y desde que Iris estaba viviendo con nosotras. Como teníamos la antigua habitación de Enzo en casa sin usar, fue donde se instaló desde el primer día. En lo que tuvimos suerte fue en que no había perdido las llaves de su casa y el primer día pudimos ir a coger su ropa y todas las cosas que quiso llevarse a la nuestra.

Llegó el día en el que a su padre, la noche anterior, le habían quitado la sedación y, según la doctora, había respondido muy bien. Nos informaron de que por la tarde, cuando fuéramos, ya estaría en una habitación en planta. Iris fue todo el camino hasta el hospital muy nerviosa; tenía unas ganas locas de ver a su padre. Cuando llegamos a la puerta de la habitación, me agarró de la mano para que pasara con ella, pero la frené antes de que llamara a la puerta.

—Es mejor que entres tú sola primero, tendréis mucho de qué hablar. Yo esperaré aquí y, si cuando le cuentes todo a tu padre quiere conocerme, entraré —le dije sonriendo para que viera que no es que me negara a entrar, sino que ese momento era solo para ellos y yo quería respetarlo.

—Está bien, pero no te vayas muy lejos, no tardaré en salir a buscarte — asentí con la cabeza antes de que tocara la puerta y, cuando su padre le dio paso, entró y cerró la puerta.

Veinte minutos después la puerta se abrió e Iris me pidió con la mano que pasara. La sonrisa con la que entré en la habitación se me borró de golpe cuando vi al hombre que estaba tumbado en la cama. Me cagué en el karma, en Cupido, en mi estampa y en todo lo que se me ocurrió.

Capítulo 14



Marcos

Tenía tantas preguntas que hacerle a mi hija que no sabía ni por dónde empezar. Quería saber dónde estaba Luismi, por qué no había venido con ella y por qué motivo estaba la bombera esperando fuera. Pero, sobre todo, quería saber qué tal había estado toda la semana que yo había estado ausente.

—¿Por qué ha venido la bombera contigo? ¿Dónde está Luismi? ¿Has llamado a tu madre? ¿Qué has hecho toda la semana? —Las ansias de saber me pudieron y le solté todas las preguntas de golpe. Iris me miró con una ceja alzada y se echó a reír.

—Tranquilo, papá, ahora te lo cuento todo. Jolín, pareces un poli en un interrogatorio —me contestó sin dejar de reírse.

Verla reír así me tranquilizó bastante; eso quería decir que había estado bien toda la semana, o eso quise pensar.

—Venga, no te hagas de rogar y contesta a mis preguntas —le dije riéndome también.

—Está bien, allá va. —Cogió aire antes de seguir hablando—. El día de la explosión, cuando la bombera me rescató de ese sitio, se quedó conmigo buscándote fuera del centro comercial. Como no te encontramos, me llevó al parque de bomberos con ella; allí, su hermano, que es el jefe, llamó a todos los hospitales hasta que averiguó en cuál estabas. Ella me trajo hasta aquí y nos

dijeron cómo estabas y que te tenías que quedar en la UVI varios días. —Cuando llegó a esa parte vi cómo se emocionaba y se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Tranquila, ya pasó, estoy bien —le dije dándole un abrazo para que se calmara.

Un par de minutos después siguió contándome.

—Salimos de aquí y bajamos a la cafetería, donde me dejó su teléfono para llamar a Luismi. Hablé con él y me dijo que llegaría al día siguiente para quedarse conmigo.

—Sí vino al día siguiente… ¿dónde y con quién te quedaste esa noche? —Me moría de miedo pensando que había tenido que estar sola precisamente esa noche después de lo que había pasado—. ¿Y si vino al día siguiente, por qué no te ha acompañado hoy?

—Luismi no vino al día siguiente; es más, aún no ha vuelto de Ibiza. Esa noche se puso enfermo y está ingresado en el hospital porque le han operado de apendicitis. Pero tranquilo, ya está mejor y mañana le dan el alta, he hablado con él todos los días. —Me quedé impactado por las palabras de mi hija, vaya casualidad que los dos estuviéramos en el hospital a la vez. La ansiedad volvió cuando me di cuenta de que entonces Iris había estado sola.

—Dime que no has estado tú sola en casa todos estos días, por favor. Llamarías a tu madre, supongo. —Al oír mis palabras, frunció el ceño y apretó los dientes, cabreada.

—Claro que no he estado sola, desde el primer momento me he quedado en casa de la bombera, con ella y con su madre, que ni te imaginas lo bien que me han tratado en todo momento, papá. A tu queridísima Leonor la llamé al día siguiente, por insistencia de Emma, para contarle todo lo que estaba pasando. ¿Y sabes lo que me dijo?

»Que estaba muy ocupada en esos momentos para venir, pero que lo intentaría. Esa fue toda la conversación que tuvimos; yo no la he vuelto a llamar y ella tampoco. —Saber que Leonor no había venido me dolió; yo, en el caso contrario, habría dejado todo para correr a su lado, pero lo que más me dolió no fue que no viniera por mí, sino por Iris, sabiendo que estaba sola.

—Sabes que tiene siempre mucho lío —le dije, queriendo excusarla, cuando en el fondo sabía que no había excusa posible en este caso.

—Ni se te ocurra excusarla —me dijo, cabreada, apretando los puños, y yo solo pude asentir porque tenía razón.

—Además, me alegro de que no haya venido. He estado fenomenal en casa de Zelda y Emma. Me han llevado al instituto, me han ido a recoger, he cocinado con ellas, hemos visto series y hemos hablado muchísimo… —Empezó a contarme todo lo que había hecho con esas dos mujeres, pero yo solo me quedé con una palabra, o más bien con un nombre: *Zelda*.

¿Cuántas mujeres podían vivir en Madrid que se llamaran así? Madre mía, ¿sería posible que fuera la misma mujer con la que había pasado la mejor noche de mi vida? La siguiente frase de mi hija me hizo dejar de pensar en todo eso.

—Voy a decirle que pase, papá, así la conoces, ¿vale? —me preguntó Iris, y yo simplemente asentí.

La puerta se abrió, dando paso a la bombera que había rescatado a mi hija y con la que había estado viviendo toda la semana. El impacto que nos llevamos los dos fue impresionante cuando nos reconocimos. Zelda se quedó con la boca abierta, incapaz de decir nada, aunque en sus ojos pude distinguir enfado, decepción y algo más que no supe descifrar.

En cambio, mi reacción fue muy distinta. Después de los primeros segundos, cuando me recompuse de la sorpresa, mi cuerpo reaccionó de una manera inesperada para mí: mi miembro se empezó a poner duro porque imágenes de aquella noche no dejaban de venir a mi cabeza.

De ella desnuda, jadeando mi nombre, cabalgándome o con su boca alrededor de mi polla. Sacudí la cabeza para que las imágenes dejaran de venir una y otra vez, al mismo tiempo que arrebujaba las sábanas para intentar tapar la erección que tenía.

—Papá, ella es Zelda —me dijo mi hija señalándome—. Zelda, él es Marcos, mi padre —añadió.

Cuando mi hija vio que los dos nos sosteníamos la mirada con la misma intensidad, sin poder apartar los ojos el uno del otro, se metió en medio de nuestro campo de visión y, poniendo los brazos en jarras y frunciendo el ceño, nos preguntó:

—Vale, ¿qué está pasando aquí? Y no me digáis que nada, porque no cuela.

—Encantado de volver a verte, Zelda —dije, y la verdad, no sé ni por qué lo dije; fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo decir lo mismo —me contestó Zelda, cruzándose de brazos.

Al final iba a tener que dar la razón a mi hija cuando me dijo que esa mujer a la que dejé el dinero con toda mi buena intención se habría cabreado por ese detalle. Con la inquina con la que me miraba, estaba seguro de que era por eso o por haberme largado sin decir ni adiós, que también podía ser.

—¿Os conocéis? —nos preguntó Iris, mirándonos con la boca abierta.

—Apenas —contestó Zelda.

—Bueno, yo creo que algo más que apenas, aunque yo te recordaba con menos ropa —solté descarado, y Zelda jadeó indignada. Iris me miró después de procesar mis palabras y se llevó las manos a la boca, impresionada.

—Papá, no me digas que Zelda es la mujer a la que dejaste sola en el hotel con la notita y el dinero —me dijo mi hija, enfadada.

—Puedo decirte que no lo es, pero sería mentira —le respondí.

—Madre mía, qué caprichoso es el destino —dijo mi hija, echándose a reír.

—Más que caprichoso, yo diría que es un cabrón —le dijo Zelda a mi hija, y se echaron a reír juntas.

La complicidad que vi entre ellas era asombrosa. Iris, con su madre, jamás había tenido nada parecido. Se las veía que, con solo mirarse, se entendían con

la mirada y, por lo que me había contado mi hija minutos antes, se habían hecho buenas amigas.

—Zelda, creo que mi padre te debe una explicación por su comportamiento de aquella noche.

—No necesito una explicación, Iris; a mí me quedó bastante claro lo que pasó. —Cuando dijo eso, pude ver un destello de tristeza y decepción en su mirada—. Voy a bajar a la cafetería a tomar algo; te espero allí para irnos a casa. —Empezó a caminar hacia la salida, pero algo en mi interior me dijo que no la dejara marchar, que era un error.

—No —dije, y la voz me salió bastante más autoritaria de lo que pretendía.

—¿No qué? —me preguntaron las dos a la vez.

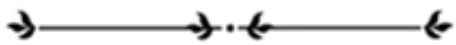
—Quédate, Zelda, por favor. Me gustaría hablar contigo un momento. —Mi hija me miró sonriendo de medio lado, pero ella lo hizo frunciendo el ceño.

Al ver cómo dudaba si aceptar mi petición o no, mi hija decidió por ella.

—Yo bajaré a la cafetería a por un refresco y en media hora vuelvo —dijo, saliendo de la habitación sin darle otra opción.

—Acércate, me gustaría explicarte por qué me marché sin despedirme y también por qué te dejé el dinero. Eso creo que lo hice con toda mi buena intención, pero si piensas igual que mi hija, que me puso de vuelta y media cuando se lo conté, estarás pensando lo que no es. —Me miró durante unos segundos, asintió y se acercó a mí, pero a una distancia prudencial.

Capítulo 15



Zelda

Mi cara estaba segura de que era un poema, pero la de Marcos, al verme, era para partirse de la risa. Seguro que hasta pensó que las enfermeras le habían metido doble dosis de calmantes y por eso estaba teniendo alucinaciones.

En su mirada había sorpresa, cautela y deseo. Eso último lo distinguí a la perfección porque era la misma manera de mirarme que cuando estuvimos en la *suite* del hotel.

Cuando Iris nos presentó, por la manera en la que nos mirábamos, se dio cuenta enseguida de que pasaba algo entre nosotros. La vi cómo fruncía el ceño y cómo se estaba haciendo mil preguntas mentalmente. Me dio mucha rabia saber que Marcos era su padre; por la manera en que se comportó conmigo, dejó claro que no quería verme más. Eso podía aceptarlo, es más, ya me había hecho a la idea, pero lo mismo tampoco quería que siguiera teniendo contacto con su hija, y eso sería algo que me partiría el corazón, porque en tan solo una semana ya quería muchísimo a Iris y no quería que saliera de mi vida.

—¿Os conocéis? —nos preguntó Iris mirándonos con la boca abierta. Al oírla, dejé mis pensamientos negativos de lado para contestarla.

—Apenas —le contesté, porque no pensaba que su padre le hubiera hablado de mí.

—Bueno, yo creo que algo más que apenas, aunque yo te recordaba con menos ropa —soltó el muy descarado de Marcos y se quedó tan pancho.

Yo jadeé, cruzándome de brazos para que viera la poca gracia que me había hecho su comentario, sobre todo por decirlo delante de su hija. No quería que Iris pensara lo que no era de mí por culpa del gilipollas de su padre.

—Papá, no me digas que Zelda es la mujer a la que dejaste sola en el hotel con la notita y el dinero —le preguntó Iris, enfadada.

Pues me había equivocado del todo; sí que le había hablado a su hija de mí y, al parecer, Iris no estaba muy contenta con lo que me había hecho su padre.

—Puedo decirte que no lo es, pero sería mentira —le contestó, sincero.

—Madre mía, qué caprichoso es el destino —dijo Iris, echándose a reír.

—Más que caprichoso, yo diría que es un cabrón —le contesté, y nos echamos a reír juntas.

La complicidad que se había creado entre las dos cada día iba a más, y con tan solo mirarnos ya nos entendíamos. Eso solo lo había conseguido con Sandra y con mi madre con el paso de los años, pero sorprendentemente con Iris lo había hecho en tan solo unos días. Ella vio en mis ojos que estaba bastante dolida con su padre y yo vi en los suyos un ruego que me pedía que le dejara explicarse.

—Zelda, creo que mi padre te debe una explicación por su comportamiento de aquella noche —dijo en voz alta; supuse que para que su padre se diera por aludido, obligándole a disculparse.

—No necesito una explicación, Iris; a mí me quedó bastante claro lo que pasó. —Cuando dije eso pude ver un destello de tristeza y decepción en su mirada y, por cómo su padre negó con la cabeza, vi que se había pensado lo mismo.

»Voy a bajar a la cafetería a tomar algo, te espero allí para irnos a casa —le dije a Iris y empecé a caminar hacia la salida. No quería ni una explicación que no fuera sincera y que no saliera de él decírmela, y que solo lo hiciera por obligación o por complacer a su hija.

—No —dijo Marcos con la voz grave y autoritaria. Oírle ese tono, en vez de enfadarme, porque sonó casi a orden, hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo y se me instalara un calorcillo en cierta parte baja de mi cuerpo.

—¿No qué? —le preguntamos ambas a la vez, desconcertadas al no saber qué quería decir con ese no.

Iris miró a su padre y con eso no hizo falta más. Tuvieron una conversación breve en la que pareció que él le pedía algo y ella asintió con los ojos.

—Quédate, Zelda, por favor. Me gustaría hablar contigo un momento —me pidió Marcos casi rogando, cosa que me desconcertó. Iris sonrió de medio lado como si ya se viera vencedora, consiguiendo que su padre hablara conmigo.

—Yo bajaré a la cafetería a por un refresco y en media hora vuelvo —dijo Iris, saliendo de la habitación sin darme opción a negarme a hablar con su padre.

—Acércate, me gustaría explicarte por qué me marché sin despedirme y también por qué te dejé el dinero. Eso creo que lo hice con toda mi buena intención, pero si piensas igual que mi hija, que me puso de vuelta y media cuando se lo conté, estarás pensando lo que no es. —Le miré durante unos segundos, sin saber qué hacer: si mandarle a la mierda, pegarle cuatro gritos o tirarme a sus labios y besarle hasta el cansancio. Opté por no hacer ninguna de esas; solo asentí y me acerqué hasta la cama, pero quedándome a una distancia prudencial. Cogí aire y, antes de que dijera nada, hablé yo.

—Mira, Marcos, no hace falta que me expliques nada, ya me quedó todo claro esa mañana cuando me levanté. Fueron unos polvos y ya está; si te he visto, no me acuerdo. No quiero que te sientas obligado a darme una explicación por Iris, ni tampoco una disculpa que no sientes —le dije sin mirarle a la cara, porque me estaba matando por dentro saber que le importaba una mierda.

—¿Puedes acercarte un poco más, por favor? —me pidió en un susurro.

Accedí porque pensé que lo mismo le costaba hablar al no tener bien los pulmones. Anduve hasta el borde de la cama y, nada más que mis piernas tocaron las sábanas y Marcos me tuvo cerca, hizo algo que me dejó totalmente fuera de juego.

Tiró de mi mano, haciéndome casi caer encima de él, y con la mano que tenía libre me cogió la cara y, después de mirarme a los ojos, se lanzó a mis labios. En un primer momento ni siquiera me moví, pero cuando tocó mis labios con la lengua para que le diera acceso, me rendí y le devolví el beso con la misma pasión que él me lo estaba dando a mí. Noté cómo empezaba a mover el pecho con dificultad por la falta de aire y me separé rápidamente para que pudiera respirar mejor.

—Estás loco, ¿no ves que tus pulmones no están bien y no puedes privarles de aire de esa manera? —le dije preocupada.

—Ha merecido la pena el riesgo —me dijo, sonriendo.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté con el corazón encogido.

—Porque deseaba besarte más que nada y, aunque creas lo contrario, me arrepentí mil veces de marcharme como lo hice. Pero quiero ser sincero contigo de por qué lo hice. Si es que quieres escucharme, claro —me dijo, y en sus ojos vi sinceridad total.

—Habla —le pedí, sentándome en la cama a su lado.

—Supongo que Iris te habrá contado algo de Leonor —me preguntó.

—Sí, me ha dicho que es su madre, que se marchó hace dos años y que tú sigues muy enamorado de ella. —No me había acordado de eso hasta el momento que dijo su nombre, pero saber que seguía queriendo a su mujer hizo que quisiera que la tierra me tragara.

—Así es. Ella nos abandonó hace dos años porque quería vivir su propia vida, en la que nosotros no teníamos cabida. Llevo enamorado de mi mujer desde el día que la conocí hace ya dieciséis años, o al menos eso creía hasta el día que te conocí. Me marché del hotel porque, cuando me desperté, me sentí

fatal, porque haberme acostado contigo me hacía ver, a mis ojos, que le había sido infiel.

»Es una tontería, lo sé, porque no se puede ser infiel a alguien con quien no estás, pero yo así me sentí. La conversación que tuve con Iris ese día me hizo abrir los ojos y decidirme a seguir adelante con mi vida y no seguir anclado a una mujer que no me quiere.

Todo eso me pareció muy bien y me alegré por él. Iris, sin saber quién era Marcos para mí, me había contado muchas cosas, como que llevaba dos años sin apenas vivir, iba de casa al trabajo y del trabajo a casa.

—Me alegro por ti, te mereces vivir y disfrutar de la vida como todo el mundo —le dije, porque no sabía qué otra cosa podía decirle.

—Creo que no me he explicado bien —dijo, rascándose la cabeza—. Lo que quería decir es que me gustaría conocerte y ver dónde nos lleva lo que sea que pase, si tú quieres, claro. Zelda, me gustas mucho y la noche que pasamos juntos la tengo presente en mi cabeza a todas horas; no fueron unos polvos sin más.

Le miré con la boca abierta porque no me esperaba que me dijera una cosa así. La leche, al final mi madre iba a ser bruja y todo; me dijo que si ese hombre era mi destino, todo se solucionaría y parecía que eso estaba empezando a pasar.

—También quiero explicarte lo del dinero. Iris me dijo que podías haberte sentido insultada creyendo que te pagaba por tus servicios. Pero esa no fue mi intención para nada; lo que pretendí fue tener un gesto de caballerosidad y, por lo visto, la cagué de la peor manera —añadió avergonzado.

—No te voy a mentir, sí que me sentí como si fuera una puta a la que pagabas; en la vida me había pasado algo así y me dejaste descolocada —le dije con sinceridad. Si estábamos poniendo todas las cartas sobre la mesa, lo mejor era decirle todo.

—Pues lo siento muchísimo, Zelda, de verdad que esa no fue mi intención —me dijo, cogiéndome la mano y llevándosela a los labios para besarme.

—Para mí tampoco fueron unos polvos sin más y también me gustaste desde el primer momento —le dije, sincerándome.

Aunque dentro de mí una vocecita me avisó de que fuera cautelosa, había dicho que le gustaba y que quería conocerme, pero también había dicho que llevaba enamorado de su mujer dieciséis años. Eso quería decir que seguía estándolo. Sí, también había dicho que quería salir de ese bucle en el que estaba metido y vivir, pero… ¿cómo se empieza algo con un hombre que sabes que está enamorado de otra mujer? ¿Sería capaz de olvidarla? ¿Me querría a mí alguna vez? Todas esas preguntas y muchas más vinieron a mi cabeza una detrás de otra, provocándome muchas dudas, y también el miedo se apoderó de mí. No quería abrirme a él por completo y que, cuando ya estuviera enamorada del todo, me rompiera el corazón diciéndome que no podía quererme de la misma manera que yo a él.

—Te oigo pensar desde aquí y noto que tu cabeza va a mil. ¿Qué pasa, Zelda? —me preguntó preocupado.

—Es que tengo miedo a empezar algo contigo y que me hagas daño —le dije, pensando que era mejor dejar las cosas claras.

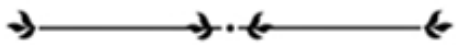
—No puedo prometerte que no te haré daño; ninguno podemos saber qué pasará en el futuro. Lo que sí te puedo asegurar es que, si lo hago, será inconscientemente, porque jamás lo haría de forma deliberada. —Sus palabras consiguieron tranquilizarme un poco.

—¿Qué te parece si vamos poco a poco, conociéndonos y viendo si la cosa funciona? Sin ponerle etiquetas, si es más fácil para ti —añadió.

—Eso me parece bien. —Lo de ir despacio y sin etiquetas me pareció una buena idea; era una forma de protegerme un poco más, o eso pensé.

—Perfecto —me dijo con una sonrisa preciosa que denotaba lo feliz que estaba porque hubiera aceptado—. Ahora vamos a cerrar este trato como se merece —añadió, agarrándome de la nuca y lanzándose a mis labios.

Capítulo 16



Marcos

Cuando mi hija se marchó y nos quedamos solos, le pedí que se acercara a mí; la necesidad que tenía de tocarla y besarla se había instalado dentro de mí desde que cruzó la puerta de la habitación, fue en aumento con el paso de los minutos. En cuanto se acercó a la cama, no pude resistirme más: le agarré de la mano y tiré de ella para acercarla y poder besarla.

En un principio noté cómo se tensaba, pero cuando toqué con mi lengua sus labios para que me dejara entrar en ella y poder saborearla a placer, su cuerpo se relajó y, por fin, me devolvió el beso. Mis pulmones no estaban al cien por cien y, a medida que el beso se volvió más pasional, mi capacidad para respirar con normalidad empezó a disminuir. Zelda notó mi falta de aire por el movimiento de mi pecho y se separó de mí de golpe. Me llevé una regañina por su parte, pero le dije que había merecido la pena, y no mentí: el beso me encantó y me recordó todos los que nos dimos la noche que pasamos juntos, haciendo que mi miembro volviera a ponerse duro como una piedra, como ya había estado minutos antes, cuando volví a verla.

Quise disculparme con ella, y no por obligación o porque me lo hubiera pedido mi hija, sino porque de verdad me nació así. Iris estaba en lo cierto, como me dijo: Zelda se sintió insultada porque le dejara el dinero. Menos mal que pareció creerme cuando le dije con sinceridad que para nada había sido esa mi intención y que jamás pensaría algo así de ella. También le aseguré que para mí no habían sido cuatro polvos sin más, que era lo que pensaba —y con razón— por haberme ido a hurtadillas dejándola allí sola.

Quise sincerarme con Zelda; me gustaba muchísimo y de verdad quería conocerla y saber qué nos tenía preparado el destino a los dos juntos. Le hablé de mis motivos para salir huyendo esa mañana, de lo mal que me sentí pensando que le era infiel a Leonor, y le dije que quería salir de esa burbuja en la que me había autoobligado a estar yo mismo.

Cuando le hablé un poco de Leonor y de lo que había pasado, aunque me imaginé que Iris ya le habría contado algunas cosas, noté cómo se tensaba y cómo su mirada se llenaba de desolación. Mientras hablaba, no me di cuenta y dije en presente que llevaba enamorado de mi mujer dieciséis años. Una cagada por mi parte, lo sé; me recriminé a mí mismo, dándome una bofetada mental. Cómo se podía ser tan gilipollas: al mismo tiempo que le estás pidiendo a una mujer que quieres conocerla y tener una relación con ella, le dices que estás enamorado de otra.

Zelda se quedó pensativa; vi cómo su cabeza iba a mil por hora analizando todo lo que le había contado y vi aparecer en sus ojos el miedo. Le pregunté qué pensaba y, como había supuesto, mis palabras habían hecho mella en ella. Así me lo dijo cuando le pregunté qué le pasaba: tenía miedo a que le hiciera daño. Supongo que pensó que estaría con ella para pasar el rato y que tendría mi cuerpo, pero no mi cabeza ni mi corazón, porque esos ya tenían dueña; una dueña a la que estaba dispuesto a sacar de allí como fuera. Como todos me decían, tenía que olvidar a Leonor de una vez por todas y seguir adelante con mi vida.

—No puedo prometerte que no te haré daño; ninguno podemos saber qué pasará en el futuro. Lo que sí puedo asegurarte es que, si lo hago, será inconscientemente, porque jamás lo haría de forma deliberada —le dije intentando tranquilizarla, y al menos de momento parece que funcionó.

—¿Qué te parece si vamos poco a poco, conociéndonos y viendo si la cosa funciona? Sin ponerle etiquetas, si es más fácil para ti —añadí cogiéndola de la mano y entrelazando nuestros dedos.

—Eso me parece bien —me contestó sonriendo.

Los dos estuvimos de acuerdo en tomarnos las cosas con calma; era lo mejor. Ella, por sus miedos, para que esos fueran desapareciendo al ver cómo yo le iba demostrando que sí quería estar con ella al cien por cien. Y yo,

porque necesitaba ir despacio para sacar a Leonor definitivamente de mi sistema y dejar entrar a Zelda.

—Perfecto —le dije con una sonrisa enorme en la cara. Esa sonrisa apareció sola porque estaba feliz al saber que me daría una oportunidad de poder estar juntos—. Ahora vamos a cerrar este trato como se merece —añadí, agarrándole de la nuca y lanzándome a sus labios.

—Marcos, para, tus pulmones —me dijo, intentando separarse de mí.

—Solo un poco más —dije volviendo a besarla—. Me voy a volver adicto a tus besos.

Pero no solo quería besarla, quería mucho más; necesitaba tocarla, así que metí mi mano por debajo de su camiseta y le fui acariciando toda su piel hasta que llegué a uno de sus pechos. Le amasé con ansias, fui un poco más allá y metí la mano por debajo de su sujetador. Con dos de mis dedos pellizqué su pezón y tiré de él, poniéndolo más duro de lo que ya estaba. La excitación de ambos fue en aumento, olvidándonos de dónde estábamos.

Un carraspeo acompañado de una risita hizo que nos separáramos de golpe, rompiendo el momento delicioso que estábamos teniendo. Nos giramos los dos a la vez para ver quién era la persona que estaba con nosotros en la habitación y a la que no habíamos oído ni entrar.

—Veo que lo de hablar lo habéis dejado para otro momento. —Iris nos miraba con los brazos cruzados, pero no en posición de enfado, sino de diversión. Esa que también se notaba en sus ojos por el brillo que tenían y en su boca por la risilla traviesa que se le escapó.

Tuve que carraspear para que no se me escapara la risa al ver la cara que tenía Zelda por la pillada de mi hija; tenía los carrillos más rojos que un tomate por la vergüenza que estaba pasando.

—Iris, esto… esto… —Zelda, azorada, no sabía qué decir; solo fue capaz de balbucear. Después de echarme a reír un poco, solo un poco, tampoco quería que lo pasara mal, decidí echarle una mano y hablar yo.

—No vayas a decir que no es lo que parece, porque sí lo es. —Me miró con el ceño fruncido, pero con un brillo precioso en los ojos de emoción cuando vio que quería que mi hija supiera que estábamos juntos.

—¿De verdad? Entonces, ¿estáis juntos? —me preguntó mi hija muy contenta.

—Lo estamos —le respondí con mucha seguridad, esa que sabía que Zelda necesitaba para estar a gusto con nuestra relación.

—¿Te parece bien? —le preguntó Zelda a Iris en un hilillo de voz.

—¿Que si me parece bien? Pues claro que sí —dijo Iris aplaudiendo y saltando por la habitación—. Creo que eres todo lo que mi padre necesita para ser feliz —añadió, tirándose a los brazos de Zelda para darle un abrazo.

Las miré a las dos así, abrazadas, y el pecho se me llenó de felicidad. Desde luego, estar con una mujer que no solo aceptaba a mi hija, sino que además se llevaba con ella fenomenal y que la quería —porque eso saltaba a la vista solo con verlas juntas, y que mi hija sentía lo mismo que ella— era algo que no siempre se conseguía en las relaciones en las que uno de los dos tenía hijos. Por eso pensé que había tenido mucha suerte en que Zelda se cruzara en nuestros caminos; solo esperaba que fuera para siempre, porque esa mujer me tenía loco, sobre todo de deseo, pero también quería que me tuviera loco en todos los sentidos.

Capítulo 17



Zelda

Cuando Iris entró en la habitación y nos pilló a su padre y a mí dándonos «cariño», por decirlo de una manera suave, porque yo no le estaba tocando, pero él me estaba pegando un magreo bueno, quise que la tierra me tragara.

En la semana que llevábamos viviendo juntas, ya la quería como si fuera parte de mi familia y no quería por nada del mundo perderla. Menos mal que cuando fui capaz de mirarla, vi en sus ojos alegría y aprobación; siendo así pude respirar tranquila. Cuando acepté la propuesta de Marcos de conocernos más e intentar algo, que Iris no lo aceptara era una de las cosas que más me preocupaban, además de las obvias que ya comenté antes.

Nos preguntó si estábamos juntos y yo me bloqueé y fui incapaz de decir nada coherente. Menos mal que Marcos contestó por los dos y le dejó claro que sí, aunque yo no me pude resistir a preguntarle si estaba de acuerdo; el abrazo que me dio, dejándome claro que sí, me valió más que si me lo hubiera dicho de mil formas distintas. Cuando nos separamos del abrazo, me miró de una manera muy pícara, se mordió el labio para aguantarse la risa y de repente abrió la boca para soltar una de sus bromitas. En los días que llevaba conociéndola, había podido comprobar que le gustaba el cachondeo tanto o más que a mí y solíamos pasarnos horas riéndonos por las ocurrencias de las dos.

—¿Entonces, si mi padre está ardiendo? ¿Tú como bombera le vas a ayudar a controlar ese fuego? —me preguntó riéndose y haciéndome a mí reír

a carcajadas.

—Bueno, la manguera la tiene él, no sé quién apagará el fuego a quién —le contesté, haciéndola reír más.

—Dios mío, ¿dónde me he metido? Se han juntado el hambre con las ganas de comer —dijo Marcos llevándose las manos a la cabeza, pero uniéndose a nuestras risas.

—Te espera una buena, papá —le dijo Iris sin parar de reír.

—Ya lo veo, ya, pero me encanta veros así —le contestó él con una sonrisa preciosa, esa que me había enamorado desde que la vi la primera vez en el *pub*.

¿Había dicho enamorado? Pues sí, lo había dicho, pero eso creo que de momento es mejor que se quede entre nosotras. Bueno, a mi madre la metemos en el saco también, porque la bruja de ella lo supo antes que yo. De momento lo mejor es que ni el padre ni la hija supieran el alcance de mis sentimientos.

—Cuando te conocí me pregunté en qué trabajarías, se me pasaron mil cosas por la cabeza, pero que fueras bombera te aseguro que no estaba en esa lista —me dijo Marcos y, al oírle, mi cuerpo se tensó y mi sonrisa desapareció de mi rostro.

Algunos de los hombres con los que había estado no entendían mi profesión; solo esperaba que él no fuera uno de esos, porque entonces esto se iba a acabar antes de empezar. Debió notar mi cambio de actitud porque me miró con el ceño fruncido antes de preguntarme:

—¿Qué problema hay con tu trabajo, Zelda?

Cuanto antes supiera su opinión, mucho mejor para todos, así que decidí decirle la verdad y ya veríamos qué pasaba; todo dependía de lo que me dijera a continuación.

—Con mi trabajo no hay ningún problema, para mí es mi sueño. Por mis venas corre sangre bombera, como lo hacía por la de mi abuelo, la de mi padre

y también lo hace por la de mi hermano.

»El problema es que hay gente, sobre todo algunos tíos con los que he estado, que no entienden cómo una mujer puede hacer bien este trabajo que, bajo su opinión, se supone que es solo de hombres —le respondí negando con la cabeza para que, además de mis palabras, mi gesto le dejara claro que era algo que me cabreaba, y mucho.

—Pues no sé con qué clase de gilipollas has estado o quién es esa otra gente tan corta de mente que piensa esas chorradas. A mí me encanta que seas bombera, me parece una profesión increíble y que quien la realiza está hecho de una pasta especial.

»Tú y todos tus compañeros tenéis mi respeto y admiración de la misma manera, independientemente de si sois hombres o mujeres. —Se me llenaron los ojos de lágrimas de la emoción que sentí al oírle decir esas palabras que, para mí, aunque él no lo supiera, significaban tanto. Nunca podría estar con un hombre que no respetara, entendiera y me dejara hacer mi trabajo en paz, sin ponerme mil trabas o criticarlo cada dos por tres.

—A mí también me encanta que seas bombera, pues no estoy yo presumiendo ni nada en el instituto de que tengo una amiga bombera que además fue mi salvadora —añadió Iris mirándome con cariño y admiración, y eso me hizo derretirme por dentro.

—Gracias, cariño —le contesté dándole un beso en la mejilla.

—Eh, yo también he dicho que me encanta que seas bombera, ¿para mí no hay beso? —dijo Marcos poniendo morritos de enfadado y cruzándose de brazos.

Iris y yo nos echamos a reír al ver a su padre hacer ese gesto.

—Dale un beso, anda, que se pone celoso —me pidió Iris sin dejar de reírse.

Me acerqué a él despacio, me apoyé en la cama y me incliné para darle un beso en la mejilla. Pero Marcos fue más rápido y me agarró de la cara para besarme en los labios. No dejé que el beso se intensificara mucho; no era plan con su hija allí delante.

—Ahora mismo tengo la manguera lista para que la uses —me susurró al oído antes de soltarme la cara. Le miré con horror y le di un manotazo en el brazo. Pero si él era un descarado, yo lo era más; se iba a quedar con buen dolor de huevos cuando nos fuéramos.

—Cuando salgas de aquí voy a hacer maravillas con ella, con todas y cada una de las partes de mi cuerpo —le contesté susurrándole también.

—¿Con todas? —me preguntó con los ojos llenos de lujuria.

Yo no le contesté con palabras, simplemente le guiñé un ojo y me relamí los labios.

—Iris, ¿nos vamos? Dijiste que tenías que dar un último repaso para el examen de mates de mañana —le pregunté separándome de Marcos.

—¿Tienes examen de mates mañana? ¿Lo llevas bien? —le preguntó Marcos preocupado. A Iris era una de las asignaturas que le costaba un poco más que las demás, de ahí la preocupación de su padre.

—Sí, lo tengo a segunda hora, pero quédate tranquilo. Zelda me ha echado una mano explicándome las cosillas que no entendía y lo llevo bien preparado, pero antes de cenar quiero darle el último repaso.

—Pues entonces iros ya, así lo haces tranquila —le respondió su padre.

—Mañana yo no vendré, me toca turno, pero mi madre acompañará a Iris para que venga a verte —le dije a Marcos.

—¿Trabajas todo el día? No sé cómo son los turnos de los bomberos —me preguntó.

—Hago turnos de veinticuatro horas y luego libro tres o cuatro días dependiendo de la semana, aunque siempre debo tener el móvil operativo por si se necesitan efectivos. El día del incendio del centro comercial, por ejemplo, estaba en mis días libres, pero mi hermano me llamó a mí y a mi equipo para que fuéramos de apoyo —le expliqué.

—Hablando de móviles, te he traído el antiguo que tenías en casa, papá. Luismi llamó él mismo a la compañía para que te hicieran una copia de la tarjeta; como la línea está a nombre de la empresa, como la suya, no le pusieron ningún problema. Así podrás llamarnos cuando quieras —le dijo Iris sacando de su mochila el móvil que le había traído a su padre.

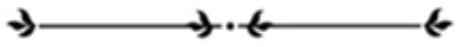
—Genial, así podré llamarle a él también después para preguntarle cómo está. Zelda, dame tu número, así podremos estar en contacto y podré llamaros a una de las dos para daros las buenas noches —me dijo dándome el móvil para que le grabara mi número, haciéndome una llamada perdida al mío para grabar su número después.

Hablamos unos minutos más con Marcos antes de irnos. Como aún le quedaba una semana de estar allí, le dije que pensara qué cosas necesitaba que le lleváramos. Quedamos en que lo pensaría y al día siguiente me mandaría un mensaje con la lista para que se las llevara cuando volviera.

Iris y yo, de camino a casa, ese que hicimos en autobús de la misma manera que habíamos hecho a la ida al hospital, fuimos hablando de todo lo que me había pasado con su padre. Ella me contó que sabía lo que había pasado en el hotel; los detalles sexuales no, claro, pero sí cómo se había marchado su padre dejándome allí sola y el detalle del dinero. Me contó la bronca que le había echado por hacer tal cosa. Le dije que ya habíamos aclarado todo y que no tenía que preocuparse más por ello.

Al llegar a casa no me dio tiempo a decir nada; Iris le contó todo a mi madre muy emocionada porque su padre y yo estábamos juntos. Cuando mi madre supo que el padre de Iris era el mismo hombre de la noche del hotel, me miró sonriendo y me guiñó un ojo. Era su manera de recordarme las palabras que me dijo el día que hablamos para que supiera que tenía razón: *si de verdad ese hombre es tu destino, las cosas se solucionarán*.

Capítulo 18



Marcos

Estaba hasta los mismísimos de estar en el hospital. Los días se me hacían larguísimos y solo llevaba tres desde que me desperté; aquel era el cuarto. Los únicos ratos buenos eran en los que mi hija venía a verme un rato por las tardes. El primer día había venido con Zelda, que fue el día que nos reencontramos, pero los dos siguientes había venido con Emma (la madre de Zelda). Era una mujer encantadora que me cayó bien desde el minuto uno.

Desde el primer momento me trató con mucha familiaridad y cariño. Y verla cómo trataba a mi hija como si de su nieta se tratara me encantó. Los dos días había hecho lo mismo: subía con Iris, me preguntaba cómo estaba, charlábamos un rato y después se iba a la cafetería o a hacer algún recado, dejándonos solos para que disfrutáramos de esos momentos padre e hija que, a su parecer, necesitábamos.

A Zelda no la había vuelto a ver. El segundo día sabía que no vendría porque ya me avisó de que tenía turno. Pero el tercero, cuando vi aparecer a mi hija con Emma, la verdad es que me decepcioné un poco. Según me dijo su madre, la habían llamado del parque por una emergencia en la que necesitaban a todos los efectivos a las ocho de la mañana y aún no había vuelto. A la decepción por no verla también se unió la preocupación. Eso me lo notó su madre en la cara y, con varios comentarios como que Zelda era la mejor bombera del parque y que, aunque era un poco kamikaze porque se arriesgaba más que los demás, siempre lo hacía sabiendo hasta dónde estaba el límite, ese

que no se podía cruzar nunca, logró tranquilizarme. Si su madre estaba tranquila, pues yo también tenía que estarlo, me dije.

Esos días también había hablado varias veces con Luismi. Me contó todo lo que le había pasado y por qué había tenido que quedarse tantos días ingresado por una apendicitis, cuando lo normal es que en dos días te dieran el alta. Había tenido una infección por una bacteria que había cogido en el quirófano y eso le había producido fiebre bastante alta. Le habían tratado con antibióticos y alguna cosa más. Por suerte, en tres días la infección había remitido, pero le dejaron unos días más ingresado por precaución. El día anterior había llegado a Madrid; había insistido mucho en que quería venir a verme, pero le quité esa idea de la cabeza asegurándole que yo estaba bien. Lo que tenía que hacer era tener reposo, no estar de aquí para allá.

Mi hija y Emma se habían pasado por mi casa y me habían traído la larga lista de cosas que le mandé a Zelda por mensaje. Entre ellas estaba el portátil con el que había teletrabajado por las mañanas desde la cama del hospital. Tenía la suerte de que el equipo de trabajadores que tenía a mi cargo era muy eficiente y, al llevar en la empresa casi todos desde antes de que yo la heredara, conocían el negocio a la perfección. Por esa parte estaba de lo más tranquilo; sabía que la empresa seguiría marchando bien aunque me ausentara unos cuantos días más.

A Leonor estuve pensándome muy mucho si llamarla o no. Al final no lo hice. Sabiendo que su hija estaba sola y no se había dignado no solo a no venir, sino que ni siquiera la había llamado ni una sola vez, eso me decepcionó bastante. Además, si quería olvidarme de ella, lo mejor era tener contacto cero. Me prometí que no la volvería a llamar ni a mandar ningún mensaje cada dos por tres como llevaba haciendo los últimos dos años. A esa promesa también añadí dejar de ver sus publicaciones en las redes, esas que hasta el momento había visto una y otra vez solo para sentirla más cerca de mí, aunque fuera a través de una pantalla. Hasta ese momento, desde que me había despertado, lo había cumplido todo: ni la había llamado, ni mandado ningún mensaje y tampoco había visto ningún vídeo o fotografía suya. Eso me hacía estar orgulloso de mí mismo porque era lo que necesitaba para seguir adelante.

Llamaron a la puerta y di paso. Sería algún médico o enfermera que venían para revisarme, porque era media mañana y mi hija, Emma o Zelda, no podían

ser, y el loco de Luismi no creía que se hubiera atrevido a venir después de lo que le había dicho; si era así, se volvería a casa con una buena bronca.

Se abrió la puerta y, al ver a la persona que había venido a verme, una sonrisa enorme se me instaló en la cara. Mi corazón empezó a bombear más deprisa y mi miembro, al verla, también hizo amago de querer salir a saludarla, dándome un tirón bajo la tela del horrible pantalón de hospital que llevaba puesto.

—Buenos días —me dijo Zelda nada más entrar, sonriéndome.

—Ahora sí que son buenos; antes eran una mierda, pero tu visita los ha mejorado un doscientos por cien —le respondí sonriendo de la misma manera que ella estaba haciendo conmigo, y palmeé la cama pidiéndole que se acercara.

Caminó lentamente hasta la cama y se sentó al borde de ella, cerca de mí. Cuando su olor me llegó, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Ese olor a vainilla que desprendía lo tenía grabado en mi memoria desde la noche en la que estuvimos juntos. No era solo su olor; es que recordaba perfectamente a qué sabía su cuerpo. Cuando saboreé sus pechos aquel día, sabían a vainilla; seguramente usaría una crema corporal que tenía ese componente. Eso unido a su propio sabor personal, hacía una mezcla única a la que estaba seguro de que iba a volverme adicto.

Cogí su cara entre mis manos y, sin poder resistirme, la besé como llevaba queriendo hacer desde hacía dos días que no la veía. El beso empezó lento, pero no tardamos nada en enredar nuestras lenguas, haciendo que se volviera más pasional. Mi cabeza, la de arriba —bueno, seré sincero— y la de abajo también, estuvieron de acuerdo en que con solo un beso no tendría suficiente ese día. Necesitaba algo más… o bueno, mucho más.

Me separé para coger aire y apoyé mi frente en la suya. Noté cómo Zelda estaba en el mismo estado de excitación que yo; su pecho subía y bajaba a toda velocidad y tenía las pupilas totalmente dilatadas por el deseo. A la mierda todo, me dije cuando una idea loca se me pasó por la cabeza. A esto había que ponerle solución, y rápido.

—¿Puedes acompañarme al baño? Todavía me tambaleo un poco al andar —le pedí, aunque era mentira.

—Claro, venga, levántate despacio, yo te acompaño —me respondió.

Eché las sábanas a un lado y me bajé de la cama despacio. Zelda en todo momento estuvo pendiente de mí, sujetándome por el brazo. Me acompañó hasta el baño como le había pedido. Entramos los dos, pero cuando estábamos dentro y vio que estaba bien estabilizado, hizo un amago para salir y darme privacidad, pensando seguramente que necesitaba hacer mis necesidades.

Necesidades tenía, claro que sí, pero no en las que ella estaba pensando; eran unas más primitivas. Con un movimiento rápido por mi parte, cerré la puerta con el pestillo, dejándola pegada contra la pared.

—¿Qué haces? —me preguntó confusa.

—Ahora lo verás —le contesté.

Me acerqué a ella y pegué mi cuerpo al suyo. Agarré sus caderas y las acerqué a mi cuerpo para que notara la gran erección que tenía. Empecé a besarle el cuello mientras mi mano se colaba por debajo de su vestido.

Pasé mi palma por toda su vagina varias veces, notando a través de la tela de sus bragas lo mojada que estaba. Las aparté un poco y con mi dedo índice empecé a frotar su clítoris en círculos unas cuantas veces antes de meter un dedo en su interior. Mis primeros movimientos fueron lentos; no aceleré el ritmo hasta que noté que sus caderas se movían hacia delante buscando más, momento que aproveché para introducir otro dedo más.

—Marcos… podrían oírnos —me dijo jadeando en mi boca.

—Entonces será mejor que yo me trague tus jadeos —le contesté antes de besarla.

No paré de darle placer con mi mano en su vagina mientras con la otra amasaba su pecho por encima de la ropa hasta que conseguí que se corriera en mi mano. Saqué la mano de debajo de su vestido y, bajo su atenta mirada, lamí mis dedos uno a uno, relamiéndome al notar su sabor, ese que me volvía loco.

Al terminar y sin que se lo esperara, la agarré por las nalgas levantándola sin mucho esfuerzo y la senté en el lavabo. Metí esta vez las dos manos debajo de su vestido y bajé sus bragas. Las guardé en el bolsillo del pantalón.

—Estas me las quedo para que me hagan compañía por la noche. Dormiré con ellas, poniéndolas en mi almohada, así podré tener cerca tu olor, que me hará soñar contigo y con todo lo que quiero hacerte.

No me contestó, solo soltó un jadeo, ese que volví a tragarme al lanzarme a sus labios.

Abrí un poco sus piernas después de bajarme los pantalones con rapidez. Metí mis manos por debajo de sus piernas, agarrándola de los muslos para acercarla un poco más al borde. En esa posición y sin dejar de besarla, mientras la miraba a los ojos, introduje mi miembro en su interior lentamente. El gustazo que sentí casi hizo que me corriera; por eso me quedé unos segundos parado disfrutando de ese momento.

Cuando Zelda me apretó el miembro desde su interior, se desató en mí mi lado más salvaje. Empecé a embestirla con fuerza una y otra vez, sin darle ni un segundo de descanso. Los dos jadeábamos tan alto que estaba seguro de que, si alguien había entrado en la habitación, nos habría oído. Cosa que me dio exactamente igual en ese momento; el resto del mundo podía irse al infierno porque nosotros estábamos en el puto paraíso.

Apenas un par de minutos después, un orgasmo impresionante nos llevó a los dos a tocar el cielo.

Joder, qué ganas tenía de largarme a casa para poder tenerla en mi cama o en cualquier sitio de mi casa y poder disfrutar juntos sin límite de tiempo.

Capítulo 19



Zelda

La visita improvisada que le hice a Marcos al hospital fue, por decirlo de alguna manera, excitante. Ni por asomo me esperé que acabáramos de la manera que lo hicimos en el baño de la habitación. Ingenua de mí, que de verdad pensé que necesitaba mi ayuda porque estaba débil; pues de debilidad nada, porque vaya energía que tuvo dándomelo todo en el lavabo. Cuando me bajé, la que tenía debilidad en las piernas era yo.

Al terminar, ya que estábamos allí dentro, se quitó el resto de ropa que le quedaba, que no era mucha, solo la parte de arriba del pijama, y se metió en la ducha. No sabía qué me hacía ese hombre que anulaba todo mi sentido común. Empezó a enjabonarse sin dejar de mirarme y, al ver cómo disfrutaba mirándole, su miembro se puso duro de nuevo, momento que no dejó pasar para volver a tentarme. Empezó a pasar la mano llena de jabón por su miembro de arriba abajo, masturbándose. Segundos después levantó su mano y, doblando su dedo en dirección a mí, me pidió que entrara con él.

Como he dicho, Marcos hacía que mi sentido común desapareciera cuando lo tenía cerca, así que acabé cayendo en la tentación. Me deshice de mi ropa con rapidez y me metí en la ducha con él. Nada más entrar quise sorprenderle, igual que había hecho él conmigo desde que llegué a la habitación. Me arrodillé en el suelo y no dejé de darle placer hasta que terminó de vaciarse en mi boca.

Pero al parecer Marcos no tuvo suficiente, porque al acabar fue él el que se arrodilló y me devolvió el favor. Mientras lo hacía le dio tiempo a recuperarse y al final acabé llegando al clímax de nuevo, apoyada de cara a la pared mientras él me embestía con fuerza desde atrás.

Después del rato excitante que pasamos en el baño, ya sentados en su cama, charlamos de nuestras vidas. Él me preguntó muchas cosas de mi trabajo y de mi familia y yo a él igual. Lo mejor fue que no nombró a la madre de Iris en ningún momento, cosa que le agradecí interiormente, porque solo con oír el nombre de esa mujer se me ponía un nudo en el estómago.

Me habló mucho de sus padres, de la cadena de joyerías y de su amistad con Luismi, al que consideraba un hermano. Yo también le hablé de Sandra, por la que sentía lo mismo; para mí era otra hermana más. Le hablé de mi hermano Enzo y de mis compañeros. Le vi fruncir el ceño un par de veces cuando los nombré; me dio la sensación de que parecía estar celoso al saber que en el trabajo solo estaba rodeada de hombres, pero no le dije nada. Si eso le molestaba no era problema mío. Era algo que tendría que aceptar y confiar en mí, igual que yo tendría que confiar en que no tuviera a su mujer en la cabeza a todas horas.

En el momento de irme a casa, lo hice muy relajada y fresquita también, porque me tocó ir todo el camino sin bragas. Por más que le dije que me las devolviera, no hubo manera de convencerle.

Cuando salí de allí, me tocó ir a casa directamente a coger ropa interior. Había quedado con Sandra para comer y no era plan de estar con el culo al aire durante toda la comida, aunque fuera en su casa. Mi amiga había vuelto la noche anterior de su viaje de trabajo y como las dos habíamos estado tan liadas, no habíamos hablado en varios días, teníamos muchas cosas que contarnos.

Como sus padres se habían ido a pasar unos días a la casa del pueblo, ella estaba sola, por eso comeríamos en su casa. Después de la charla iríamos a mi casa y le presentaría a Iris, con la que estaba segura de que haría muy buenas migas.

—¡Zelda! —me dijo dándome un abrazo cuando me abrió la puerta.

—Hija, qué efusividad —le dije echándome a reír—. Cualquiera diría que llevamos días sin vernos —añadí, haciéndola reír a ella.

—Capulla, es que llevamos días sin vernos. Te he echado de menos y tenía muchas ganas de verte. Tengo tantas cosas que contarte —me dijo mientras andaba hacia la cocina.

—Pues cuando te cuente yo mis novedades te vas a caer de culo —le dije, haciéndome la interesante.

—Pues empieza ya, viniendo de ti, me espero cualquier cosa —me dijo mientras ponía los platos en la mesa.

A Sandra le encantaba cocinar y tenía unas manos que valían oro; todo lo que hacía le quedaba buenísimo. Daba igual si era un guiso o un simple sándwich. Desde que había entrado por la puerta, ya me había llegado el olor de la paella que tenía en el fuego dándole el último toque. Mis tripas rugieron y Sandra se echó a reír.

—Cuéntame lo tuyo primero —le pedí sacando dos refrescos del frigorífico. Conociéndonos de toda la vida, había la suficiente confianza entre su familia y la mía para hacer esas cosas; nos movíamos una en la casa de la otra como si fuera la nuestra propia.

—Recuerdas a Luismi, ¿verdad? —Como para no acordarme, me dije a mí misma, si hasta había hablado con él por teléfono sin saber que era él el día que Iris lo llamó. Asentí a su pregunta y le pedí con la mano que siguiera hablando.

—El caso es que él tuvo que viajar por trabajo y yo también, ya lo sabes. No hemos podido vernos estos días, pero hemos hablado todo este tiempo por teléfono y nos hemos escrito muchísimo. Luismi tenía que haber vuelto antes, pero estando en Ibiza enfermó y le tuvieron que operar de apendicitis. La cosa se complicó más de lo esperado y le tocó quedarse ingresado varios días.

»Ayer por fin volvió y esta mañana he ido a verle. Hemos pasado un buen rato juntos, hablando tranquilos, cara a cara, sin prisas. Y bueno… me ha pedido que empecemos una relación. Dice que no sabe muy bien qué le he hecho, pero que está pilladísimo de mí y que no quiere que lo nuestro se quede en algo ocasional, que quiere intentar algo de verdad.

—Por lo que veo, tú estás igual de pillada y has aceptado sin dudar —le dije sonriendo. Me alegré mucho por Sandra. Al igual que yo, no había tenido mucha suerte con los hombres con los que había estado y Luismi parecía un buen hombre. Iris me había hablado mucho de él; le conocía desde que nació y ella le trataba no como al amigo de su padre, sino como si fuera su tío.

—Sí, no sé si saldrá bien o no, pero no quiero quedarme con la duda de saber qué habría pasado solo por miedo a que me hagan daño.

—Haces bien, hay que arriesgarse. Ahora viene lo mío, porque estoy en la misma situación que tú. Ah, y otra cosa, lo que me has contado de Luismi y su operación ya lo sabía. —Me miró con la ceja levantada, desconcertada por mis palabras.

—¿Lo sabes? ¿Cómo es posible? —me preguntó.

—Siéntate y mientras comemos te lo voy contando —le pedí, porque en ese momento estaba sirviendo la paella en los platos.

Le conté todo desde el principio: cómo había conocido a Iris, lo que le había pasado a su padre y que, por las circunstancias, ella estaba viviendo en mi casa. La sorpresa que me llevé cuando, una semana después, a su padre le subieron a planta y entré a conocerle; me quedé con la cara partida al saber que era el mismo Marcos con el que había pasado la mejor noche de sexo de mi vida y el peor despertar.

La conversación que tuvimos, cómo se sinceró y me explicó por qué huyó aquella mañana y la oportunidad que me pidió para conocernos y empezar algo. Que no nos habíamos visto los dos días siguientes porque me había tocado trabajar y que le había ido a ver esa misma mañana. Sin entrar en muchos detalles, le dije que habíamos acabado en el baño metidos un buen rato.

—¿Os habéis acostado en el baño del hospital? —me preguntó con los ojos abiertos como platos y las manos en el pecho, de forma dramática.

—¿De todo lo que te he contado solo te has quedado con eso? —le pregunté riéndome.

—Coño, es que es muy fuerte, se os ha ido la olla —me contestó tapándose la cara con las manos.

—Más bien se nos han ido las manos el uno encima del otro —añadí encogiéndome de hombros.

—Vamos a tu casa, anda. Quiero conocer a Iris. No quiero saber nada más de tus andanzas como enfermera sexi cuidando pacientes —dijo, y las dos nos reímos a carcajadas.

Riendo todavía, entramos en mi casa, donde mi madre e Iris estaban comiendo. Las presenté a las dos y, como ya había supuesto, se cayeron bien al instante.

—Iris, te voy a dar una noticia que vas a flipar —le dije sentándome a su lado, mientras Sandra lo hacía al lado de mi madre.

—¿Sí? Pues venga, ya estás tardando, no me tengas en ascuas —me pidió ansiosa.

—Sandra, aparte de ser mi amiga, desde esta mañana es la pareja de Luismi.

Nos miró alucinada, primero a mí y luego a Sandra. A ella no le retiró la mirada, esperando que corroborara mis palabras de alguna manera. Mi amiga asintió sonriendo e Iris se puso a aplaudir y a reírse muy contenta.

Estuvimos las cuatro charlando hasta que Iris y yo nos preparamos para ir a ver a su padre. Sandra se marchó a su casa a revisar unos casos que tenía entre manos. Nos dijo que después iría a casa de Luismi y que se quedaría allí a dormir con él, no sin antes hacernos prometer que en breve tendríamos un día de chicas, algo a lo que Iris y yo aceptamos encantadas.

Capítulo 20



Marcos

Por fin llegó el día en el que me daban el alta. La semana que pasé en el hospital se me hizo tan larga que parecía que había estado allí un mes.

Menos mal que las tardes se me hicieron un poco más amenas con las visitas de mi hija, de Zelda y de su madre. Aunque, sin duda, las mejores visitas habían sido las dos que me había hecho Zelda por la mañana, en las que acabamos en el baño dándonos cariño las dos veces.

A mi hija le daba mucha pena tener que abandonar la casa de ellas, así me lo había hecho saber. Aunque Emma y Zelda le habían dicho que las puertas de su casa estaban abiertas para ella siempre que quisiera ir a comer, a dormir o pasar un rato con ellas.

El día anterior por la noche Leonor me había llamado para interesarse por mi estado. Fue algo que me extrañó bastante, porque en los dos últimos años podía contar con los dedos de la mano las veces que había sido ella la que me había llamado. Todas las veces que habíamos hablado había sido porque la había llamado yo.

La noté, por su manera de hablar, muy interesada en saber cómo estaba de salud después del accidente y por cómo me iba todo lo demás. Estuvimos más de una hora hablando y, en varias ocasiones, me dejó caer que me echaba de menos y que tenía pensado venir a hacernos una visita en breve.

Saber que en breve volvería a verla en persona me puso en un estado de alerta y nerviosismo tal que apenas había podido descansar en toda la noche. Ahora que por fin había decidido olvidarme de ella y seguir adelante con mi vida, en la que quería incluir a Zelda, si Leonor volvía, podía estropearlo todo.

Como no estaba seguro de si vendría o no, había decidido que lo mejor era guardarme esa información para mí. No le diría nada ni a mi hija, ni a Luismi ni, por supuesto, a Zelda. Había notado que cuando el nombre de mi mujer salía en alguna conversación, ella se tensaba, y no quería verla en ese estado.

Estaba encantado con lo que estaba empezando con Zelda. Me gustaba muchísimo, y no solo para el sexo, que era una pasada con ella. Me gustaba todo de ella: era divertida, cariñosa y también tenía carácter, ese que cuando lo sacaba para ponerme en mi sitio me ponía a mil.

En resumidas cuentas, quería que lo nuestro funcionara. No puedo decir que estuviera locamente enamorado de ella porque no sería cierto, pero sí que había despertado sentimientos en mí bastante fuertes, y estaba seguro de que, en poco tiempo, si todo seguía igual, estaría enamorado de ella sin remedio.

Llamaron a la puerta y di paso. Por ella apareció la médica que me había tratado durante todos los días que llevaba allí. Me dio el alta y las recomendaciones a seguir los próximos días. Básicamente era tener un reposo relativo para no forzar el cuerpo y los pulmones; deporte como correr o de mucho esfuerzo no podía hacer en al menos un mes.

El sexo no contaba, claro, y aunque así hubiera sido, me habría dado igual, porque cuando saliera de allí pensaba tener mucho.

También me dio cita para una revisión de rutina dos semanas después. Estaba terminando de explicarme todo cuando Zelda entró por la puerta y se quedó callada a un lado, esperando a que la médica terminara de contarme todo.

—Buenos días, nena —le dije, acercándome a ella para darle un beso cuando la médica se fue.

—¿Ya eres libre? —me dijo, pasando sus brazos por mi nuca para acercarme más a ella y profundizar el beso, ese que se intensificó bastante,

haciendo que me pusiera duro, como siempre me pasaba cuando la tenía cerca o me tocaba.

—Voy a vestirme y nos vamos —le dije, separándome de ella—, o no respondo y te meteré en el baño —añadí, haciéndola reír.

Me vestí lo más rápido que pude. Necesitaba llegar a casa cuanto antes y darme una ducha; tenía la sensación de que el olor a hospital se me había quedado impregnado en la piel.

Zelda no tenía coche, pero sí carnet de conducir. Me había explicado que vivía muy cerca del parque de bomberos en el que estaba destinada y que a los sitios a los que iba solía moverse en metro, autobús o andando.

Por eso le dije que le pidiera a Iris que, de mi casa, cogiera las llaves de repuesto del coche y que lo fuera a recoger al centro comercial, donde estaba desde el día de la explosión.

Media hora después entramos en mi casa. Lo primero que hice fue ir al despacho a dejar el portátil y las carpetas con las que había estado trabajando en el hospital. De ahí fuimos a la habitación a colocar el resto de las cosas.

Salí del vestidor y Zelda estaba esperando a que terminara, mirando a la calle por el gran ventanal.

—Necesito una ducha, ¿me acompañas? —le dije a Zelda con la voz ronca.

No me respondió con palabras; su gesto fue mucho mejor. Se quitó la camiseta que llevaba de un tirón, el sujetador le siguió en un visto y no visto y, antes de que me diera cuenta, en la parte de abajo no tenía nada tampoco.

—¿Responde esto a tu pregunta? —me dijo, caminando hacia mí y moviendo las caderas.

—Pared primero, ducha después —le contesté, alzándola en brazos y pegándola a la pared que estaba más cerca.

Una hora después, saciados por el encuentro rápido y fuerte que habíamos tenido contra la pared y luego repitiendo otro más calmado en la ducha,

bajamos a la cocina a tomar un café antes de ponernos a revisar la comida que estaba envasada en el frigorífico.

—Te quedas a comer, ¿no? A Iris le hará ilusión que comas con nosotros… bueno, y a mí también —le dije, dándole un beso suave en los labios.

—Vale, pero luego me tengo que ir pronto. Tengo que pasarme por el parque a entrenar un rato —me contestó.

—Voy a mandar a Luismi un mensaje a ver si se une a nosotros —le dije, cogiendo el móvil.

—Creo que Sandra iba a su casa a comer con él. —Vaya las cosas que tenía el destino, lo que había provocado que yo le tirara la copa a Zelda aquella noche en el *pub*. Yo había acabado teniendo una relación con ella y mi amigo con su amiga.

Al final, Luismi y Sandra se unieron a nosotros y comimos los cinco juntos. Mi hija estaba contentísima viéndonos a los dos con pareja, pero más contentos estábamos nosotros.

A Luismi se le veía un brillo en la mirada que no le había visto nunca; con lo mujeriego que era, al final había caído en las garras del amor. Y la mirada que le devolvía Sandra era exactamente la misma, estaba también enamorada de mi amigo.

Cuando terminamos de comer, Luismi y Sandra se fueron a su casa. Nosotros tres nos quedamos un rato más hablando hasta que Zelda dijo que se tenía que marchar.

Iris debía hacer un trabajo para el instituto. Le dije que no tardaría en volver, quería llevar yo mismo a Zelda hasta el parque. Y aunque insistió en que no hacía falta porque podía coger el autobús, no cedí. Quería ver su lugar de trabajo y conocer a su hermano y a sus compañeros.

—¿Quieres entrar? Me gustaría presentarte a mi hermano —me preguntó cuando llegamos al parque.

—Sí, claro. Supongo que mi cuñado querrá darme el visto bueno. —Cuando dije eso, que pretendía ser una broma, la cara de Zelda se transformó. Que llamara cuñado a su hermano implicaba que lo nuestro sonara muy serio, pero es que de verdad quería que fuera así.

—Vamos —me contestó, sin añadir nada más, muy seria.

—Espera —le dije, agarrándole de la mano—. Sé que dijimos que iríamos despacio, pero en estos días que hemos pasado juntos y hemos hablado tanto, me he dado cuenta de que sentía por ti más de lo que pensaba. Y hoy, cuando te he visto en mi casa, lo he confirmado del todo. Pero si tú quieres que frene, lo haré, hasta que estés preparada para quererme como yo ya empiezo a hacerlo.

Me miró con cara de sorpresa por mis palabras, pero cuando entendió lo que le estaba pidiendo —que fuéramos una pareja con todo lo que implicaba eso—, sus ojos se llenaron de emoción. Incluso vi cómo soltaba el aire que estaba conteniendo.

Se acercó a mí con cautela, pero con determinación en su mirada. Ya la conocía lo suficiente para saber que lo que me diría a continuación no me dejaría indiferente.

—Yo tengo esos sentimientos desde la primera noche que pasamos juntos, pero no quería que lo supieras. No se le puede decir a un hombre que está enamorado de otra mujer que estás enamorada de él, porque sabes que nunca podrá sentir lo mismo por ti, y eso duele.

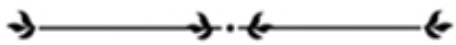
—Leonor es mi pasado. Tú eres mi presente y quiero que seas mi futuro, Zelda —le aseguré, mirándola a los ojos para que viera la sinceridad en ellos.

Las pocas dudas que tenía sobre si seguía queriendo a Leonor se habían disipado en mi cabeza mientras comíamos. Ahí me di cuenta de lo que empezaba a sentir por Zelda. Vi claramente que ya no estaba enamorado de ella y quizá no era algo reciente, sino que llevaba sin estarlo desde mucho antes de que nos abandonara.

Me habría dado de tortas por haber perdido dos años de mi vida sin hacer apenas nada, aferrándome a un recuerdo de amor que se había acabado por mi

parte hacía mucho tiempo y de lo que no había sido capaz de darme cuenta. Creo que la manera tan fría en la que nos dejó hizo que me aferrara a ese sentimiento, al sentirme un fracasado por no haber sido capaz de retener a mi mujer a mi lado.

Capítulo 21



Zelda

Recogí a Marcos en el hospital y le acompañé hasta su casa. Le vi las intenciones que tenía desde que salimos del hospital; llevaba la palabra deseo escrita en los ojos desde que me había visto aparecer por la puerta.

¿Que si me pude resistir? Pues no, ni pude ni quise, esa es la verdad.

Ya me había dicho antes de salir que tenía muchas ganas de llegar a casa para darse una ducha y quitarse ese olor a hospital que parecía que se te quedaba pegado en la piel. Esa sensación la conocía bien, porque a mí me pasaba lo mismo cuando me tocaba intervenir en algún incendio, que parecía que el olor a humo te acompañaba durante días en la piel y el pelo.

Mis ganas de él eran las mismas que las suyas, así que cuando me preguntó si quería acompañarle a la ducha, ni siquiera le contesté; en menos de dos minutos me quité toda la ropa, quedándome desnuda delante de él.

No llegamos ni al baño. El primer asalto lo tuvimos contra la pared de su habitación, para repetir un segundo ya sí en la ducha.

Iris llegó del instituto y cuando supo que me quedaría a comer con ellos y que además Luismi y Sandra se unirían a nosotros, se puso contentísima. Estuve tan a gusto allí, comiendo con ellos, que me sentí como en casa. Fue algo tan natural que parecía que llevábamos haciéndolo mucho tiempo.

Parecíamos una familia de verdad y, por un instante, deseé con todas mis fuerzas que algún día eso fuera real. Incluso se me pasó por la cabeza un flash en el que, si Marcos quería, podríamos incluso aumentar la familia con un hijo de los dos.

Pero todos esos pensamientos se desvanecieron rápidamente cuando el nombre de Leonor hizo acto de presencia en mi mente, recordándome que Marcos tenía sentimientos por ella y no por mí.

A media tarde, como le había dicho a Marcos por la mañana, les dije que me tenía que ir ya al parque de bomberos para entrenar un rato. Marcos no dejó que me fuera sola; insistió mucho en que quería llevarme él y, por mucho que le dije que era mejor que se quedara descansando, no cedió.

—¿Quieres entrar? Me gustaría presentarte a mi hermano —le pregunté cuando llegamos al parque.

—Sí, claro. Supongo que mi cuñado querrá darme el visto bueno. —Al oírle referirse a mi hermano en esos términos me tensé tanto que Marcos lo notó enseguida. Por la manera de decirlo, sabía que había pretendido hacer una broma, pero después de todos los pensamientos que había tenido en la cabeza todo el día, saber que eso estaba muy lejos de ser real hizo que se me estrujara el corazón.

—Vamos —le contesté sin añadir nada más, muy seria.

—Espera —me dijo agarrándome de la mano—. Sé que dijimos que iríamos despacio, pero en estos días que hemos pasado juntos y hemos hablado tanto, me he dado cuenta de que sentía por ti más de lo que pensaba, y hoy, cuando te he visto en mi casa, lo he confirmado del todo. Pero si tú quieres que frene, lo haré, hasta que estés preparada para quererme como yo ya empiezo a hacerlo.

Casi se me desencajó la mandíbula del sitio cuando le oí decirme todo eso. En un principio me costó creer que sus palabras fueran ciertas, pero la sinceridad que había en sus ojos no era algo que se pudiera fingir. La boca puede mentir, pero la mirada no lo hace nunca.

Por eso dicen que los ojos son el espejo del alma, porque ellos siempre dicen la verdad.

La emoción que sentí dentro de mí al saber que Marcos sí que llegaría a quererme… no, que ya lo hacía. A lo mejor no tanto como yo a él, pero sí un poco, y con eso tenía más que suficiente.

Si él me había dado sinceridad, no pude por menos que responderle de la misma manera, abriendo mi corazón y confesándole lo que sentía.

—Yo tengo esos sentimientos desde la primera noche que pasamos juntos, pero no quería que lo supieras. No se le puede decir a un hombre que está enamorado de otra mujer que estás enamorada de él, porque sabes que nunca podrá sentir lo mismo por ti y eso duele.

Me sonrió acariciando mi mejilla al oírme confesarle mis sentimientos.

—Leonor es mi pasado. Tú eres mi presente y quiero que seas mi futuro, Zelda. —Sus palabras sonaron a verdad y a promesa, y eso hizo que las mariposas de mi estómago dieran hasta palmas.

—Marcos… —Mis ojos se aguaron y él me atrajo hasta su cuerpo y me abrazó.

—Zelda, ya he perdido dos años de mi vida y no quiero perder ni un minuto más. Quiero que construyamos un futuro juntos en el que, si tú quieres, podamos tener más hijos y que seas mi mujer —me dijo susurrándome al oído.

—Sí, a todo —le contesté, separándome de él para sellar ese pacto con un beso que no tuvo nada que ver con todos los que nos habíamos dado hasta ahora.

En ese beso los dos volcamos todos los sentimientos que teníamos; fue lento, dulce y con amor.

—Ahora llévame a conocer a mi cuñado —me dijo cuando el beso terminó, haciéndome reír.

Entramos en el parque y fuimos directamente al gimnasio. Allí había varios de mis compañeros; algunos estaban sin camiseta haciendo pesas o corriendo en alguna de las cintas que teníamos, otros haciendo flexiones u otros ejercicios.

Noté cómo Marcos se tensaba a mi lado al ver la cantidad de hombres con los que compartía mi día a día y los cuerpazos que tenían, a los que, por cierto, él no tenía nada que envidiar, porque el suyo, al menos a mis ojos, estaba mucho mejor.

Mi hermano, Eloy y Roque, al verme con Marcos, dejaron todo lo que estaban haciendo y se acercaron a nosotros. Ya les había hablado de Marcos y creo que, al vernos de la mano, les dio una pista de quién era.

Creo que se me había olvidado contaros un detalle importante; si es que me lío muchas veces y ya no sé lo que digo y lo que no. El caso es que Eloy y Roque hacía cuatro años que eran pareja y hacía uno que se habían casado.

—Tranquilo —le dije en un susurro a Marcos al ver que, a medida que se acercaban, se tensaba más y más.

—Ahora mismo mi lado celoso está en nivel dios —me dijo entre dientes.

—Pues puedes quedarte tranquilo. En los diez años que llevo trabajando aquí nunca me he liado con un compañero. Es más, ni siquiera me ha gustado nunca ninguno. Ellos son mi otra familia y sí, los quiero, pero de una manera como puedo querer a Sandra.

Mis palabras parecieron hacer efecto y vi cómo se relajaba, aunque no del todo.

—¿Eres Marcos, supongo? —le preguntó mi hermano alargando su mano para saludarle—. Yo soy Enzo, el hermano de la kamikaze —añadió, haciendo sonreír a Marcos y a mí poner los ojos en blanco.

—Así es, encantado. —Le devolvió el apretón.

—Y ellos son Eloy y Roque, el conductor del camión en el que voy con mi equipo y mi superior. Chicos, él es Marcos, mi pareja —dije presentándoles y

señalando quién era cada uno.

—Bueno, soy su superior porque lo dice un papel, porque ella se salta el mando cuando le conviene y le sale del papo —añadió Roque para picarme y calentar a mi hermano.

—No seas capullo, anda. Deja de picar, que sabes que es un poco temeraria, pero solo lo justo, y no se salta el mando tanto —le dijo Eloy a Roque, dándole una colleja.

—¿Te pones de su lado? Mira que duermes en el sofá esta noche —le dijo Roque devolviéndole la colleja.

Era un espectáculo verlos juntos. Se pasaban el día entre piques y bromas, pero también daba gusto ver las miradas cargadas de amor que se dedicaban.

Hablaron un poco más con Marcos los tres, sobre todo mi hermano, haciéndole, cómo no, un pequeño interrogatorio que, aunque quiso hacerlo de forma sutil, fue evidente para todos.

Marcos, en lugar de enfadarse, le hizo mucha gracia ver el comportamiento protector que mi hermano tenía conmigo y hasta le contó más cosas de las que mi hermano le preguntó.

Al acabar, le acompañé hasta el coche.

—¿Roque y Eloy son pareja entonces? —me preguntó apoyándose en el coche.

—Más que eso. Llevan juntos cuatro años, pero hace uno que se casaron; son un matrimonio. Aunque los veas darse collejas, esa es una de sus maneras de decirse te quiero. Pocos matrimonios he visto que se quieran tanto como lo hacen ellos —le contesté.

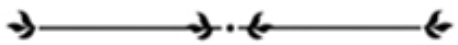
—Nosotros nos querremos igual o mucho más, ya lo verás —me dijo, y yo asentí sonriendo para que supiera que estaba de acuerdo con sus palabras.

—Mañana tengo turno, así que no nos veremos. Si necesitas algo, mándame un mensaje; si no estoy en una salida, te contestaré enseguida, pero

si no lo hago, no te preocupes, lo haré en cuanto pueda —le dije dándole un beso corto en los labios.

—Entonces voy a darte un beso en condiciones para que mañana te acuerdes de mí todo el día. —Y vaya si me lo dio. Temblando me quedé.

Capítulo 22



Zelda

Los días fueron pasando y mi relación con Marcos se fue afianzando cada día más. Ya habían pasado dos meses desde aquel día en el parque en el que nos confesamos lo que sentíamos y todo iba perfecto.

Habíamos cogido una buena rutina. Solían venir a comer a casa con mi madre y conmigo y, por las noches, yo iba a su casa a cenar con ellos. Muchas de esas noches, si no tenía que trabajar al día siguiente, me quedaba a dormir en su casa. Cuando nos levantábamos por la mañana, Marcos se iba a la oficina y yo acompañaba a Iris al instituto y, de ahí, ya me iba para mi casa o al parque a entrenar.

La relación de Sandra y Luismi iba a toda mecha. La noche anterior, cuando había hablado con ella por teléfono, me había dicho que él le había propuesto que se fueran a vivir juntos. Ella había aceptado encantada y el siguiente fin de semana llevaría todas sus cosas a casa de Luismi, que era donde de momento iban a vivir.

Algunos fines de semana salíamos los cuatro a cenar y después a tomar una copa. En alguna ocasión también se nos habían unido mi hermano, Eloy y Roque. Desde que le presenté a Marcos a los chicos, habían creado una bonita amistad, sobre todo con mi hermano, con el que se llevaba estupendamente.

Sandra, Iris y yo solíamos tener un día de chicas cada dos semanas, siempre en sábado si no me tocaba trabajar. Desayunábamos juntas y de ahí

nos íbamos a un centro comercial de tiendas, a comer y después al cine. Incluso, en una de esas salidas, habíamos ido a pasar el día en un *spa*. Eso fue un regalo de Marcos y Luismi que nos encantó a las tres.

Habíamos hablado los cinco de que, cuando llegara el verano y todos cogiéramos vacaciones, viajaríamos a algún destino por lo menos un par de semanas. Ahí teníamos varias disputas porque todavía no nos habíamos puesto de acuerdo en cuál sería el destino. Luismi y Sandra querían playa y relax; Iris y yo queríamos visitar algún lugar en el que ver monumentos, como por ejemplo Escocia, que era un sueño para las dos conocer parte de su historia, ver castillos y probar su gastronomía.

Marcos se mantenía al margen y solo decía que mientras fuéramos juntos, le daba igual dónde ir. En la última conversación que habíamos tenido al respecto, nos propuso que, para que todos tuviéramos lo que queríamos, lo mejor era ir una semana a Escocia y otra al Caribe. Propuesta que fue muy bien recibida por todos y, como solo faltaba un mes para las vacaciones de verano en las que los chicos e Iris podrían coger los días que quisieran, solo faltaba cuadrar las fechas para que Sandra y yo coincidiéramos.

Estaba pensando en todo esto de las vacaciones cuando la alarma del parque sonó, indicando que tendríamos que salir a una emergencia. Salí corriendo del gimnasio hasta los vestuarios, donde ya estaban algunos de mis compañeros y otros entraron corriendo detrás de mí.

—¿Sabéis qué tenemos? —pregunté en general.

—Accidente de tráfico múltiple. Estaba con Enzo cuando ha recibido el aviso —me contestó Roque.

—Mierda, espero que no haya muchas víctimas —contestó Eloy.

Salimos todos corriendo hacia el camión y nos subimos deprisa. Conectamos los pinganillos y comprobamos que funcionaban mientras Eloy ya salía zumbando a toda leche por la puerta del parque.

—Chicos, preparaos porque, según me han dicho, es horrible. Hay más de veinte coches implicados y en muchos de ellos la gente está atrapada. También hay un autobús escolar entre ellos —nos dijo Enzo a través de los pinganillos.

—Joder, esos niños estarán muy asustados. Espero que no haya ninguno herido —añadió uno de mis compañeros.

—Eloy, ¿tiempo estimado de llegada? —le preguntó Enzo.

—Cinco minutos, jefe —le contestó Eloy, que como siempre que salíamos se ponía en ese modo de concentración en el que apenas decía cuatro palabras.

—Coordinaos con sanitarios y policía, ellos ya han llegado. Id informándome —dijo mi hermano antes de cortar la comunicación.

—Zelda, ¿estás bien? No tienes buena cara —me preguntó Roque.

—Sí, tranquilo. Solo tengo el estómago un poco revuelto, me he pasado con el desayuno —le contesté con la verdad, aunque no del todo, porque ya lo tenía revuelto desde que me había levantado y, al rato de desayunar, fue todavía peor, hasta el punto de que había acabado vomitando en el baño, aunque después de eso se me había ido pasando poco a poco.

—Si quieres quedarte en el camión… —Empezó a decirme Roque, pero no le dejé ni terminar, le corté antes.

—Ni de coña voy a quedarme en el camión. Ya te he dicho que estoy bien. Mi cara es más de preocupación por lo que nos vamos a encontrar que porque no me sienta bien —le dije, y él asintió tomando por buenas mis palabras.

—Chicos, un minuto, preparaos —dijo Eloy apretando el acelerador.

Cuando paró a un lado de donde estaban los coches del accidente, nos bajamos corriendo. Al ver lo que teníamos delante, intercambiamos miradas cargadas de preocupación.

Lo que teníamos ante nuestros ojos era el puto infierno: coches volcados, gente chillando y llorando por todas partes. Sanitarios y policías corrían de un lado a otro sacando a personas que permanecían atrapadas. En el suelo pudimos ver tres cuerpos tapados, ya sin vida. El autobús escolar estaba volcado de lado y los gritos de los niños se oían por encima de todo aquel caos.

—Chicos, gracias a Dios que ya estáis aquí —nos dijo David acercándose a nosotros corriendo.

¿Recordáis que os dije que el hermano de Sandra era policía? Pues ese era David. Era jefe de su unidad, igual que Roque lo era de la nuestra, por lo que, en ese momento, seguramente estaba al mando y coordinando a los efectivos que habíamos acudido. Mis compañeros le conocían bien, no solo por ser el hermano de Sandra y amigo de Enzo, sino porque ya habíamos coincidido en más de una emergencia.

—David, ¿dónde nos necesitas? —le preguntó Roque.

—En el autobús. Las puertas están bloqueadas, tenéis que hacer lo que sea para sacar a esos niños de ahí cuanto antes. Varios coches están destrozados y hay gasolina por el suelo. Como uno de ellos explote, esto se va a poner muy feo —le contestó, y pude ver en su cara el miedo a que sus palabras se volvieran ciertas, lo mismo que nos pasó a todos al escucharle.

—Chicos, coged lo necesario. Venga, rápido, hay que sacar a esos niños ya —nos dijo en voz alta Roque.

Estábamos entrenados para este tipo de situaciones, así que cada uno ya sabía lo que tenía que hacer, todos teníamos un cometido. Cogimos las herramientas necesarias y nos fuimos corriendo hacia el autobús.

—Vosotros intentad abrir la puerta —les dijo Roque a dos de mis compañeros—. Zelda, conmigo, vamos a subirnos encima e intentar romper alguna ventana si conseguimos que los niños se aparten.

—Roque, como un coche explote, esto se va a convertir en el infierno, los demás coches explotarán en cadena —le dije preocupada.

—Lo sé. Pase lo que pase, si escuchas la primera explosión, no te hagas la heroína y sal zumbando de aquí. No quiero tener que patear ningún culo cuando esto acabe y mucho menos el tuyo —me dijo muy serio.

Asentí antes de empezar a escalar para subirnos los dos a la parte de las ventanillas, que al estar el autobús volcado de lado, eran las únicas visibles.

—¿Qué ves? —me preguntó Roque cuando me vio tumbada y pasando mi mano enguantada por encima de una de las ventanillas que sabíamos que se romperían con mayor facilidad.

—Hay niños inconscientes en el suelo, otros están abrazados llorando. También hay una mujer que tiene en brazos a tres niños. Roque, son muy pequeños, no creo que tengan más de tres o cuatro años —le dije con el corazón encogido al ver el estado del interior del autobús.

—Joder, apártate, voy a romper la ventanilla. Primero daré un golpe flojo, esperemos que sean listos y al oírlo se cubran. No podemos esperar más.

Me aparté a un lado y le dejé hacer. Por suerte, los niños, al oír el primer golpe, se taparon la cabeza con las manos y los pocos cristales que cayeron dentro no dañaron a ninguno.

—¡David! ¡Necesitamos ayuda aquí, vamos a empezar a sacarlos! —chillé bien alto para que me oyera.

—¡Equipo dos, id a dar apoyo al autobús! —Le oí que gritaba a algunos de los policías.

También vi venir corriendo a varios sanitarios con maletines para atender a los niños que estuvieran más graves.

—Yo entraré y te los iré pasando desde dentro —le dije a Roque metiéndome por la ventanilla.

—Chicos, con cuidado, pero hacedlo deprisa —nos dijo Enzo.

Empezamos a trabajar todos coordinados. Yo iba cogiendo desde dentro a los niños y pasándoselos a Roque para que luego él los dejara en manos de policías y sanitarios que estaban abajo del autobús. Por el rabillo del ojo, mientras cogía a uno de los niños que estaban inconscientes, vi cómo ya habían conseguido abrir la puerta del autobús y también mis compañeros empezaban a sacar a otros niños por allí.

—Ve hacia la puerta, tú podrás salir por allí mejor —le dije a la profesora, que estaba en tal estado de nervios que no sabía ni qué hacer.

Estaba cogiendo a uno de los pocos niños que quedaban cuando oí una explosión. Mierda, joder, empieza el baile, dije para mis adentros.

—¡Zelda! ¿Cuántos quedan? —me preguntó Roque asomando medio cuerpo dentro por la ventanilla.

—¡Dos! —Toma uno —le dije subiendo al niño por encima de mi cabeza, el que casi se nos resbala al oír la segunda explosión.

Cogí al último que quedaba y se lo pasé a Roque. Iba a subirme para salir yo cuando oí un sollozo lastimero al fondo del autobús.

—¡Zelda, sal ya, joder! —Oí que me gritaban Roque y Enzo a la vez.

—¡Espera, he oído un sollozo, creo que hay uno más! —les contesté.

Me agaché entre dos asientos y allí, debajo de varias mochilas, había una niña llorando, hecha un ovillo. Se me encogió el corazón al verla así.

—Ven, preciosa, tenemos que salir de aquí —le dije quitando todo lo que tenía encima y agarrándola.

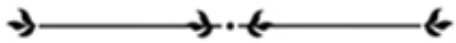
La pegué contra mi pecho y corrí otra vez hacia la ventanilla.

—Roque, cógela y baja, yo os sigo —le dije cuando estiró los brazos para cogérmela de los míos.

Me subí a uno de los asientos y, de un impulso, saqué medio cuerpo por la ventanilla. Subí rápidamente y me quedé parada viendo lo que había a mi alrededor. Roque corría con la niña en brazos hacia una zona segura donde estaban el resto de las personas. Varios de mis compañeros intentaban apagar los coches que estaban ardiendo.

De un salto bajé del autobús y empecé a correr detrás de Roque, pero no llegué a dar más de dos zancadas cuando se produjo una nueva explosión y el impacto me alcanzó.

Capítulo 23



Marcos

Estaba sentado en el despacho revisando unas facturas de un cargamento de piedras que nos habían llegado esa semana, pero era incapaz de concentrarme en nada.

Cada pocos minutos la imagen de Zelda llegaba a mi cabeza. Hacía ya dos meses que estábamos oficialmente juntos, siendo una pareja como cualquier otra. El miedo inicial que teníamos los dos había quedado en el olvido. En vez de dos meses, parecía que llevábamos juntos mucho más, por la complicidad que teníamos.

Cada vez que la veía en mi casa, conmigo y con Iris, sentía dentro de mí que éramos una verdadera familia. Si el día que le dije en el parque que quería que fuera mi presente y mi futuro tenía la más pequeña duda de mis sentimientos por ella, con el paso de los días ya no hubo ninguna. Supe que estaba enamorado de Zelda hasta las trancas, como se suele decir.

Dicen que en la vida una persona se puede enamorar varias veces y que ninguna será parecida a la anterior, pues eso era precisamente lo que me había pasado a mí.

De Leonor estuve enamorado, eso era cierto, pero lo hice desde la inexperiencia de la juventud. Ahora, echando la vista atrás, me había dado cuenta de que ella nunca lo estuvo de mí. Que me quisiera, eso no lo pongo en duda, pero hasta ahí. Su actitud todos los años que estuvimos juntos no era la

de una persona que ama, sino la de una persona que se acomoda a otra por interés. Al final, Luismi siempre había tenido razón.

Lo que sentía por Zelda era muy distinto a lo que sentí por mi ex. Era un amor correspondido y compartido, en el que los dos estábamos al mismo nivel tirando de la relación. Eso había sido una sorpresa para mí, porque yo estaba acostumbrado a otra cosa, a ser siempre el que proponía, el que buscaba afecto o, más bien, mendigaba.

Pero Zelda era espontánea. No tenía que rogarle un beso o un abrazo, me los daba sin pedirlos. Había llegado a conocerme tan bien en esos dos meses que ya sabía cuándo los necesitaba sin necesidad de pedírselos. Igual que también sabía cuándo necesitaba mis tiempos, mis silencios y mis ratos a solas, del mismo modo que yo conocía los suyos.

Dicen que hay personas que están destinadas a estar juntas y ahora mismo podía decir con total seguridad que ella era mi destino.

—¡Marcos! Ven, corre —me dijo Luismi entrando en mi despacho como un vendaval.

Su grito y su cara de susto me pusieron en alerta enseguida. Me levanté de la silla deprisa y me acerqué a él. Tiró de mi mano y me llevó corriendo a la sala de descanso. Varios de los trabajadores estaban de pie, con tazas de café en la mano, mirando la televisión que teníamos allí.

—¿Qué pasa? —le pregunté desconcertado.

—Acércate a la tele y fíjate bien —me contestó, poniéndose él lo más cerca que pudo sin molestar a los que la estaban mirando muy atentos, sin perderse detalle.

Me puse a su lado y centré toda mi atención en las imágenes que salían en el canal de noticias que estaba puesto. Cuando distinguí a las dos personas que la cámara, desde lo que parecía ser un dron, estaba enfocando, se me cortó la respiración y un nudo se me puso en la garganta. Tuve que sentarme en una silla vacía que estaba cerca de mí.

—Zelda… —dije en un hilo de voz.

—Sí, y el otro que está con ella fuera del autobús es Roque —dijo Luismi con preocupación en su voz.

En ese momento su teléfono sonó y descolgó de inmediato.

—Dime, cariño —dijo a la persona que estaba al otro lado de la línea, que por la manera de dirigirse a ella supe que era Sandra.

—Lo sé, lo estamos viendo. Tranquila, no llores, verás como no les pasa nada —siguió diciéndole.

Hablaron un par de minutos más y colgó el teléfono. Se lo guardó en el pantalón antes de sentarse a mi lado y pasarse las manos por la cara con gesto desesperado.

—Era Sandra. Dice que su hermano David también está allí. Estaba nerviosísima por lo que están diciendo en las noticias —me dijo con pesar en su voz.

En lo poco que había podido escuchar, el locutor decía que el lugar del accidente era una trampa mortal para todos los que estaban allí. Había muchos coches implicados y un autobús lleno de niños. Varios de los coches habían derramado toda la gasolina de los depósitos en el suelo por el estado en el que estaban; alguno incluso estaba ardiendo. Ya había al menos tres víctimas.

Decían que la vida de todos los que estaban allí corría peligro si alguno de los coches explotaba, porque el resto, al estar tan cerca, lo haría en cadena, haciendo que aquello se convirtiera en un infierno.

No podía quedarme allí parado viendo esas horribles imágenes sin saber lo que realmente estaba pasando y sabía dónde tenía que ir para estar enterado de todo de primera mano. Con Enzo.

—Me voy al parque —le dije a Luismi, levantándome rápido de la silla y echando a correr hacia la salida.

—¡Marcos! Espera, voy contigo —le oí decir mientras corría detrás de mí.

El parque de bomberos donde trabajaba la mujer de mi vida estaba a tan solo tres manzanas de donde estaba mi empresa. Ni me molesté en coger el coche; entre el tráfico y los semáforos habría tardado más que si lo hacía corriendo.

Diez minutos después, sudando y jadeando, Luismi y yo llegamos al parque y entramos corriendo. Sabía de sobra dónde estaba el despacho de Enzo, desde donde dirigía en la distancia todas las salidas que se hacían. Ni me molesté en tocar la puerta, la abrí directamente.

Enzo no se sorprendió al verme allí. Era como si supiera que yo, al saber lo que pasaba, me iba a presentar para querer saber cómo estaban su hermana y los demás. Amaba a Zelda con todo mi corazón y estaba preocupadísimo por ella, pero también lo estaba por Roque y Eloy. Los dos se habían convertido en buenos amigos en el tiempo que hacía que nos conocíamos, al igual que mi cuñado, con el que me llevaba de maravilla.

—Roque, ya han conseguido abrir la puerta. Van a sacar a los que puedan por ahí. Vosotros seguid, lo estáis haciendo muy bien —decía Enzo por el pinganillo con el que estaba en contacto en todo momento con su equipo para saber qué estaba pasando.

Frente a él también estaba puesta la televisión, en el mismo canal que habíamos visto nosotros en la sala de descanso, y los podíamos ver en tiempo real mientras trabajaban.

—Zelda, manda a la mujer por la puerta, ya está abierta, y a ti te costará subirla para que salga por la ventana.

—Chicos, sentaos si queréis —nos ofreció las sillas que estaban vacías, pero ni Luismi ni yo nos sentamos. Estábamos demasiado nerviosos para hacerlo.

—Enzo, dime que mi mujer va a volver a casa —le rogué llevándome las manos a la cabeza.

—No te voy a mentir. Son el mejor equipo que tengo y han estado en situaciones peores que esta, pero donde están es una trampa mortal. No dejo de rezar para que terminen de sacar a esos niños cuanto antes. Si un coche

explota, y mis años de experiencia me dicen que lo hará en cualquier momento, no quiero ni pensar lo que podría pasar.

Justo estaba diciendo eso cuando oímos a través de la televisión la explosión de uno de los coches que estaba un poco alejado del autobús, pero no lo suficiente para que no fuera peligroso.

—¡Hostias! —dijimos Luismi y yo a la vez, llevándonos las manos a la cabeza sin poder apartar la mirada de la televisión.

—Roque, dime que estáis terminando, joder. La cosa se va a poner muy fea, tenéis que largaros de ahí cuanto antes. —No supimos qué le contestó Roque, pero su cara se relajó, aunque fuera un poco.

—Zelda, saca al último y sal cagando hostias de ahí —le dijo a su hermana alzando la voz.

Vimos cómo Zelda se asomaba por la ventanilla y le daba a Roque el último niño, pero ella no salió. Se quedó dos segundos parada y volvió a meterse en el autobús.

—¿Dónde cojones va? —le pregunté a Enzo.

—Roque, ¿dónde va mi hermana? —le preguntó, poniéndose nervioso al ver que Zelda se había metido otra vez en el autobús y tardaba en salir.

—Ha oído un sollozo, debe haber un niño atrapado que no había visto. —Nos estaba diciendo esto cuando vimos por la tele la segunda explosión.

—Vamos, vamos, mi amor, sal de ahí ya, joder. Ahora que te he encontrado no puedo perderte —le rogué a media voz.

Si Enzo o Luismi me oyeron, no dijeron nada, pero sí noté cómo Luismi me agarraba del hombro para darme ánimos.

Los tres minutos que pasaron desde que Zelda volvió a entrar en el autobús se nos hicieron como si fueran tres horas. Yo no quería ni mirar la televisión.

—Ahí está, mirad, le está dando a Roque una niña —dijo Luismi de repente.

Vimos cómo Roque cogía rápidamente a la niña con un brazo y con el otro se agarraba al lateral del autobús, bajando a toda prisa y echando a correr. También vimos cómo Zelda salía por la ventanilla con destreza y agilidad. Ni se molestó en descolgarse como había hecho Roque, directamente saltó desde lo alto hasta el suelo.

En cuanto tocó tierra, echó a correr en la misma dirección en la que lo había hecho él con la niña, pero solo le dio tiempo a dar dos o tres zancadas. Una tercera explosión se produjo muy cerca de ella y le alcanzó de lleno. Vimos cómo la onda expansiva la impulsaba varios metros hasta que frenó chocando contra otro de los coches que estaba allí.

Esperamos un segundo, dos, tres, en los que ninguno de los tres respiramos ni parpadeamos, atentos para ver cómo se levantaba, pero eso no llegó a pasar. Zelda seguía en el suelo inconsciente, por eso no se levantaba.

—¡Roque! ¡A mi hermana le ha pillado la onda expansiva y ha chocado con un coche, no se levanta, joder, id a por ella! —Las voces de Enzo llenaron el despacho, pero Luismi y yo éramos incapaces de articular palabra.

Los minutos pasaron, la espera de noticias se hizo un auténtico suplicio. Me acerqué caminando lentamente hacia atrás hasta que me topé con la pared. Me dejé deslizar por ella hasta sentarme en el suelo. Mi corazón bombeaba tan fuerte que pensé que se me saldría por la boca.

Estaba en tal estado de nervios que era incapaz de entender lo que Enzo voceaba por el pinganillo. Luismi, a mi lado, hablaba con alguien por teléfono; seguramente sería Sandra, aunque no estaba seguro.

Después de lo que me parecieron horas, Enzo se agachó a mi lado y, agarrándome por el brazo, me levantó y tiró de mí hacia la salida.

—La han llevado al hospital. Por lo que sé, no parece que tenga nada grave, solo el golpe que hizo que se quedara inconsciente —me dijo para tranquilizarme.

—Llévame con ella, necesito verla —le pedí andando más deprisa.

Capítulo 24



Zelda

Un quejido me salió por la garganta antes de abrir los ojos. Me dolía todo el cuerpo, pero sobre todo tenía molestias en la parte de los ovarios. Fijé la mirada en el techo, aunque no me hizo falta hacerlo para saber dónde estaba; el ruido que sonaba me lo dijo todo: iba en una ambulancia.

Recordaba todo lo que había pasado, menos por qué me encontraba allí, aunque no hacía falta ser muy lista para averiguarlo, porque mi último recuerdo era el ¡pum! de una explosión. Eso quería decir que, después de saltar del autobús y echar a correr, otro coche había explotado y me había alcanzado la onda expansiva.

—Zelda, ¿estás bien? —me preguntó Roque al ver que tenía los ojos abiertos.

—Creo que sí, aunque tengo algunas molestias por el cuerpo —le contesté sonriendo para que no se preocupara. Si él estaba con esa cara de susto, no quería ni pensar cómo estaría mi hermano.

—Joder, qué susto nos has dado. Cuando salgas del hospital te pienso patear el culo —me dijo acariciándome el pelo, demostrándome lo mucho que se preocupaba por mí.

—¿Los demás están bien? —Como habíamos estado los dos solos en el autobús, no sabía cómo estaban el resto de los chicos.

—Todos están bien. Eloy y los demás se han ido al parque en el camión. Pero me juego lo que quieras a que en nada los tenemos a todos en el hospital. Aunque prepárate para cuando lleguemos, porque seguramente Enzo, Luismi y tu chico lleguen antes que nosotros y estarán allí esperándote —me dijo aguantándose la risa, porque sabía, igual que yo, que la bronca de mi hermano sería épica por hacerle pasar un mal rato.

Aunque, en esta ocasión, no había sido nada imprudente; simplemente los astros se habían alineado y las cosas habían salido así.

—¿Marcos y Luismi? ¿Enzo les ha llamado? —le pregunté, porque era raro que mi hermano les hubiera llamado en mitad del operativo y, si lo había hecho al acabar, no les habría dado tiempo a llegar tan rápido.

—Nos vieron en las noticias y se presentaron en el parque para enterarse de la mano de Enzo de todo lo que estaba pasando. Vieron todo en directo porque un dron nos estaba grabando. A tu chico casi le da un infarto cuando te vio volar por los aires —me dijo negando con la cabeza.

Madre mía, Marcos estaría de los nervios si había visto todo en directo. Eso me hizo preocuparme. ¿Y si, al ver el riesgo que conllevaba mi trabajo, no quería seguir conmigo? Una cosa era saber a lo que me enfrentaba a diario y otra muy distinta era verlo.

—Dos minutos y llegamos —me dijo el médico que iba a nuestro lado—. Te llevarán a hacer una exploración completa, aunque por lo que hemos podido ver, no tienes ningún hueso roto.

Le di las gracias asintiendo.

La ambulancia paró y, cuando se abrieron las puertas, Roque salió de un salto y el médico detrás de él. Sacaron la camilla y enseguida me vi rodeada. El primer rostro que vi fue el de Marcos, que estaba pálido como un muerto y con los ojos aguados de lágrimas.

—Eh… ven aquí —le pedí extendiendo la mano.

Se acercó a mí y se agachó para darme un beso en la frente, soltando un suspiro al ver que estaba despierta.

—Estoy bien, te queda Zelda para rato —le dije acariciándole la cara.

—Casi me da algo pensando que te perdía —me dijo con voz compungida.

Alargué la mano y le hice bajar la cabeza para darle un suave beso en los labios y, antes de separarme, le susurré:

—Te amo.

Era la primera vez que se lo decía y, aunque muchos pensaran que no era el mejor sitio ni momento, a mí me pareció perfecto.

—Yo también te amo, no te haces una idea de cuánto —me susurró antes de separarse de mí para que mi hermano pudiera acercarse.

—No vuelvas a hacerme una cosa así nunca más. Casi me da un puto infarto creyendo que te perdía, joder —me dijo Enzo con los ojos llenos de lágrimas, dándome un abrazo.

—Yo también te quiero —le contesté, porque con sus palabras era lo que él me había dicho a mí a su manera.

—Chicos, tenemos que meterla dentro para que la revisen. Esperad en la sala de espera. Allí saldrán a llamaros para deciros lo que sea —les dijo uno de los enfermeros que habían salido a por mí.

—Tranquilos, estoy bien —les dije a todos antes de cruzar las puertas, en las que ellos tenían que quedarse al otro lado.

Enseguida me metieron en un box y empezaron a quitarme la ropa mientras uno de los médicos comenzaba a palparme el cuerpo y me iba preguntando dónde me dolía. La verdad es que no tenía grandes dolores; lo que sentía eran dolores musculares, seguramente del golpe al caer.

Cuando me quitaron la ropa interior, el médico y la enfermera que estaban allí se miraron y vi que se dijeron algo con la mirada. La forma en que lo hicieron no me gustó nada, porque vi preocupación en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —les pregunté.

—Tienes un pequeño sangrado, tu ropa interior está manchada. ¿Estás con el periodo? —me preguntó ella.

—No, este mes se me ha retrasado, pero no es la primera vez que me pasa —le contesté.

—¿Cabe la posibilidad de que estés embarazada? —me preguntó el médico.

—Tengo puesta una inyección anticonceptiva de esas que son cada tres meses —le respondí.

—¿Cuándo te toca ponerte la siguiente?

Me quedé pensando cuándo me tocaba ponerme la siguiente y, al darme cuenta de cuándo debería haber sido, todo el color de la cara se me fue, quedándome más pálida de lo que estaba Marcos cuando bajé de la ambulancia. El día de la explosión del centro comercial tenía cita para ponerme la que me tocaba y, con todo el lío que pasó, se me había ido el santo al cielo y no me había acordado de ponérmela.

—Creo que tu cara nos ha contestado por ti. Vamos a hacer una ecografía —dijo el médico, y su compañera empezó a prepararlo todo.

El gel que me echaron en la barriga estaba muy frío, pero ni sensación me dio. Estaba en tal estado de nervios que ni eso me afectaba. Con lentitud empezó a pasar el ecógrafo por toda mi barriga hasta que, de repente, se paró. Tocó uno de los botones de la máquina y la habitación, que estaba en silencio, se llenó de pum, pum, pum.

Mi corazón se saltó dos latidos al comprender qué era ese sonido: el ritmo del corazón del bebé que crecía dentro de mí.

—Estás embarazada —me dijo el médico.

Mira qué listo, dije para mí. A esa conclusión ya había llegado yo sola. Madre mía, un bebé… un bebé mío y de Marcos. Hasta me estaba mareando solo de pensarlo. A ver cómo coño le decía yo ahora que estaba embarazada, joder, que solo llevábamos dos meses juntos.

—¿Está todo bien? —le pregunté preocupada, porque una cosa era el susto que me acababa de llevar y otra que no lo quisiera, porque en tres segundos ya supe que lo amaba con todo mi corazón y que, sola o acompañada, iba a tener ese hijo.

—Está todo perfecto. El sangrado ha sido algo normal por la situación de estrés que has vivido, pero por lo que puedo ver ya ha parado, así que no hay que preocuparse de nada. Todo está perfecto. No obstante, si notas cualquier cosa o vuelves a manchar, nos lo dices.

»Te puedo decir que estás de siete semanas y las medidas son acordes para el tiempo que estás. Cuando salgas de aquí pide cita con tu ginecólogo para que él te lleve todo desde su consulta. En el resto de la exploración tampoco hemos encontrado nada raro, solo los golpes por el impacto. Aun así, como perdiste el conocimiento, esta noche te quedarás ingresada por precaución.

Al decirme eso pude respirar tranquila. Todo iba bien y eso era lo que más me importaba.

—Gracias por todo —les dije a los dos.

—De nada. Por cierto, buen trabajo en ese autobús. Gracias a ti se han salvado muchos niños hoy —asentí sonriendo y ellos hicieron lo mismo.

—Quería pediros algo. Afuera estará toda mi gente esperando noticias de mi estado. No les digáis nada de mi embarazo, eso quiero hacerlo yo en otro momento.

Si salían y les decían que estaba embarazada, con lo que había pasado, a más de uno le iba a dar un chungo, así que mejor guardar este secreto un poco más.

—Claro, quédate tranquila. No diremos nada del bebé, solo les informaremos del resto y de que te quedas esta noche.

—Gracias de nuevo —les dije antes de que se marcharan.

Salieron por la puerta y, cuando me quedé sola, lo primero que hice fue llevarme las manos a la barriga y acariciarla. Un bebé, Dios mío… Mis ojos se

llenaron de lágrimas de la emoción.

Pensé en qué diría Marcos. Eso me daba un miedo horrible. ¿Y si no quería tener otro hijo? Me había dejado claro que quería un futuro conmigo y, aunque lo de ir despacio ya lo habíamos dejado atrás, esto no era ir deprisa, era ir a toda mecha.

A la que estaba segura de que le iba a hacer una ilusión enorme era a Iris, y a mi madre ya no digamos, ya la veía volviéndose loca comprando de todo. Incluso a mi hermano estaba segura de que, después del susto inicial, le iba a encantar ser tío. También pensé en Sandra, con la que había hablado muchas veces de tener hijos. Ella siempre había dicho que era algo que no se quedaría sin hacer en esta vida, que si llegado el momento no encontraba al hombre adecuado, sería madre soltera, pero que sin hijos no se quedaría. Sería una tía estupenda para mi bebé, al que ya sabía que iba a querer muchísimo.

Vinieron a buscarme un rato después y me llevaron a una habitación donde me dejaron un pijama limpio y me dijeron que, con cuidado y con ayuda, me podía dar una ducha. Me informaron de que la hora de la comida ya había pasado, pero que dentro de un rato me traerían algo para merendar.

Cuando los sanitarios salieron de la habitación, ni dos segundos después aquello se llenó de gente. Me hizo gracia la situación porque parecía el camarote de los hermanos Marx. Estaban mis compañeros, mi madre, Sandra, Luismi, Iris, mi hermano y Marcos. Vamos, todos a los que consideraba mi familia.

Un rato después, poco a poco y cuando me vieron que estaba bien, se empezaron a ir. Los primeros en marcharse fueron mis compañeros, incluidos Roque y Eloy. Después de ellos se marcharon Luismi y Sandra, quedando esta en llamarme más tarde para saber cómo seguía.

Estuvieron hablando entre todos quién se quedaría conmigo por la noche y Marcos no les dejó opción, quería quedarse él. Mi madre y Enzo lo entendieron. Iris se iría a dormir con mi madre para no quedarse sola y las dos estaban encantadas por ello.

Una vez hechos los planes, les pedí que por favor, bajaran a la cafetería a comer algo, ya que ninguno lo había hecho. Además, les dije que mientras lo

hacían yo me daría una ducha, que la necesitaba con urgencia para quitarme el olor a chamusquina y sudor del cuerpo.

Enzo, Iris y mi madre bajaron a comer y Marcos se quedó conmigo hasta que ellos subieran y entonces sería él el que bajaría a comer algo.

Capítulo 25



Marcos

Enzo, Luismi y yo llegamos al hospital antes de que llegara la ambulancia que traía a Zelda. Si yo estaba de los nervios, Enzo no se quedaba atrás. Paseaba por la puerta de urgencias desgastando el suelo y sin dejar de resoplar ni pasarse las manos por el pelo.

Lo peor fue cuando tuvo que llamar a Emma para contarle lo que había pasado, sin entrar en detalles para no asustarla. Menos mal que ni ella ni mi hija habían visto la televisión y estaban ajenas a las horribles imágenes que los demás habíamos visto. Le dijo a Enzo que ella e Iris, que ya había llegado a su casa para comer, cogerían un taxi para venir al hospital, y allí estábamos esperándolas a todas.

Sandra también le había dicho a Luismi que venía de camino, así que en poco rato estaríamos todos esperando a que Zelda llegara y rezando para que lo hiciera en el mejor estado posible.

Quince minutos después de que llegáramos, una ambulancia entró a toda velocidad, parándose en la puerta de urgencias. Los tres nos quedamos quietos mirando a la puerta para ver quién se bajaba. Cuando vimos a Roque bajar de un salto, seguido de un médico, corrimos hasta allí a toda velocidad.

Enseguida bajaron la camilla en la que traían a Zelda y, cuando la vi despierta y me sonrió, ese nudo que tenía en la garganta pareció que se deshacía un poco.

—Eh… ven aquí —me pidió Zelda extendiendo la mano.

Me acerqué a ella y me agaché para darle un beso en la frente, soltando un suspiro.

—Estoy bien, te queda Zelda para rato —me dijo acariciándome la cara.

—Casi me da algo pensando que te perdía —le dije con voz compungida.

Alargué la mano y me hizo bajar la cabeza para darme un suave beso en los labios y, antes de separarse, me susurró:

—Te amo.

Era la primera vez que me lo decía y no creí que hubiera mejor momento para hacerlo.

—Yo también te amo, no te haces una idea de cuánto —le susurré antes de separarme de ella para que su hermano pudiera acercarse.

Terminó de hablar un par de frases con Enzo y enseguida se la llevaron para dentro para revisarla. A nosotros nos dijeron que esperáramos en la sala de espera.

Enseguida empezaron a llegar los demás: mi suegra —sí, yo la llamaba así porque así lo sentía—, mi hija, que en cuanto me vio se echó a llorar en mis brazos por lo preocupada que estaba por Zelda, pero entre Enzo y yo la tranquilizamos diciéndole que ya la habíamos visto y hablado con ella y que no parecía tener nada grave.

Sandra y sus compañeros llegaron minutos después y permanecimos en la sala de espera más de una hora, hasta que salieron a buscarnos para darnos el parte de sus lesiones. Gracias a Dios solo tenía varias contusiones por el cuerpo a causa del golpe. El médico nos dijo que, por precaución, pasaría allí el resto del día y la noche.

Tenía claro que no pensaba separarme de ella hasta que no saliera por la puerta conmigo de la mano y así se lo hice saber al resto cuando, minutos

después, subimos a la habitación que le habían asignado. Yo me quedaría a dormir con ella y mi hija se iría con Emma a su casa.

Sus compañeros, junto con Sandra y Luismi, se marcharon a sus casas y el resto bajó a comer algo a la cafetería por petición de Zelda.

—¿Me ayudas a llegar a la ducha? —me preguntó cuando nos quedamos solos—, aunque ya te aviso que no podrá ser como la que compartimos cuando tú estuviste ingresado, hoy no estoy para muchos trotes —añadió riéndose.

Sin que se lo esperase, la cogí en brazos, envuelta en la sábana con la que estaba tapada, y la llevé hasta la ducha. La bajé con cuidado, como si fuera de cristal, y encendí el agua. Esperé unos segundos a que se templara y, agarrándola de la mano, la ayudé a entrar despacio.

Me importó bien poco mojarme la ropa. Cogí el jabón y empecé a lavarle el cuerpo con movimientos lentos y suaves. Había zonas manchadas de barro, sobre todo el pelo, enredado y apagado por todo lo que había pasado. Se lo lavé muy despacio, con mimo, como si cada caricia fuera una promesa silenciosa de que ya estaba a salvo.

No hubo nada erótico ni sexual en aquel momento. Solo cariño, ternura y la necesidad profunda de cuidarla como se merecía. Cuando mis manos pasaron por las zonas de su cuerpo marcadas por los golpes, donde los hematomas ya empezaban a oscurecerse, tuve que apretar los dientes y tragarme las palabras. El dolor que sentía por dentro al pensar que aquello podría haber terminado mucho peor me oprimía el pecho.

Al final, por la insistencia de Zelda, bajé a la cafetería a comer algo y, a mitad de la tarde, me acerqué a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Me puse ropa deportiva, lo más cómodo para pasar la noche en el hospital, aunque sabía que no iba a descansar demasiado.

La noche pasó sin incidentes. Zelda durmió bien y yo me quedé despierto, pendiente de ella, sin pegar ojo. Necesitaba verla respirar con calma, comprobar una y otra vez que seguía allí, tranquila, para poder estarlo yo.

Por recomendación médica estaría varios días de baja sin trabajar. Me costó convencerla, pero al final conseguí que se viniera a casa con Iris y conmigo. Le ofrecí a Emma que se quedara también, pero prefirió quedarse en la suya y venir a ratos a la nuestra.

—Marcos, no quiero invadir vuestro espacio. Solo me quedaré unos días y después volveré a mi casa —me dijo mientras colocábamos la ropa que habíamos recogido de su casa en mi vestidor.

Lo que ella no sabía era que yo no solo quería que se quedara unos días, sino que deseaba que se quedara con nosotros para siempre. Pero no quería presionarla, así que, de momento, no le dije nada. Ya la iría convenciendo poco a poco. Además, tenía una aliada imbatible: mi hija quería exactamente lo mismo y estaba seguro de que me echaría una mano para conseguirlo.

—Lo único que has invadido es mi corazón y me encanta que sea así —le dije antes de besarla suavemente en los labios.

Ella no tardó ni un segundo en corresponderme, intensificando el beso, y aunque me moría de ganas de hacerle el amor, tuve que obligarme a frenar. No la tocaría hasta verla recuperada del todo. Aunque no se quejaba, conocía demasiado bien esas pequeñas muecas de dolor que se le escapaban al hacer ciertos movimientos.

—No me tientes, que no estás para muchos trotes —le advertí con una sonrisa—. Eso sí, cuando estés recuperada, no vas a salir de mi cama en por lo menos dos días enteros.

—Tú también te has metido en el mío y no vas a salir de ahí nunca —me contestó abrazándome—. Anda, vamos a poner la comida, que Iris estará a punto de llegar. Solo por eso te libras, porque los moratones que tengo y algún dolorcillo no me impiden hacer ciertas cosas —añadió relamiéndose los labios y mirándome con descaro.

Salí corriendo del dormitorio para no caer en la tentación, y ella fue detrás de mí riéndose, la muy bruja.

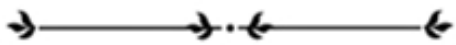
Los días siguientes fueron especiales. Teletrabajé desde casa toda la semana porque no quería separarme de Zelda ni un solo momento. Como le

habían mandado descanso, pero no reposo, no nos quedamos encerrados: salimos a pasear con calma y nos acercamos al parque un par de veces para que viera a sus compañeros.

Las tardes las dedicamos a estar con mi hija. Emma vino a verla los dos primeros días, pero después fuimos nosotros los que nos acercamos a su casa. Luismi y Sandra, al ser nuestros vecinos, también pasaron por allí más de una vez, llenando la casa de charlas, risas y esa normalidad que tanto necesitábamos.

Pero lo mejor, sin duda, fue dormir abrazado a ella cada noche, sentir su respiración tranquila contra mi pecho y saber que, al menos por ahora, todo estaba exactamente donde tenía que estar.

Capítulo 26



Zelda

Marcos me convenció para que, al salir del hospital, me fuera a su casa con él y con Iris. Al principio me costó ceder, no quería meterme de lleno así en sus vidas, pero al final acabó convenciéndome. Y bendita la hora en la que acepté, porque habían sido dos semanas estupendas las que llevaba allí con ellos. Estuvo pendiente de mí en todo momento, me cuidó con tanto mimo que hizo que me enamorara más de él, si eso era posible.

Ese día me tocaba revisión en el hospital. A Marcos le había dicho que era por el golpe que recibí, pero era una pequeña mentirijilla. La verdad es que tenía cita con el ginecólogo. Quería comprobar que todo estaba bien antes de decirle por fin que iba a ser padre.

Había elegido ese día porque sabía que él no podría acompañarme. Tenía una reunión con unos proveedores de diamantes que no podía cancelar. No se quedó muy convencido porque quería acompañarme, pero logré convencerle de que era algo rutinario y que solo era simple protocolo. Además, Sandra me iba a acompañar y, al saber que no iba sola, eso acabó por tranquilizarlo del todo.

Y allí estábamos las dos, en la puerta del hospital, para subir a la consulta de mi ginecóloga. Sandra tampoco sabía a dónde veníamos y había esperado hasta ese momento.

—Sandra, no tengo cita para la revisión del accidente —le dije sonriendo mientras subíamos en el ascensor hasta la planta de ginecología.

—¿Entonces qué hacemos aquí? —me preguntó frunciendo el ceño.

—Vas a flipar cuando lo veas. Es algo de lo que me enteré el día del accidente y que no sabe nadie todavía. Tienes que guardarme el secreto —le dije agarrándole la mano y bajando en la planta a la que íbamos.

—¿Ginecología? ¿No me digas que…? —me preguntó emocionada al darse cuenta de lo que mis palabras querían decir.

—Te lo digo y además lo vas a ver —le contesté.

No me dejó decir nada más. Se tiró a mis brazos para abrazarme muy emocionada.

—¡Qué ilusión! Verás cuando lo sepa tu madre e Iris, esa se va a poner a chillar como una loca.

—Esperemos que al padre le haga la misma ilusión —le respondí preocupada.

—Si no es así sería un idiota, y sinceramente no creo que lo sea. Te quiere, Zelda, solo hay que ver cómo te mira —me dijo animándome.

—¿Zelda Arias? —preguntó una enfermera que entró en la sala de espera en la que estábamos y que no nos había dado tiempo ni a sentarnos.

—Soy yo —le contesté.

—Acompáñenme, por favor —nos dijo antes de empezar a andar por el pasillo y llegar a la puerta correspondiente.

Mi ginecóloga, con la que llevaba tratándome varios años, me hizo todo tipo de preguntas antes de mandarme quitar la ropa de cintura para abajo. Quería hacerme una ecografía vaginal porque me explicó que, al estar de tan poco como me habían dicho en urgencias, se vería todo mejor y podría

detectar si había algo que no iba bien a consecuencia del golpe que recibí en la explosión.

Cuando la habitación se llenó del sonido de los latidos del corazón del bebé, Sandra me agarró la mano y, al mirarnos las dos, acabamos llorando de emoción.

—Todo va perfecto, Zelda. No hay nada fuera de lugar, es un bebé perfecto en medidas y peso. Estás entrando en la semana doce. Aunque es muy pronto y esto se suele decir más tarde, te puedo decir el sexo si quieres saberlo, se ve perfectamente —me dijo la ginecóloga mientras sacaba el ecógrafo de mi interior.

—Sí, quiero saberlo —le dije ansiosa, y tanto ella como Sandra se echaron a reír.

—Es un niño —me dijo totalmente segura—. Te voy a recetar ácido fólico y unas vitaminas complementarias. Y toma, aquí tienes una copia de las ecografías que te he hecho. Tienes suerte, se le ve perfectamente, otros bebés son más tímidos y no se dejan ver así de frente tan bien como el tuyo.

»También llevas ahí la cita para la siguiente revisión dentro de un mes. No tengo que decirte que, con el trabajo que haces, te tienes que tomar las cosas con calma, porque supongo que ya lo sabes —añadió dándome todo lo que acababa de decirme.

Salimos de la consulta y bajamos a la cafetería a tomar un café para Sandra y un descafeinado para mí, que acompañamos de dos trozos de tarta de arándanos que tenían una pinta deliciosa.

—Cuando Enzo lo sepa, no vas a acercarte a un fuego ni aunque sea de una chimenea, y la única manguera que vas a ver de cerca será la de tu chico —me dijo Sandra riéndose a carcajadas.

—Joder, lo sé —le contesté poniendo los ojos en blanco.

Una cosa era saber que me tenía que cuidar por mi hijo y que apenas podría hacer nada en mi trabajo, y otra muy distinta era aceptarlo. Tantos meses sin actividad y viendo a los demás en acción mientras yo seguramente

me tendría que quedar en el parque ayudando en tareas administrativas se me iban a hacer más largos que un día sin pan.

—¿Cuándo vas a decírselo a Iris y a Marcos? —me preguntó, sabiendo que me hacía la misma ilusión que miedo decírselo.

—Esta noche, mientras cenemos, se lo diré —le contesté, aunque no muy segura.

Ya estaba de casi tres meses y en pocos días se me empezaría a notar, aunque en algunas partes de mi cuerpo ya era evidente. Mis pechos estaban un poco más grandes. Seguramente Marcos no me había dicho nada, no porque no se hubiera dado cuenta cuando nos acostábamos —que eso volvió a pasar una semana después del accidente—, sino porque pensaría que habría engordado por la falta de actividad.

—¿Vas a su casa ahora? Yo voy para allí. Luismi me ha mandado un mensaje cuando estabas en el baño y me ha dicho que ya habían salido de la reunión y que se iban a casa. —Fruncí el ceño por sus palabras.

Me extrañó que, si ya habían salido de la reunión y se habían ido a casa, Luismi hubiera avisado a Sandra y Marcos, ni me hubiera llamado ni mandado un mensaje, aunque fuera para saber qué me había dicho el médico. Me preocupé. ¿Le habría pasado algo o simplemente se habría liado con algo al llegar a casa y se le habría olvidado?

Llegamos al edificio donde vivían y, en el rellano de la tercera planta, que era donde Luismi tenía su casa, Sandra y yo nos despedimos. Me hizo prometer que, cuando les dijera a Iris y Marcos lo de mi embarazo, le mandara después un mensaje para contarle cómo habían sido sus reacciones.

Ella entró en su casa y yo volví a cerrar las puertas del ascensor para subir dos plantas más hasta la casa de Marcos. Hacía días que me había dado un juego de llaves para que pudiera entrar y salir cuando quisiera sin necesidad de estar llamando al timbre.

Entré sin hacer ruido. Si estaba liado con algo de trabajo o al teléfono, no quería molestarle.

Llegué al salón y, cuando vi la escena que tenía delante, por poco no me caigo de la impresión. Pues sí que estaba liado con algo, sí, pero no con lo que yo había pensado.

Estaba apoyado en el respaldo del sofá, de espaldas a mí, por eso no podía verme, aunque tampoco creía que lo hubiera hecho de todas formas. Una mujer, a la que reconocí de inmediato porque la había visto en un montón de vídeos en las redes que me había enseñado Iris, le estaba abrazando por el cuello y se estaban besando mientras él tenía las manos en sus caderas.

Cuando se separaron, ella me vio allí petrificada, pero no dijo nada. Simplemente me dedicó una sonrisa de suficiencia que venía a decirme: aquí sobras, guapa, él es mío.

Sin saber qué otra cosa hacer y con el corazón roto en mil pedazos, me di la vuelta y salí por la puerta de la misma manera que había entrado.

Cuando estaba en el rellano, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi respiración empezó a acelerarse. Sentí miedo de que me diera una crisis de ansiedad y encontrarme sola. Si llegaba a desmayarme, mi hijo correría peligro si me golpeaba de nuevo, así que bajé los dos tramos de escaleras hasta la casa de Luismi, agarrándome a la pared.

Llamé al timbre y el propio Luismi abrió la puerta. Al verme en ese estado y cómo me tambaleaba, me cogió en volandas y me metió dentro mientras llamaba a Sandra a voces para que viniera.

Me dejó tumbada en el sofá justo en el momento en que mi amiga entraba por la puerta del salón.

—Dios mío, Zelda, ¿qué pasa? —me preguntó muy preocupada sentándose a mi lado.

—¿Es Marcos? ¿Dónde está? ¿Le ha pasado algo? —Luismi soltó todas esas preguntas del tirón, muy nervioso, y yo fui incapaz de contestarle. Solo negué con la cabeza.

—Déjala que se calme. Cuando respire mejor, nos lo contará. ¿Puedes traerle un vaso de agua, cariño? —le dijo Sandra a su novio.

Luismi salió con rapidez en dirección a la cocina y dos minutos después estaba sentado a mi otro lado ofreciéndome el agua.

Pasados unos minutos, mi respiración volvió a su ritmo normal, aunque el dolor que sentía en el pecho no se fue. No era un dolor físico, sino el de un corazón destrozado que había visto ante sus ojos cómo se cumplía uno de sus mayores miedos.

Marcos no había conseguido olvidar a Leonor y solo le hizo falta que ella apareciera en escena para destrozarme de la peor manera.

—¿Estás mejor? —me preguntó Sandra acariciándome la espalda.

—Sí, gracias a los dos —le dije limpiándome las lágrimas que tenía en las mejillas con las manos.

—¿Se lo has dicho y ha reaccionado mal? —preguntó Sandra.

Lo más lógico era que pensara que mi estado era porque le había dicho a Marcos lo del embarazo. Ni ella ni nadie podía imaginar lo que yo acababa de presenciar en el salón de su casa.

—¿El qué tenía que decirle? ¿Y a quién? Estoy totalmente perdido, no sé de qué habláis —dijo Luismi.

Sandra me miró y yo, asintiendo, le di permiso para que fuera ella la que contestara.

—Zelda está embarazada de casi tres meses. Hoy hemos estado en el ginecólogo y pensaba decírselo a Marcos e Iris esta noche, pero no sé si es que ya se lo ha dicho y tu amigo no se lo ha tomado bien o qué es lo que está pasando —le soltó de carrerilla.

Luismi la miró con los ojos como platos por la sorpresa.

No pudo decir nada, ni yo tampoco, porque el sonido del timbre nos interrumpió. Luismi salió corriendo, pensando que sería Marcos, y yo deseé con todas mis fuerzas que no fuera así, porque en esos momentos no tenía ni ganas ni fuerzas para enfrentarme a él.

Alguien de ahí arriba debió echarme una mano, porque no fue él la persona que apareció detrás de Luismi. Era Iris, y venía con tal enfado encima que los tres la miramos preocupados.

—Mi madre ha vuelto —soltó sentándose de golpe en el sofá frente al que yo estaba.

Cuando me miró a la cara, supo enseguida que lo que acababa de decir yo ya lo sabía.

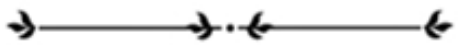
—Lo sabes —me dijo afirmando.

Yo asentí.

—Los he visto besándose en el salón. —Solo con recordarlo mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

Los tres me miraron horrorizados. Luismi soltó una maldición, Sandra un jadeo e Iris se echó a llorar al comprender lo que pasaría a continuación. Marcos y yo ya no estaríamos juntos y, si su madre volvía, yo tendría que salir de sus vidas para siempre.

Capítulo 27



Marcos

Esa mañana me marché a la reunión que tenía con los proveedores de diamantes, a la que Luismi también vendría conmigo. Maldije la maldita casualidad de que la reunión coincidiera con la revisión médica de Zelda. Quería haber ido con ella, pero me fue imposible cambiar la fecha de la reunión; los dos hombres que venían tenían que salir de viaje y no podían otro día.

Cuando me dijo que Sandra la acompañaría, me quedé más tranquilo, porque no quería que tuviera que ir sin nadie a su lado. Sabía que, de no haber sido su amiga, Emma habría ido con ella; jamás habría permitido que afrontara aquello sin compañía. Aun así, me sentí mal, porque quien tenía que estar allí era yo.

La reunión fue estupendamente y llegamos a un acuerdo muy beneficioso en el precio de los diamantes. Todos salimos muy contentos de la reunión, que se había alargado casi toda la mañana.

Estaba deseando llegar a casa y ver a Zelda. Como no sabía si aún estaría dentro de la consulta porque no me había llamado, decidí esperar a llegar a casa para darle más tiempo antes de llamarla.

Tenía pensado pedir comida tailandesa para comer los tres. A mí me gustaba bastante, pero a mi hija y a Zelda les chiflaba. Siempre que decíamos de pedir comida fuera, las dos elegían el mismo sitio.

Luismi también se vino conmigo hasta el edificio. Me había dicho que Sandra llegaría a comer, algo poco habitual en ella porque, por su trabajo, solía hacerlo fuera, donde le pillara. Pero aquel día, al haber cogido horas libres para acompañar a Zelda al médico, sí iría a casa a la hora de comer.

Nos despedimos en el ascensor. Él bajó en su planta y yo subí a la mía.

Nada más entrar me metí en la ducha. El calor empezaba a apretar con la llegada del verano y, después de toda la mañana enfundado en un traje, llevaba encima una sudada considerable.

Cuando terminé, me puse ropa cómoda, cogí el móvil y me senté en la cama. Ya me extrañaba, por la hora que era, que Zelda no me hubiera llamado y la preocupación empezó a asomar. Decidí que la llamaría yo; si no me lo cogía, significaría que todavía estaría en la consulta.

Justo cuando fui a marcar, sonó el timbre de la puerta y una sonrisa se me dibujó en los labios. Seguro que era ella, que se habría dejado las llaves.

Fui rápido a abrir. Tenía muchas ganas de verla y de comprobar que todo estaba bien. Pero en cuanto abrí la puerta, la sonrisa se borró de mi cara. La persona que tenía delante era la última que esperaba encontrar allí.

Desde que me había llamado cuando estuve ingresado en el hospital, lo cierto es que había vuelto a hacerlo muchas veces más, algo que no sabía nadie. En ese último mes me había llamado más que en los dos años anteriores juntos. Apenas preguntaba por Iris, y eso me jodía profundamente. Coño, era su hija. ¿Cómo podía ser tan fría y no interesarse por ella cuando era la niña más maravillosa del mundo?

Aquello dejaba claro la clase de persona que era: alguien que solo pensaba en sí misma. En esas llamadas siempre se interesaba por mí, por cómo me iba en el trabajo, si salía mucho, si estaba viendo a alguien o si tenía pareja. Yo siempre respondía con evasivas y jamás le había hablado de Zelda. No entendía ese empeño repentino por conocer mi vida sentimental, algo que, en realidad, no debería haberle importado lo más mínimo.

Yo a ella nunca le pregunté nada parecido; antes, porque me dolía siquiera imaginar que hubiera otro hombre en su vida, y ahora porque me daba

exactamente igual. Por eso no tenía ninguna obligación de darle explicaciones sobre la mía. No debería haberle interesado lo más mínimo, pero, al parecer, sí lo hacía. Y mucho. Porque no dejaba de insistir cada vez que me llamaba, volviendo una y otra vez a las mismas preguntas.

—¿Dos años sin verme y este es el recibimiento que me das? —dijo riéndose y, a continuación, se tiró a mis brazos para abrazarme.

En otro momento aquello habría sido para mí un sueño, pero ya no. Tenía muy claro a quién quería en mi vida y a quién amaba con todo mi corazón, y no era precisamente la mujer que en esos momentos me estaba abrazando. Aquel abrazo, por mi parte, fue frío, vacío, carente de cualquier emoción. No sentí nostalgia, ni cariño y mucho menos deseo. Nada. Un cero absoluto.

Leonor debió notar mi frialdad porque, al separarse, me miró frunciendo el ceño, como si no esperara esa reacción por mi parte. ¿Y qué pretendía? ¿Que le sacara la alfombra roja —esa a la que Iris había hecho referencia alguna vez — creyendo que yo seguía, o eso pensaba ella, enamorado de ella?

—¿Qué haces aquí, Leonor? —le pregunté sin quitar el gesto serio de mi cara.

—¿Qué voy a hacer? Venir a verte, ya te dije que lo haría —me contestó acariciándome la cara.

Me aparté de inmediato de su gesto, porque no quería que me tocara de esa manera ni de ninguna otra, dicho sea de paso.

No quería que algún vecino nos viera allí plantados en el rellano, así que, con un gesto seco de la cabeza, la invité a pasar. Antes de entrar, agarró la maleta que traía —que hasta ese momento no había reparado en ella— y tiró de la misma siguiéndome al interior.

Si aquella maleta significaba que tenía intención de quedarse en mi casa, ya me encargaría de quitarle esa idea de la cabeza en cuanto lo insinuara. Ni de coña iba a permitir que se quedara allí con nosotros. Y no solo por lo incómodas que podrían sentirse Zelda o mi hija, sino porque yo era el primero que no la quería bajo mi techo.

Llegamos al salón y dejó la maleta a un lado del sofá. Yo me apoyé en el respaldo, cruzándome de brazos, esperando a que dijera de una vez qué era lo que había venido a buscar. Después de tantos años conociéndola, sabía de sobra que Leonor no daba puntada sin hilo, así que algo se traía entre manos.

Estaba ansioso por descubrir qué era. Para pararle los pies, ayudarla si se trataba de algo grave —porque, por respeto, al fin y al cabo seguía siendo la madre de mi hija, aunque pensándolo bien ese título le quedaba demasiado grande— o mandarla a la mierda si lo que pretendía no me gustaba ni un pelo.

Y si, como siempre había dicho Luismi, todo se reducía a que era una interesada y había vuelto por mi dinero, se marcharía con viento fresco en menos de lo que canta un gallo.

—Qué casa más bonita tenéis, esta es mucho más grande que la nuestra —dijo.

¿Nuestra? ¿Qué coño de nuestra? Si de ella nunca fue nada. No había trabajado ni un solo día en todos los años que estuvimos juntos, y no sería porque no insistí en que me ayudara en el negocio. Pero ella prefería quedarse en casa, ir al gimnasio o gastarse el dinero de compras.

La casa a la que se refería era en la que habíamos vivido hasta que decidió marcharse. No estaba lejos de allí, apenas a dos calles, pero dentro guardaba demasiados recuerdos. Recuerdos que me hundían un poco más cada día. Tanto, que a los cuatro meses de su marcha, entre mi hija y Luismi no dejaron de buscarme un sitio nuevo donde vivir, convencidos de que necesitaba un cambio para poder superar la ruptura.

Cuando surgió la oportunidad de vender dos pisos en aquel edificio y la posibilidad de que Luismi y nosotros fuéramos vecinos, se aliaron sin descanso hasta que lograron convencerme. Y ahora no podía estar más agradecido por aquel empujón, porque el cambio había sido un acierto absoluto.

—Sí, está bien, estamos contentos con el cambio —le contesté encogiéndome de hombros con indiferencia.

—Vamos, Marcos, ¿por qué estás tan serio? ¿Es que no te alegras de verme? —me dijo con voz melosa acercándose mucho a mí.

Tuve que descruzar los brazos y agarrarla por la cintura para pararla y evitar que se pegara más a mí.

—Voy a darte un recordatorio para que veas por qué nunca has podido dejar de quererme —me dijo.

Sin darme opción a réplica y con un movimiento rápido, se lanzó a mis labios para besarme. Me quedé tan sorprendido que fui incapaz de moverme ni de devolverle el beso, por supuesto.

—¿Qué coño haces? —le pregunté separándola de mí de un empujón cuando fui capaz de reaccionar.

Cuando me fijé en su cara, vi una sonrisa de triunfo en sus labios que no supe interpretar. Era como si creyera haber logrado una hazaña, como si acabara de ganar una batalla. Pero estaba muy equivocada. Más de lo que podía imaginar, porque por nada del mundo volvería con ella.

—¿No es obvio? He vuelto con mi marido. Sé que me amas con locura y que estás deseando que vuelva contigo. No podrás ser feliz si no me tienes a tu lado. Por eso no volveré a marcharme, me necesitas.

Tócate los cojones, pensé para mis adentros. No se podía ser más egocéntrica.

—Uno: no soy tu marido. Dos: no te amo, y tengo serias dudas de si alguna vez lo hice de verdad. Y tres: ya te puedes ir por donde has venido, porque ni te quiero ni te necesito en mi vida. Ya tengo a mi lado a una mujer maravillosa que me hace feliz y a la que sí amo con locura —le respondí sin apartar la mirada.

El enfado y el orgullo herido se reflejaron de inmediato en sus ojos.

—¿Papá, qué significa esto? —preguntó Iris.

No la habíamos oído entrar.

Fui a contestarle, pero Leonor se me adelantó.

—Hola, nenita, he vuelto a casa —dijo señalando la maleta, como si aquel gesto pudiera darles veracidad a sus palabras.

Mi hija la miró como si le hubieran salido cuernos en la cabeza. Después me miró a mí, con incredulidad primero y enfado después.

—Ni de coña. Si ella se queda, yo me marcho —dijo antes de echar a correr hacia la puerta.

No tuve tiempo de reaccionar ni de salir detrás de ella. El portazo resonó en toda la casa, dejando claro que, pasara lo que pasara a continuación, nada volvería a ser igual.

Capítulo 28



Marcos

—Déjala, tiene que hacerse a la idea. Los adolescentes son así de intolerantes. Te dije mil veces que la mimabas demasiado y aquí está el resultado. Nos ha salido una caprichosa.

La sangre me hirvió en las venas al oír a Leonor hablar así de Iris. Yo podía aguantar muchas cosas, pero que tocaran a mi hija de la forma que fuera, eso sí que no se lo consentía a nadie, ni tan siquiera a la mujer que le dio la vida, porque madre no se la podía llamar.

—¿De qué mierda estás hablando? Creo que la has confundido contigo. Iris es la niña más tolerante y menos caprichosa del mundo y tiene unos valores que cuántas personas los quisieran para ellos. En cambio, tú sí que eres todas esas cosas y muchas más. No te voy a consentir que hables de esa manera de mi hija, ¿te enteras? —le dije muy enfadado.

Pero, en vez de recular, tuvo la osadía de replicarme.

—Nuestra hija querrás decir, ¿o te olvidas de que yo la parí? ¿Valores? ¿Qué valores? Los que le está enseñando una bombera de tres al cuarto, que estoy segura de que solo se ha arrimado a ti por tu dinero.

Mi nivel de enfado se multiplicó al oírla seguir despreciando a nuestra hija y, para colmo, hacerlo también hablando mal de Zelda. Por otra parte, ¿cómo

sabía ella de su existencia, de su trabajo y de la relación que tenía con Iris? Me pregunté muy mosqueado.

—Pues será lo único que hiciste, parirla, digo, porque su madre no has sido nunca. Eres un ser egoísta que siempre has pensado primero en ti y después en ti también. Nosotros éramos la comparsa que te acompañaba y a los que les dabas las migajas que te sobraban.

»Y a Zelda ni la nombres en mi presencia. A ella no le interesa mi dinero, algo que no puedo decir de ti, porque por fin he abierto los ojos y he visto que siempre ha sido lo único que querías de mí.

Le vi abrir la boca para volver a la carga y seguir soltando veneno, pero me adelanté y no la dejé hablar.

—Vamos, Leonor, dime la verdad de por qué estás aquí y no me sueltes el rollo de que es porque me echabas de menos o metas a Iris. ¿Qué pasa, que la vida de *influencer* no te va tan bien como pensabas y necesitas que vuelva a mantenerte para seguir con tu vida de lujos y sin dar un palo al agua? ¿Es eso?

Le pregunté, y que retirara la mirada, aunque fueran décimas de segundo, me dijo todo lo que necesitaba saber. Había acertado. Solo había vuelto para vivir a mi costa otra vez. Pues se había columpiado del todo, porque se iba a llevar una buena sorpresa al ver que esta vez no me iba a dejar engatusar.

—Por supuesto que te echo de menos, ¿cómo puedes dudar de ello? Yo te quiero, Marcos. Me marché porque no estaba bien, pero he vuelto a tu lado ahora que lo estoy. Sé que tú me sigues queriendo también —me contestó utilizando su último cartucho.

Pero no coló.

—No me hagas reír, por favor, y deja de mentir. No me has querido nunca, lo único que te interesa de mí es mi dinero. Pues vas apañada si piensas que me vas a sacar algo. Deja de hacer el ridículo y lárgate a París, a China o a la mierda; sinceramente me da igual. Lo único que quiero es que desaparezcas de nuestras vidas.

Al verse pillada, noté cómo su cuerpo se tensaba y ya sabía lo que vendría a continuación. La verdadera cara de Leonor, esa que solía ocultar muy bien

pero que yo conocía demasiado bien. Demasiados años juntos para no saber cómo iba a reaccionar.

—Marcos, acéptame de vuelta o puede que lo lamentes. Puedo quitarte lo que más quieres. Solo con un beso ya he hecho que uno salga de tu vida, la bombera. Puedo ir a los tribunales y quitarte a Iris, así que por tu bien y el de esa hija que dices querer tanto, te aconsejo que vuelvas a mantenerme u os haré la vida imposible a los dos. No creo que te guste ver sufrir a tu hija pudiéndolo evitar, ¿verdad?

Tuve que contenerme para no cogerla por el cuello, os lo prometo.

No solo se había atrevido a amenazarme con quitarme a Iris, algo de lo que estaba de lo más tranquilo porque eso no iba a pasar de ninguna de las maneras. Ningún juez le iba a dar la custodia con el historial de abandono que tenía, y mucho menos si Iris declaraba. No quería verla ni en pintura, mucho menos iba a querer irse con ella.

¿Y lo de Zelda? ¿Qué había querido decir con lo del beso? Me quedé unos segundos pensando y, cuando una idea pasó por mi cabeza, la sangre se me congeló. No podía ser cierto, o eso esperaba.

—Tienes vía libre para ir a pedir la custodia cuando quieras. Pero escúchame bien, porque solo te lo voy a decir una vez. No voy a volver contigo nunca, no te quiero, no te necesito y no te voy a dar ni un solo euro. ¿He sido claro o necesitas que te haga un croquis?

Me miró con odio, pero yo seguí.

—¿Qué has querido decir con lo del beso? —le exigí.

—Tu chica ha entrado en el momento justo para ver cómo disfrutábamos de nuestro reencuentro con el apasionado beso que nos hemos dado. No te pensarías que me iba a presentar aquí a ciegas.

»Tus evasivas a mis preguntas de si estabas con alguien me hicieron sospechar que escondías algo. Contraté a un investigador que me ha puesto al día de todos tus pasos —me dijo echándose a reír con una carcajada que me puso los pelos de punta.

No se podía ser más zorra.

Había elegido el momento justo en el que Zelda había entrado por la puerta y, al estar yo de espaldas, no la había visto, pero ella sí, y por eso me había besado. Y, por si eso fuera poco, nos había mandado investigar. Aquello me pareció de lo más espeluznante.

La ira se apoderó de mí y ya no pude contenerme más. Le agarré del brazo con una mano y con la otra cogí su maleta. Arrastré a las dos por el pasillo y, cuando llegué a la puerta de la calle, la abrí de un tirón. Cogí la maleta y la lancé contra la puerta del ascensor y a Leonor la saqué de la casa.

No la lancé a ella también porque, conociéndola, era capaz de denunciarme por maltrato y buscarme la ruina, pero ganas no me faltaron.

—¡Vete y no vuelvas! —le grité muy enfadado.

—Esto no se va a quedar así. Al final cederás por tu bien, pero sobre todo por el de tu hija y el de esa mujer a la que has perdido.

Ahí se acabó mi contención y mi paciencia. No le iba a consentir ni una amenaza más.

Me acerqué de dos zancadas hasta donde estaba y apoyé mis manos contra la pared, dejándola encajada entre mi cuerpo y esta. Bajé la cara hasta poner mi boca a la altura de su oído y le dije en voz baja, pero con absoluta seguridad:

—No me pongas a prueba, Leonor. Yo conozco tu peor versión, pero tú la mía no. Esa sale a la luz cuando amenazan a las mujeres de mi vida, que son Iris y Zelda. Me sobran cojones y dinero para hacerte desaparecer, así que tú verás qué quieres hacer. Solo tengo que hacer unas llamadas y un par de transferencias y en poco tiempo solo serás un mal recuerdo para todos.

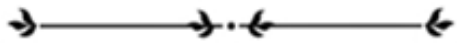
Noté cómo temblaba y cómo en su mirada se instalaba el miedo.

Me separé de ella y me crucé de brazos esperando su siguiente movimiento. Ni siquiera me miró. Cogió la maleta y se metió en el ascensor. Mis palabras hicieron el efecto deseado.

Quería que saliera de nuestras vidas para siempre y lo había conseguido. Ahora solo faltaba arreglar el desastre que había formado besándome delante de Zelda.

Me costase lo que me costase, tenía que recuperar a mi mujer.

Capítulo 29



Zelda

Iris, Sandra y Luismi seguían mirándome sin atreverse a decir ni una sola palabra, y yo tampoco sabía qué decir. Bien era cierto que no había nada que decir; después de lo que había visto, las cosas estaban más que claras.

—Es imposible que Marcos sea tan idiota como para volver con esa garrapata —dijo Luismi rompiendo el silencio.

—Yo ya le he dicho que, si ella se queda, yo me marcho —añadió Iris.

—¿Y dónde vas a ir, criatura? Eres menor —le dijo Sandra con pena al ver el estado de desolación en el que estaba.

—Conozco a la mejor trabajadora social de la ciudad, le pediré ayuda —le contestó, haciéndonos reír.

Mi teléfono sonó y todos me miraron nerviosos. Pensarían que era Marcos, pero no era así; ese tono era el de mi hermano, con el que me llamaba para las emergencias. Me levanté de un salto, saqué el móvil del bolso y les pedí silencio con la mano.

—Dime, Enzo —le dije nada más contestar.

—¿Te han dado el alta? —me preguntó.

—Sí, acabo de llegar del médico. Iba a llamarte en un rato para decírtelo —le respondí.

Como nadie sabía que había ido al ginecólogo, no les había dicho que hasta que no pasara por allí y me confirmaran que todo estaba bien no iba a coger el alta. Pero como todo estaba perfecto, de camino a casa de Marcos llamé a mi médico de cabecera y me la tramitó por teléfono cuando le dije que todo estaba bien.

—¿Puedes venir? Tenemos un incendio de los gordos —me pidió.

—Salgo para allí en cinco minutos —le contesté colgando.

—¿Dónde vas? —me preguntó Sandra al verme levantarme a toda prisa.

—A trabajar. Hay un incendio muy grande y me necesitan —le contesté sin mirarla a los ojos, porque sabía lo que vendría a continuación.

—Zelda, no puedes meterte en el humo, es peligroso —me dijo asustada.

—Lo sé, tranquila, tendré mucho cuidado.

—¿Qué te pasa? ¿Si no estás del todo bien, por qué te han dado el alta? —me preguntó Iris preocupada.

Luismi, Sandra y yo nos miramos y nos entendimos con la mirada. Pasara lo que pasara con Marcos, Iris tenía derecho a elegir qué quería hacer y decidir si quería estar presente en la vida de su padre. Era ya casi una adulta y muy madura para su edad; comprendería la situación fuera cual fuera. Así que tenía derecho a saber lo que estaba pasando.

—Esta no era la manera en la que tenía pensado daros esta noticia a ti y a tu padre. Quería hacerlo de una forma especial, pero supongo que eso ya no va a ser posible. Así que, antes de irme, te lo voy a contar; luego tú ya decides si quieres formar parte de su vida —le dije acercándome a ella y acariciándole el pelo con cariño.

El que llevaba dentro sería mi hijo de sangre y lo querría con todo mi corazón, pero a Iris, aunque no tenía mi sangre, ya la quería de la misma

manera.

—¿Qué noticia? —me preguntó con curiosidad.

—Dentro de seis meses vas a ser la mejor hermana mayor del mundo —le dije sonriendo.

Sus ojos se abrieron como platos. Su mirada fue primero a Luismi y después a Sandra, buscando confirmación en sus rostros. Al ver ambas sonrisas, volvió a mirarme y después bajó la vista hasta mi barriga, donde, con miedo, acercó sus manos para tocarme.

—¿Un bebé? Dios mío… es una noticia maravillosa, Zelda —me dijo emocionada.

Ya sabía que estaría encantada, y eso hizo que se me encogiera el corazón, porque ya no podíamos ser la familia de cuatro que yo había soñado en mi cabeza.

—Ahora tengo que irme a trabajar, pero te prometo que cuando termine te contaré todo con más detalle, ¿vale? —asintió emocionada y yo cogí mis cosas para marcharme lo más rápido posible.

—Zelda, ten mucho cuidado —me dijeron Luismi y Sandra a la vez.

No les contesté, solo asentí y me marché.

No quería correr. Ahora tenía que pensar en alguien más que en mí; mi hijo era mi prioridad, así que anduve todo lo deprisa que pude.

Llegué al parque y, cuando traspasé la puerta, allí estaba mi hermano esperándome. Era una de las personas que más me conocía en el mundo. Desde que mi padre murió, no solo había hecho el papel de hermano mayor, sino también el de padre conmigo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has llorado? —me dijo cogiéndome del brazo para apartarme a un lado y tener privacidad.

—Cuando vuelva te lo cuento todo. Ahora hay una emergencia y el fuego no espera por nadie, Enzo —le contesté.

—No vas a salir de este parque a ningún sitio hasta que me lo cuentes, así que, si quieres ir con tus compañeros, más te vale darte prisa en hablar —me dijo frunciendo el ceño y cruzándose de brazos, haciendo notar no solo su autoridad de hermano mayor, sino también la de jefe.

Conocía bien lo cabezota que era y sabía que no iba a ceder. No me dejaría ni ir a cambiarme hasta que le contara lo que me pasaba, así que no me quedó más remedio que hacerlo.

Le conté lo que me había encontrado al llegar al piso de Marcos, cómo él y su ex se estaban besando, cómo ni siquiera se había dado cuenta de que yo lo había presenciado, pero ella sí, y la mirada ganadora que me había dedicado. Le expliqué cómo me había marchado al piso de Luismi porque allí también estaba Sandra y no sabía qué otra cosa hacer en esos momentos. También le conté cómo, poco tiempo después, había llegado Iris, lo enfadada que venía al ver a su madre allí y que no quería quedarse en su casa si Leonor se quedaba con ellos.

—No se sorprendió —me dijo Enzo, y no entendí a qué se refería.

—¿Qué? —le pregunté confundida.

—Dices que ella te miró sonriendo, pero no parecía sorprendida por verte allí. Eso solo es posible si ya sabía quién eras, ¿no te parece raro? Ella no tenía por qué conocer tu existencia. Te aseguro que Iris no le ha hablado de ti ni de nada. Sabes que no habla con su madre y dudo mucho que Marcos lo haya hecho tampoco.

»Entonces, ¿cómo sabía quién eras? Una mujer que viene a recuperar o reencontrarse con su pareja actuaría de forma muy distinta si una mujer desconocida entra en la casa de él como si fuera la suya.

Las palabras de mi hermano me dejaron en *shock*. Tenía toda la razón. Leonor me conocía y sabía perfectamente quién era. Su mirada de triunfo así me lo había dicho. Y su reacción no fue de sorpresa en ningún momento; era como si estuviera esperando que yo apareciera en cualquier instante.

En cambio, yo sí me sorprendí, porque no la esperaba. Esa era la reacción que ella debería haber tenido, al igual que yo, pero no fue así. Algo no cuadraba y yo no era de las personas que se quedaban con dudas, así que decidí que, cuando terminara de trabajar, intentaría hablar con Marcos. Si no quería darme una explicación, lo aceptaría, pero al menos necesitaba que me dijera a la cara qué era lo que estaba pasando.

—No dejes las cosas así, Zelda. Ese hombre te quiere, dale la oportunidad de que se explique —me aconsejó mi hermano.

—Lo haré —le contesté retirándole la mirada. Si seguíamos hablando, acabaría contándole todo lo demás y pensé que no era el momento—. Voy a cambiarme —añadí dándome la vuelta.

Pero Enzo fue más rápido y no me dejó marchar.

—No tan rápido. ¿Qué es lo que no me estás contando? —me dijo cogiéndome de la mano para retenerme.

—Nada —le contesté mordiéndome el labio.

No coló.

—El que nada no se ahoga —dijo poniendo los ojos en blanco—. Zelda… o hablas o le llamo ahora mismo para que me lo cuente él.

Y era muy capaz de hacerlo. Menudo era mi hermano cuando quería salirse con la suya. Así que cogí aire y se lo solté de sopetón.

—Marcos no te lo puede decir porque no lo sabe. Estoy embarazada de tres meses y es un niño. Ale, ya lo sabes. ¿Me sueltas? Tengo que cambiarme.

—¿Me lo sueltas así y te quedas tan pancha? ¿Crees que te vas a meter en un incendio embarazada? —me dijo empezando a enfadarse.

—Enzo, estoy bien. No voy a dejar de trabajar. Yo, más que nadie, quiero que no le pase nada a este bebé al que quiero con todo mi ser. Así que puedes quedarte tranquilo. Tenía pensado ayudar en lo que pueda, pero sin arriesgar.

Enzo me miró con orgullo, porque sabía que mis palabras eran ciertas y que por nada del mundo haría algo peligroso en mi estado.

—Está bien, pero díselo a Roque antes de subir al camión. Él sabrá dónde ponerte para que corras el menor riesgo posible. No me hagas arrepentirme de dejarte ir —me respondió dándome un abrazo—. Enhorabuena, vas a ser una madre increíble —añadió susurrándome al oído.

Nos separamos y vi en sus ojos la misma emoción que había visto en los de Iris, Sandra y Luismi. Todos estaban contentos con la noticia. Esperaba que el más interesado también lo estuviera cuando se lo dijera.

Aunque antes de eso teníamos por delante una larga conversación y lo que habláramos en ella decidiría nuestro futuro.

Mientras me vestía, no dejé de darle vueltas a las palabras de mi hermano. Tenía razón en todo. El problema había sido que la escena me había impactado tanto que no había podido ver más allá. Solo pensé en la traición y en el dolor que estaba sintiendo al ver a Marcos besando a Leonor.

Antes de salir, paré unos segundos a Eloy y a Roque en la puerta del vestuario y les puse al tanto de mi estado. Los dos se quedaron impactados, pero a la vez se alegraron mucho por mí. Sabía de antemano que eso pasaría, porque el sueño de ambos era ser padres y llevaban ya varios meses esperando que les hicieran las entrevistas habituales para poder adoptar.

Roque me advirtió que no le desobedeciera en ningún momento y que aceptara hacer lo que me dijera sin rechistar. Le aseguré que podía quedarse tranquilo, porque así lo haría. La Zelda kamikaze, como todos me llamaban, se quedaría en la sombra al menos durante unos meses.

Llegamos al incendio, que era en un edificio de pisos. Las llamas, que al parecer habían empezado en el tercer piso, se habían extendido rápidamente y ya llegaban hasta el décimo, que era el último.

Roque me colocó fuera del edificio con otro compañero para tirar agua con la manguera en los pisos inferiores, mientras él entraba con otros compañeros en el interior, que era lo que yo habría hecho en otras circunstancias.

Pero no podía quejarme. Estaba trabajando y ayudando, aunque de una forma distinta, y eso era lo importante.

Capítulo 30



Marcos

Lo primero que hice cuando Leonor se marchó fue entrar en casa corriendo a buscar mi teléfono. Tenía que localizar a Zelda y a Iris, estaba igual de preocupado por las dos.

Primero marqué el número de Zelda. Era prioritario hablar con ella, no porque hacerlo con mi hija no lo fuera, pero tenía una ligera idea de dónde podía estar. Cuando alguna vez nos habíamos enfadado, que eran pocas veces, siempre se iba al piso de Luismi y esta vez seguramente habría hecho lo mismo. Lo que me pregunté es si Zelda también lo habría hecho. Ojalá fuera así, eso me facilitaría el trabajo y podría hablar con las dos enseguida.

Marqué su número. Me dio tono, bien, no me había bloqueado, pero sonó hasta que saltó el contestador y colgué. Volví a intentarlo dos veces más con el mismo resultado. Estaba claro que no quería hablar conmigo.

Siguiente paso: bajar a casa de Luismi a ver si con suerte estaban allí las dos, aunque también cabía la posibilidad de que se hubieran encontrado allí y ya se hubieran ido a casa de Emma.

Me calcé unas deportivas, ya que cuando me había duchado me había puesto ropa de deporte, cogí el móvil, la cartera y las llaves del coche por si tenía que salir a buscarlas. Así no perdería tiempo en volver a subir.

Fue Luismi el que me abrió la puerta y, solo por la manera de mirarme, ya supe que alguna de las dos o las dos estaban allí, o habían estado. Había enfado en su mirada, pero también decepción.

—¿Qué quieres, Marcos? —No era solo su mirada, su tono de voz también era de enfado.

—Buscarla —le dije entrando deprisa antes de que le diera tiempo a cerrarme la puerta en las narices.

Entré en el salón antes de que Luismi pudiera pararme y allí estaban Sandra y mi hija hablando, pero no había ni rastro de Zelda. Mi cara debió de ser de desilusión total porque las dos me miraron desconcertadas, como si no se esperaran que fuera a venir a buscarlas.

—Papá, ¿qué haces aquí? —me preguntó Iris con el ceño fruncido. Seguía enfadada y lo entendía, claro que sí; yo en su lugar estaría igual.

—Venir a buscaros —le respondí sentándome a su lado, sonriendo.

—¿Dónde está Leonor? —me preguntó Luismi, que estaba de pie apoyado en la mesa, con los brazos cruzados.

—Ni lo sé, ni me importa. Y sinceramente espero que haya captado el mensaje y no vuelva a aparecer por aquí. —Los tres me miraron incrédulos.

—Te besas con ella y ahora dices esto. No entiendo nada —dijo Sandra hablando por primera vez, que como buena amiga de Zelda que era, me estaba lanzando cuchillos con los ojos.

—Yo no la he besado, ha sido ella la que me ha besado a mí sabiendo que Zelda estaba allí —les dije mirándolos a los tres para que vieran en mis ojos la sinceridad de mis palabras.

—Explícanos qué ha pasado, porque eso no es lo que nos ha contado Zelda —al decirme eso, Sandra me confirmó que Zelda había bajado de mi casa directamente allí.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con ella —les pregunté a los tres.

—Tú habla y ya veremos si lo que nos cuentas nos convence. Entonces, y solo entonces, te diremos dónde está —me dijo Sandra protegiendo a su amiga.

Ese gesto por su parte me gustó mucho y asentí, sonriendo.

Cogí una bocanada de aire antes de empezar a hablar. Les conté a los tres absolutamente todo lo que había pasado desde el momento en el que abrí la puerta y ante mí estaba Leonor. Las mentiras del principio, diciéndome lo mucho que me echaba de menos y lo mucho que me quería. El momento del beso, al que yo no había respondido, y cómo la aparté en cuanto reaccioné, preso de la sorpresa al no esperarme una cosa así.

Les conté cómo la conversación había avanzado y cómo ella había ido perdiendo la paciencia al ver que yo no cedía ante ella. Cómo al final había mostrado sus verdaderas intenciones. Les dije que lo traía todo planeado porque había investigado nuestros movimientos y sabía el momento justo en el que Zelda aparecería para dar su golpe y hacerle creer que la estaba engañando con ella.

Les conté las amenazas que me había hecho sobre Iris y cómo al final la había sacado de mi piso, arrastrándola a ella y a su maleta, y las palabras en plan mafioso que le había dicho en la puerta del ascensor.

Cuando terminé de hablar, los tres me miraban alucinados por todo lo que les había contado. Sobre todo Iris, que estaría digiriendo todo lo que su madre había dicho de ella. Sabía que le dolería saber lo poco que le importaba a la que era su madre, pero era necesario que supiera toda la verdad, era lo bastante mayor para estar al tanto de todo.

—Vaya una desgraciada —dijo Sandra enfadada.

—Yo me voy a callar los insultos que tengo en la punta de la lengua por respeto a que hay una menor delante —añadió Luismi, igual de enfadado.

—Pues entonces yo también me voy a callar los míos por respeto a mi padre, no quiero que me oiga blasfemar —dijo Iris, haciéndonos reír.

—Joder, macho, todo este rato desde que vino Zelda y nos dijo lo del beso he pensado que volverías con esa arpía, y he estado pensando las mil maneras en que te iba a patear el culo si hacías eso y dejabas escapar a una mujer que te ama con locura.

—Yo también la amo a ella, es la mujer de mi vida. ¿Ahora me vais a decir ya dónde está? Tengo que hablar con ella cuanto antes —les dije.

Me fijé en que los tres se miraron compartiendo un mismo pensamiento, lo que me hizo fruncir el ceño porque no me gustó nada lo que vi en sus miradas.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Zelda? Y no me digáis que nada porque he visto cómo os miráis. Sabéis que yo no… —Volvieron a mirarse y vi cómo Sandra y Luismi asentían con la cabeza a Iris, dándole permiso para que fuera ella la que me contara lo que estaba pasando.

—Enzo la llamó y se marchó corriendo, había un incendio muy grande y necesitaban ayuda. —El miedo se instaló dentro de mí.

Era la primera intervención a la que iba desde el accidente y, aunque sabía que estaba entrenada de sobra, era imposible no preocuparme por si le pasaba algo.

—Me voy al parque. Necesito saber que está bien. Además, si le ha contado lo que ha pasado a Enzo, tengo que explicarle la verdad —les dije poniéndome en pie.

—Papá, hay algo más —me dijo Iris frotándose las manos, nerviosa.

Le pedí con la mano que dijera lo que fuera, ansioso.

—Zelda está embarazada —me dijo en un susurro.

Los miré horrorizado. No por el bebé, sino por saber que estaba en un incendio en ese estado.

Capítulo 31



Marcos

—¿Está embarazada y se va a meter en un incendio? ¡Por encima de mi cadáver! —les dije muy alterado por el miedo que me recorría todo el cuerpo. Ya no solo podría perderla a ella, sino también a mi hijo.

Un hijo. Zelda llevaba dentro una nueva vida que habíamos creado juntos, producto del amor que nos teníamos. Quería saberlo todo: ¿cuándo se había enterado?, ¿habría sido ese mismo día? Me pregunté. Si eso era así y, al llegar a casa, posiblemente ilusionada o con miedo a mi reacción, se había encontrado el panorama que se encontró, el dolor que debió sentir pensando que le estaba traicionando tenía que haber sido insoportable. Solo de pensarlo, un nudo se me instaló en la garganta.

—Marcos, tranquilízate. Los chicos no le dejarán hacer nada que pueda perjudicarla. Y ella se cuidará de no hacer locuras, ya ama a ese bebé más que a nada y estaba muy ilusionada —me dijo Sandra para tranquilizarme.

Pero nada de lo que me dijeran en ese momento podía lograrlo. Necesitaba verla, abrazarla, besarla y saber que ella y mi hijo estaban bien. Pero, sobre todo, necesitaba que me escuchara. Quería que supiera que no la había traicionado y decirle que la amaba con todo mi corazón, a ella y solo a ella, hoy y siempre.

—No estaré tranquilo hasta que la vea y hable con ella. Voy a ir al parque y no me voy a mover de allí hasta que vuelva y, si no me convence lo que me

diga Enzo en cuanto a su seguridad, iré al incendio —les dije a los tres con firmeza.

—Vamos, papá, yo iré contigo. También quiero saber que Zelda y mi hermano están bien —dijo mi hija poniéndose en pie.

Salimos los dos de casa de Luismi prometiendo contarles todo después y bajamos directamente al garaje a por el coche. No dijimos ni una sola palabra en todo el rato que duró el trayecto hasta el parque. Cada uno iba perdido en sus pensamientos.

No sabía cuáles podían ser los de Iris, pero podía hacerme una ligera idea. Cuando me dio la noticia del bebé, pude ver en sus ojos un brillo de ilusión desconocido para mí. Que se lo hubiera tomado de esa manera hacía que la noticia me gustara todavía más. Seríamos una familia, aunque me costara sudor y lágrimas convencer a Zelda de que me aceptara de nuevo en su vida, esa de la que yo nunca quise salir, sino que una mala mujer, por egoísmo y ambición, nos había llevado hasta este punto en el que ella estaba sufriendo porque pensaba que no la amaba y yo sufría por saber que ella tenía esos pensamientos.

Llegamos al parque y entramos directamente hacia el despacho de Enzo. Los chicos que andaban por allí, que eran pocos, tengo que decir, no se extrañaron al vernos ni nos negaron la entrada. Aparte del día en el que Zelda tuvo el accidente en la explosión, habían sido muchos más los días en los que me había pasado por allí, bien a buscarla a ella o a su hermano, a Eloy o a Roque para tomar algo, así que todos me conocían ya de sobra.

La puerta estaba abierta y, como la vez anterior, Enzo hablaba por el comunicador con los equipos que estaban en el incendio. También, como la vez anterior, no se sorprendió al verme aparecer. Era como si supiera que iba a llegar en cualquier momento, y sus siguientes palabras me lo confirmaron.

—Que llegues aquí con Iris, con lo enfadada que me han dicho que estaba contigo, me da la razón de que hay un motivo que mi hermana no sabe por el que ha visto lo que ha visto —me dijo antes de levantarse de la silla y sacar de la nevera que tenía allí tres botellas de agua, colocándolas encima de la mesa para luego hacernos un gesto con la mano para que nos sentáramos.

—Lo hay —le dije con sinceridad—. Cuando acabe el operativo te lo contaré todo con calma, pero te adelanto que lo que ha visto Zelda era una trampa de mi ex para separarnos.

La sonrisa que me dedicó a la vez que asentía con la cabeza me hizo respirar tranquilo al ver que me creía. Que no me hubiera echado de su despacho o me hubiera dado un puñetazo nada más entrar ya me dio una pista de que Enzo estaba dispuesto a escuchar mi versión antes de actuar, y eso decía mucho de la persona que era.

—Mi hermana también necesita esa explicación. No estaba muy bien cuando ha llegado y, antes de que me eches en cara por qué la he dejado ir a trabajar en ese estado, te diré que la conozco lo suficiente para saber que en estos momentos es lo que mejor le puede venir.

»Cuando se monta en el camión, todo lo demás que tenga en la cabeza se queda aquí hasta que vuelve. Solo estará concentrada en lo que pasa en el incendio y eso te dará ventaja para que no esté carcomiéndose por dentro y dándole mil vueltas a lo mismo una y otra vez.

Eso que me dijo ya lo sabía. La concentración con la que salía Zelda a una emergencia era increíble y muy buena para ella. Así no se distraía de su cometido. Era verdad que me daría ventaja que no estuviera pensando en lo que había pasado y seguramente se sorprendería cuando llegara al verme allí.

—Enzo, no estará en el foco del incendio, ¿verdad? —le pregunté preocupado.

La sonrisa que me devolvió fue de comprensión. Sin palabras me dijo que sabía por qué se lo preguntaba. Él también sabía lo del bebé.

—Lo sabes —me dijo afirmando.

Yo asentí.

—Tú también —le contesté de la misma manera.

—Me lo ha contado cuando ha llegado. Bueno, más bien la he obligado a que me lo dijera. Puedo ser muy persuasivo y cabezota cuando quiero —me dijo echándose a reír.

—Roque, no la dejes entrar —dijo por el auricular, por el que oía todo lo que hablaban entre los chicos en el incendio.

Yo contuve la respiración porque, por el gesto de su cara, no le estaba gustando nada lo que estaba oyendo.

—¡Qué mierda! Verás cuando vuelva. Le dije que nada de chorradas. No va a salir del parque hasta que no tenga al crío en brazos —dijo muy enfadado.

—¡Zelda, te dije que te quedaras fuera, joder! —le gritaba ahora a su hermana.

Cada segundo que pasaba me ponía más nervioso sin saber qué estaba pasando.

—Me da igual si no es el edificio y es el local de abajo y solo vas a tardar un minuto —dijo exasperado.

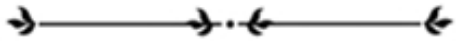
—Está bien, ya me calmo. No lo puedo evitar. Sigue con lo que estabas —añadió pasándose las manos por el pelo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté cuando dejó de hablar con ellos, impaciente por saber.

Me explicó que Zelda había entrado en un local que estaba en la parte baja del edificio, que aunque no había fuego, sí que podía contener humo. Aunque Roque le aseguró que no había riesgo alguno de que le pasara nada, porque si no, él mismo no la habría dejado entrar. Que Roque la cuidara de esa manera hizo que los dos nos quedáramos más tranquilos.

Hasta dos horas y media después no pude respirar tranquilo, cuando vi a Zelda bajar del camión de bomberos sana y salva y con una sonrisa en la cara. Sonrisa que desapareció en cuanto me vio allí esperándola.

Capítulo 32



Zelda

Miré hacia arriba y daba auténtico pavor ver cómo las llamas consumían los pisos superiores del edificio. Cuatro camiones trabajábamos sin descanso con las mangueras a toda potencia, tirando agua, y no parecía que el fuego disminuyera.

Roque y muchos compañeros no dejaban de entrar y salir agotados, sacando gente, unos conscientes, pero con claros síntomas de intoxicación por el humo que habían respirado. Los había con menos suerte, a los que les había pillado de pleno el foco del fuego y tenían graves quemaduras. Muchos de ellos ni siquiera eran conscientes del alcance de sus heridas, al estar desmayados o incluso con insuficiencias respiratorias.

Era un auténtico caos, gente llorando y chillando allá donde miraras. Unos por la pérdida de algún ser querido, otros por perder su vivienda, donde tenían los recuerdos de toda una vida. Otros pedían a gritos a los bomberos que buscaran a tal o cual persona que aún no había sido rescatada.

Mientras ayudaba a mi compañero con la manguera, a la cual Roque me había asignado, una mujer se me acercó llorando y me agarró de la chaqueta. No era capaz de entender lo que me quería decir porque solo balbuceaba entre sollozos. Solo logré entender hijo, local y ayuda.

Esas tres palabras me pusieron en alerta porque no me señalaba el edificio, sino uno de los locales en la parte baja, donde, si no éramos capaces de

controlar las llamas en pocos minutos, era donde llegarían. Por lo que podía ver desde donde estaba, el local tenía la verja casi cerrada. Seguramente el corte eléctrico que había provocado el fuego no había dejado que bajara o subiera y se había quedado trabada.

Llamé a uno de mis compañeros que se encontraba cerca para que me tomara el relevo en la manguera y me aparté unos metros, agarrando a la mujer del brazo para alejarnos un poco del jaleo y poder escucharla con claridad.

Con menos ruido a nuestro alrededor, conseguí que se calmara un poco y me explicara qué le ocurría y por qué estaba en ese estado. Me contó que el local era suyo y que solía llegar algo más tarde por las mañanas, ya que era su hijo quien se encargaba de abrir. Aquella mañana, cuando ella había llegado, el fuego ya estaba en pleno apogeo y, por más que había buscado, no había logrado encontrarlo. Al ver la verja en ese estado, estaba convencida de que seguía dentro y de que algo grave tenía que haberle ocurrido para no haber salido.

Me explicó que su hijo atravesaba una mala racha y que sufría crisis de ansiedad que, en muchas ocasiones, lo llevaban al desmayo. Si eso era lo que le había ocurrido, podía ser la razón por la que no había conseguido escapar. Estaría atrapado en el interior y, si el fuego alcanzaba el local, no tendría la más mínima posibilidad de salir con vida: ya fuera por un derrumbe, por la inhalación de humo o, peor aún, por las llamas.

En ese momento supe que no podía dejar morir a ese chico. Por la altura de la verja y la forma en que estaba colocada, ninguno de mis compañeros podría pasar por ese hueco; todos me doblaban en tamaño. Solo yo podía hacerlo y lo iba a hacer. Ese era mi trabajo, y no solo debía cumplirlo: quería hacerlo.

Vi salir a Roque en ese momento del edificio con una mujer cargada al hombro, totalmente inconsciente. La paliza que se estaban dando todos era brutal, casi inhumana. Después de dejarla en manos de un sanitario que se acercó con una camilla, lo vi apoyarse unos segundos en un lateral de nuestro camión, intentando recuperar el aliento que parecía faltarle tras el esfuerzo.

Le aseguré a la mujer que yo me encargaría de todo y corrí hacia Roque para explicarle lo que estaba ocurriendo.

Al verme a su lado me miró extrañado, pero no le di margen a preguntar. Le solté de carrerilla todo lo que la mujer me había contado. Mientras hablaba, su mirada se dirigió de inmediato al local que teníamos justo enfrente. Frunció el ceño al comprender la situación. Por ese hueco no podía entrar ninguno de los bomberos que estábamos allí, incluido él, y levantar la verja nos haría perder un tiempo del que no disponíamos. El fuego avanzaba demasiado rápido.

Sabía que mi hermano nos estaba escuchando y que, en cuanto dijera que sería yo la que entraría, pondría el grito en el cielo. Pero no había alternativa. Miré a Roque y hablé con total seguridad, aun sabiendo lo que vendría a continuación:

—Sabes que nadie más puede entrar ahí. Si no entro yo, ese chico no tendrá la más mínima posibilidad de salir con vida.

Él soltó un resoplido antes de contestarme.

—Lo sé, ya puedes tener mucho cuidado —me dijo mientras nos acercábamos hasta el local.

—Roque, no la dejes entrar —le dijo por el auricular mi hermano, con miedo en la voz.

—Enzo, no hay nadie más que pueda entrar. Si no entra ella, ese chico no saldrá de ahí con vida —le contestó Roque.

Antes de que mi hermano siguiera protestando, me tumbé en el suelo y, arrastrándome, pasé por debajo de la puerta. El interior estaba oscuro por la falta de luz, pero no tanto como para no poder distinguir lo que me rodeaba. La poca claridad que se filtraba por el hueco por el que había entrado era suficiente para orientarme.

Hice un recorrido rápido con la mirada y enseguida lo vi: el chico estaba tumbado en el suelo, junto a una estantería. Tal y como había supuesto su madre, se encontraba desmayado.

Me fijé bien en él. No tendría más de veinte años y era muy delgado. Aquello me tranquilizó, porque sabía que no me resultaría difícil arrastrarlo

hasta la verja y que, una vez allí, Roque podría tirar de él y sacarlo por completo sin problemas.

—Chicos, el muchacho está aquí, inconsciente —les dije a Roque y a mi hermano.

—¡Qué mierda! Verás cuando vuelva. Le dije que nada de chorradas, no va a salir del parque hasta que no tenga al crío en brazos —le dijo Enzo a Roque, muy enfadado, sin saber todavía que yo ya había entrado.

—¡Zelda, te dije que te quedaras fuera, joder! —me gritó, totalmente alterado.

—Enzo, cálmate. No estoy en el edificio, es un local y aquí aún falta para que llegue el fuego. No tardaré ni un minuto en salir.

—Me da igual si es el edificio o el local de abajo y si solo vas a tardar un minuto —respondió, exasperado.

Mientras escuchaba la bronca de Enzo y las explicaciones de Roque, no me quedé quieta. Cogí al chico por las axilas y, sin apenas esfuerzo, lo arrastré hasta la verja. Sin soltarlo, me tumbé en el suelo y, arrastrando mi propio cuerpo y el suyo, conseguí sacar parte del mío y la mitad del suyo. Eso fue suficiente para apartarme a un lado y que Roque, agachado y atento a todos mis movimientos, tirara del chico con una sola mano, lo sacara por completo y después se lo cargara al hombro para salir corriendo hacia la ambulancia más cercana.

—Enzo, ya estamos fuera los dos. Ya puedes calmarte. Estoy perfectamente y no he corrido ningún riesgo ni he hecho ningún esfuerzo —le dije con la voz serena, para que entendiera que mis palabras eran sinceras.

—Está bien, ya me calmo, no lo puedo evitar. Sigue con lo que estabas —me respondió, y por su tono noté que, al menos, lo intentaba.

Estuvimos allí dos horas más, durante las cuales bomberos, policías, sanitarios e incluso voluntarios que se habían unido a nosotros trabajamos sin descanso hasta conseguir poner a todos los supervivientes a salvo. Extinguir por completo las llamas nos llevó algo más de tiempo, pero finalmente,

logramos que el edificio quedara envuelto únicamente en una densa nube de polvo y humo.

El aire en movimiento se llevaba el humo en todas direcciones, pero lo peor ya se lo había llevado el fuego. Vidas, recuerdos, ilusiones y planes de futuro habían quedado reducidos a cenizas en apenas dos horas. Ninguna de las personas que vivían en aquel edificio habría imaginado, mientras desayunaban, se duchaban o compartían un momento bonito con sus seres queridos, que pocas horas después sus vidas cambiarían para siempre.

Miré a mi alrededor y, ante aquel panorama desolador, aún había gente llorando, abrazada a quienes supuse eran familiares o amigos. Sus gestos de dolor y pérdida hicieron que un escalofrío me recorriera de la cabeza a los pies. En momentos como esos es cuando te das cuenta de lo importante que es vivir la vida a tope, de disfrutar de todo lo que te ofrece, por pequeño que creas que es, y de no dejar para otro momento lo que sientes. Piensas en la importancia de dar un beso, un abrazo o decir un te quiero justo cuando el corazón te lo pide.

Con esos pensamientos que no dejaban de acudir a mi mente sin parar, y mientras observaba cómo el humo se disipaba en la distancia, la imagen de Marcos se coló en mi cabeza. En ella aparecía con nuestro hijo en brazos e Iris a su lado, sonriendo. Esa estampa era la que yo quería no solo ver, sino también vivir. Lucharía por él y por nuestra familia y, si no me quería a su lado, al menos me quedaría tranquila sabiendo que lo había intentado con todas mis fuerzas.

Con el cansancio pesando en el cuerpo, nos montamos todos en el camión y Eloy puso rumbo al parque. Durante el trayecto, el silencio nos envolvió. Íbamos perdidos en nuestros pensamientos, con la tristeza reflejada en la mirada, recordando todo lo que habíamos visto y vivido aquella mañana.

Al bajar del camión, Roque me dedicó una sonrisa de complicidad con la que me transmitió que sus pensamientos eran muy parecidos a los míos en cuanto a disfrutar de la vida, y se la devolví.

Pero esa sonrisa desapareció de mi rostro en el instante en que me giré y vi a Marcos allí, mirándome fijamente.

Capítulo 33



Zelda

La intensidad con la que me miraba Marcos me hizo estremecer. Su cara estaba seria y su gesto era de preocupación y tristeza. Los dos nos quedamos con los ojos fijos el uno en el otro. La imagen de él besándose con Leonor, que había presenciado horas antes y que durante el tiempo que había estado concentrada en el trabajo había apartado de mi mente, volvió a aparecer en ese momento y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Un movimiento a su lado me hizo perder el contacto visual con él y fijarme en la persona que estaba a su lado, que no era otra que Iris. La sonrisa que me dedicó, transmitiéndome que todo iría bien, me dio esperanzas de que quizá entre su padre y yo no estuviera todo perdido.

Todos mis compañeros habían ido entrando poco a poco dentro y, en la zona de los camiones, en esos momentos solo estábamos yo, sola en una parte, y frente a mí Marcos, con Iris a un lado y mi hermano al otro, que me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, transmitiéndome lo mismo que había hecho Iris con su sonrisa. Un paso por detrás estaban Eloy y Roque, de brazos cruzados, esperando también a ver qué era lo que pasaría a continuación.

Estaba tan abrumada por la situación que fui incapaz de moverme. Mis piernas no me respondían y parecía que me habían anclado al suelo. Volví a mirar a Marcos, que seguía con la mirada fija en mí, pero su expresión había cambiado. En ella había determinación. La seriedad había desaparecido, dando paso a una sonrisa.

Esa sonrisa que yo conocía tan bien. Esa que tenía parte de culpa de que me hubiera enamorado de él. Esa misma sonrisa que me había dedicado día y noche durante todo el tiempo que habíamos estado juntos. Esa que era la primera que veía por las mañanas cuando abría los ojos y él me estaba observando. La que me dedicaba mientras hacíamos el amor. La que ponía cuando yo le hablaba y él me escuchaba con atención, sin perder detalle de cada una de mis palabras, como si todo lo que le contaba fuera lo más importante del mundo.

En resumidas cuentas, esa sonrisa con la que me había dicho tantas veces, sin necesidad de palabras, cuánto me quería.

Mis pies se movieron por inercia, como si una cuerda invisible tirara de mí para que llegara hasta él, hasta sus brazos, hasta lo que para mí era hogar. Porque eso es lo que él era para mí: mi refugio, mi hogar y mi lugar seguro en el mundo.

Al verme dar el primer paso, que aunque era pequeño había conseguido dar, no aguantó más la espera y, casi corriendo, llegó hasta mí y me envolvió en sus brazos, pegándome a su pecho. Y hasta ahí llegó mi contención. Sentirme rodeada por él, por su calor, su olor y los latidos de su corazón, que estaba igual de acelerado que el mío, hizo que me derrumbara y me echara a llorar de una manera desgarradora.

—No llores, mi amor —me dijo susurrándome al oído mientras sus manos me acariciaban la espalda, consolándome.

—Marcos… yo… yo… ella… —No fui capaz de que de mi boca saliera nada coherente, pero solo con esas palabras él entendió lo que quería decirle.

—Cuando estés más calmada te lo contaré todo con más detalle. Lo único que me importa que sepas ahora mismo es que Leonor nos tendió una trampa. Ella no es nadie para mí. Mi corazón y mi mente solo tienen una dueña, a la que amo con todo mi ser, y la tengo ahora mismo entre mis brazos.

»Espero que nunca más nada ni nadie le haga dudar de que es la mujer de mi vida. Con ella quiero formar una familia, vivir mil cosas y disfrutar y afrontar juntos todo lo que el destino nos tenga preparado.

»Y que dentro de muchos años, cuando seamos dos viejecitos sentados en una mecedora con una taza de chocolate en las manos, mientras miramos a

nuestros nietos, podamos sonreír porque estaremos felices y orgullosos al ver lo bien que lo hicimos. Y eso será así porque lo hicimos juntos.

Sus palabras, que fueron una auténtica declaración de amor, hicieron que el miedo, las dudas y la incertidumbre desaparecieran de golpe. Yo también quería todo eso que había dicho. Lo deseaba con todas mis fuerzas. Y lo mejor era que ya habíamos empezado a construir ese futuro juntos sin planearlo, y buena prueba de ello era el hijo que llevaba en mi interior.

Separé la cabeza de su pecho y la levanté para mirarle a los ojos. Quería que viera en mi mirada que yo le quería con la misma intensidad y que quería ese futuro tan maravilloso que me había propuesto vivir junto a él. Al ver la manera en la que le miré, sonrió aún más, si eso era posible.

—Espero que mi chocolate tenga nubes, me gustan las nubes —le dije muy seria, pero sonriendo con la mirada.

Marcos, al comprender mis palabras, soltó una carcajada antes de agarrarme por la nuca y darme el mejor beso que me habían dado en mi vida.

No es que los otros besos que habíamos compartido fueran malos, ni mucho menos. Pero ese no solo fue un beso apasionado y delicioso, también fue la manera de sellar un pacto silencioso en el que los dos nos comprometíamos a hacer todo lo posible para conseguir todo lo que Marcos había propuesto.

Aunque mientras nos besábamos parecía que estábamos metidos en una burbuja y que el resto del mundo hubiera desaparecido para nosotros, no pudimos evitar oír a mi hermano, a Iris, a Eloy y a Roque aplaudir y silbar a la vez que nos vitoreaban.

—Te amo —me dijo susurrándome cuando separó sus labios de los míos.

—Yo también te amo con todo mi corazón —le respondí.

Lo que hizo a continuación me dejó totalmente descolocada, porque pensé que no lo sabía, pero tuve claro que alguien se lo había dicho y apostaría sin miedo a equivocarme a que había sido su hija.

Se arrodilló a mis pies y, agarrándome suavemente por las caderas para sujetarme, acercó su cara hasta mi vientre para depositar varios besos y decir unas palabras al bebé entre susurros que no logré entender, pero que, por la manera entrecortada de hablar y la emoción en sus ojos, supe que eran un mensaje precioso para nuestro hijo.

—Iba a decírtelo esta noche —le dije acariciándole el pelo, muy emocionada también por el momento que estábamos viviendo.

—No podría estar más feliz de lo que estoy al saber que vas a darme un hijo, Zelda, y espero que no sea el último —me dijo acariciándome el vientre con mucho amor.

—No lo será —le contesté convencida, porque yo también quería una gran familia—. Levántate y vamos dentro, necesito una ducha. Puedes acompañarme si quieres —le pedí guiñándole un ojo.

—La próxima vez que me arrodille ante ti será para pedirte que seas mi mujer, y te adelanto que no voy a tardar mucho en hacerlo —me dijo con un brillo especial en la mirada—. Ahora vamos a por esa ducha, te voy a enjabonar por todas partes —añadió mirándome con deseo, haciendo que me encendiera al pensar en lo que vendría a continuación.

Mientras los demás nos dijeron que nos esperaban en el comedor para compartir la comida que ya estaban preparando, Marcos me acompañó a la ducha.

Me desnudó con todo el mimo del mundo y después lo hizo él, a toda prisa. Como había prometido, me enjabonó todo el cuerpo. Cuando me hubo quitado todo el polvo que tenía encima, las caricias cambiaron. Sus manos recorrieron todo mi cuerpo mientras besaba mis labios y mi cuello, para después bajar hasta mis pechos, que estaban más sensibles por el embarazo.

Solo con un primer lametazo en mis pezones me hizo soltar el primer jadeo, que le hizo sonreír. Su mano bajó hasta mi centro y empezó a acariciar mi clítoris sin dejar de devorarme los pechos con ansia. Metió un primer dedo en mi interior y empezó a darme placer hasta que vio que estaba a punto de dejarme ir. Fue en ese momento cuando añadió otro dedo y aumentó la velocidad, sin darme tregua, hasta que consiguió que me corriera en su mano.

Su boca dejó mis pechos para devorarme la boca antes de darme la vuelta y hacerme apoyar las manos en la pared. Me agarró con una mano por la cadera mientras con la otra sujetaba su miembro y lo acercaba a mi entrada. Lo frotó en mi vagina una y otra vez sin llegar a entrar, consiguiendo que mi excitación fuera en aumento, tanto como la suya. Solo cuando le rogué que no me torturara más fue cuando se introdujo en mí de una sola estocada.

Sus movimientos fueron aumentando tanto en rapidez como en fuerza hasta que, con un último jadeo por mi parte y un grito con mi nombre por la suya, ambos alcanzamos el clímax.

Cuando llegamos al comedor, todos los adultos, al ver mi sonrojo y el pelo mojado de Marcos —que era lo que más pistas daba de lo que acabábamos de vivir—, nos miraron con una sonrisilla cómplice.

Mientras comíamos, Marcos me contó todo lo que había pasado con Leonor desde que se presentó sin previo aviso en su casa. De todas las cosas que le había dicho, las mías fueron las que menos me importaron. Pero saber todo lo que había dicho de Iris hizo que me enfadara muchísimo. Que su propia madre no pudiera quererla era algo incomprensible para mí, cuando yo la quería como si de mi hija se tratara, sin llevar mi sangre.

Pero lo peor de todo fue saber cómo le había amenazado con pedir la custodia de Iris para chantajearle, utilizando a su hija como si fuera una moneda de cambio para salirse con la suya.

Eloy y Roque, que también estaban sentados con nosotros y se enteraron a la vez que yo de todo lo que había pasado, fueron de la misma opinión que yo y le llamaron de todo menos guapa.

A Iris no se la veía afectada por todas las cosas que había dicho su madre de ella. Era una auténtica pena ver cómo no es que no le importaran, es que hacía mucho tiempo que se había hecho a la idea de que esa mujer solo era su madre porque la había parido, pero que hasta ahí llegaba todo su vínculo.

—Buenos días, me han dicho que aquí podía encontrar a Enzo, el jefe del parque. ¿Es así? —dijo un chico que acababa de entrar en el comedor, interrumpiendo nuestra conversación.

En el momento en que habló, todos nos giramos para mirarle. Era joven, no pasaría de los veinte años, pero muy guapo. El pelo rubio le llegaba casi hasta los hombros y tenía unos ojos color miel que le iban perfectos a su aspecto aniñado, aportándole dulzura a la mirada, aunque en ella también se adivinaba un toque pícaro.

A mi lado estaba sentada Iris y, cuando vi la manera en la que le miraba, mi corazón dio un vuelco. Esa mirada la conocía muy bien, porque era la misma que había tenido yo desde el primer día que conocí a su padre. Pero lo peor no fue eso, sino que el chico, del que todavía no sabíamos nada —ni su nombre ni lo que hacía allí—, le devolvió la mirada de la misma manera. Es más, durante unos segundos los dos se quedaron enganchados, mirándose sin poder apartar la vista el uno del otro.

Un carraspeo de mi hermano antes de hablar rompió esa burbuja en la que estaban metidos.

—Yo soy Enzo. ¿Qué querías? —le dijo ofreciéndole la mano para presentarse.

—Soy Álvaro y esta mañana me han notificado que este parque es el que me ha tocado en destino para empezar a trabajar —le contestó sonriendo, volviendo a mirar a Iris, que le devolvió la sonrisa, sonrojándose.

Madre mía, la que se nos venía encima, pensé.

No era la única que se había dado cuenta de lo que acababa de pasar. Eloy y Roque sonrieron, y este último me guiñó un ojo antes de negar con la cabeza, señalando con ella a Marcos.

—¿Qué está pasando? —me preguntó mi chico entre dientes, mientras miraba a Iris y a Álvaro con el ceño fruncido.

—Que la niña se nos ha enamorado y, por lo que veo, por parte de Álvaro es recíproco —le contesté.

Me miró con la boca abierta y los ojos como platos hasta que reaccionó soltando una maldición, haciéndonos reír a todos.

Menos a los chicos, que ni se habían enterado de nada, porque seguían atrapados en sus miradas, ajenos a todo lo demás.

Capítulo 34



Marcos

Los meses pasaron tan rápido que apenas nos dimos cuenta. Dicen que cuando uno está feliz y la vida le sonríe, el tiempo parece pasar más deprisa, y eso era exactamente lo que nos había pasado a nosotros.

Desde el día en el que fui a buscar a Zelda al parque con la intención de no dejarla escapar, todo había ido sobre ruedas. Ese mismo día volvió a casa para no salir más. En los días siguientes, entre todos, le ayudamos a traer desde la casa de Emma todas las cosas que tenía allí y se mudó definitivamente con Iris y conmigo.

Si yo estaba contento por ello, mi hija no lo estaba menos. Veía en Zelda a esa madre que nunca tuvo, pero también a una amiga, a una cómplice y a un referente a seguir. La complicidad que tenían entre ellas era absolutamente asombrosa. Solo con una mirada, no hacían falta palabras, se entendían a la perfección.

Incluso en ocasiones se aliaban entre ellas para hacerme rabiar, pasándoselo bien a mi costa. Yo fingía un enfado que no sentía, porque verlas tan unidas no podía hacerme más feliz.

La convivencia entre todos fue de diez desde el primer momento. Hay gente a la que le cuesta adaptarse cuando cambia de vida y empieza una nueva etapa compartiendo espacio con otras personas.

En nuestro caso no fue así. Cualquiera que nos viera desde fuera podría pensar que llevábamos toda la vida juntos, por lo bien que nos adaptamos unos a otros.

En verano, cuando a Iris le dieron las vacaciones y después de cuadrar las fechas de descanso de Sandra y Zelda, al final nos fuimos de viaje a los dos sitios que entre todos habíamos elegido meses antes.

Nuestra primera parada fue Escocia, donde estuvimos una semana. Ese era el sueño que mi hija y Zelda compartían, y ninguno se lo íbamos a negar.

Fue una semana intensa de visitar muchos lugares. Nos alojamos en un hotel espectacular en Inverness y, desde allí, todos los días, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, no dejamos de recorrer los sitios de la lista que ellas llevaban hecha, con lugares que decían que era delito no ver estando allí.

También disfrutamos de la gastronomía, muy distinta a la nuestra, pero no por eso menos deliciosa. A la hora de partir, las dos nos hicieron prometer que volveríamos para ver todos los sitios que, por falta de tiempo, se habían quedado en la lista sin tachar.

Nuestro siguiente destino fueron las Bahamas. Ese fue el sitio elegido por Sandra y Luismi, que desde el principio dijeron que querían días de relax la segunda semana de nuestras vacaciones, y vaya si lo tuvimos.

Nos alojamos en un resort que tenía absolutamente de todo: playas espectaculares y actividades, sobre todo acuáticas, con las que disfrutamos muchísimo, especialmente Iris.

Pero lo que más hicimos fue comer y descansar. Bueno… Zelda y yo también pasamos muchos ratos en la habitación a solas. Si no hubiera estado ya embarazada, habría venido de allí en ese estado, por la cantidad de veces que hicimos el amor y disfrutamos de nuestros cuerpos.

Pero sin duda, el mejor momento de nuestras vacaciones fue algo que Sandra, Luismi y mi hija me ayudaron a preparar sin que Zelda lo supiera. Fue el lugar que elegí para pedirle que se casara conmigo.

Fue en Escocia, concretamente en el pueblo de Gretna Green, conocido y famoso por ser el lugar donde, en el siglo dieciocho, se escapaban los menores de edad o las personas a las que no se les permitía casarse para hacerlo allí. Mi hija y Zelda compartían pasión por la lectura de libros románticos de esa época y las había escuchado comentarlo en muchas ocasiones. Me pareció que podría gustarle hacerlo en un sitio que arrastraba tanta historia.

Pero la cosa no quedó solo en la típica pedida. Pedimos ayuda a un hombre que tenía una herrería allí como lugar turístico, porque era el sitio donde solían celebrarse las bodas en esa época. Al hombre le pareció una idea preciosa y se prestó a oficiar una boda que, aunque falsa, para nosotros fue de lo más real y bonita.

Cuando Zelda vio todo lo que habíamos preparado y se encontró allí, delante de ese hombre, conmigo arrodillado a su lado y un anillo en mi mano, se emocionó tanto que al final acabamos todos con la lágrima suelta.

Nos dimos el sí quiero intercambiando anillos y prometiéndonos construir juntos ese futuro que habíamos pactado tiempo atrás.

La boda de verdad decidimos que la celebraríamos con todos los nuestros cuando el bebé ya hubiera nacido. Para eso no teníamos ninguna prisa, porque los dos sabíamos que no nos hacía falta un papel para considerarnos casados. Ya lo estábamos con el corazón, y con eso bastaba.

A la vuelta de las vacaciones, Zelda volvió al parque para seguir trabajando, prometiéndome a mí y a todos que no se arriesgaría por ella y por el niño. Y lo había cumplido durante el resto del embarazo. Aunque salió en el camión con el resto de los compañeros durante los dos meses siguientes, después se quedó en el parque ayudando a su hermano con tareas de coordinación y administrativas.

Enzo le ofreció cogerse la baja hasta que diera a luz, pero no quiso ni oír hablar del tema. Mi mujer era un culo inquieto que, si se hubiera tenido que quedar en casa, se habría muerto de aburrimiento.

A quien le vino de perlas que Zelda siguiera trabajando en el parque fue a Iris. Todos los días sin excepción que Zelda trabajaba, de lunes a viernes por

las mañanas hasta las cuatro de la tarde —turno que pactó con Enzo al no hacer ya guardias de veinticuatro horas—, Iris se pasaba por allí.

Pero todos sabíamos que no solo iba al parque a buscar a mi mujer, sino a ver a cierto bombero rubio por el que suspiraba cada vez que lo tenía delante.

A todos nos hacía mucha gracia el flechazo que habían tenido desde el día que se conocieron, aquel en el que estábamos todos juntos comiendo en el parque. A todos menos a mí, claro. Yo seguía viendo a mi hija como mi niña pequeña, aunque de pequeña ya no tenía nada.

A sus dieciséis años se había convertido en una jovencita preciosa, con una madurez que no correspondía a su edad y con las ideas muy claras sobre su futuro. Trabajaría en la gestión de las joyerías a mi lado para algún día tomar el relevo, y también tenía claro que Álvaro sería el hombre con el que tendría su propia familia algún día.

Zelda solía aplacarme en mis protestas y resoplidos cuando la oía hablar tan abiertamente de los sentimientos que tenía hacia él. No porque el chico le sacara unos cuantos años —eso era lo de menos y yo era el menos indicado para decir nada, porque a Zelda le sacaba doce—. Álvaro a Iris solo le sacaba cuatro.

Pero como padre protector no podía evitar preocuparme por si esa historia no salía adelante y mi hija sufría. Además, eran muy jóvenes y les quedaba mucho por vivir y disfrutar.

Cuando yo argumentaba todo eso, ahí estaba Zelda para rebatirme, diciéndome que el amor no entiende de edad, que llega cuando tiene que llegar y que, si a ellos les había llegado tan pronto, era porque su historia sería tan bonita que necesitaban todo ese tiempo por delante para disfrutar de lo que el destino les tuviera preparado.

En fin, que solo me quedaba estar ahí por si mi hija me necesitaba y apoyarla en todas las decisiones que tomara, aunque yo no estuviera de acuerdo con algunas de ellas.

Estaba sentado en el despacho recordando todo esto, esos meses tan buenos que habíamos tenido, cuando mi teléfono sonó. Miré la pantalla y vi

que era Enzo. Eso hizo que me pusiera en alerta, porque estando Zelda con él, ¿por qué no había sido ella la que me llamara si necesitaba algo?, me pregunté mientras contestaba ansioso.

—¿Qué pasa, Enzo? —le dije nada más descolgar.

—Sal cagando leches para el hospital si quieres estar presente cuando tu hijo nazca —me soltó así, de sopetón.

Tuve que agarrarme al respaldo de la silla para no caerme de la impresión.

—¿Por qué coño no me ha llamado ella? —le pregunté mientras cogía mis cosas y salía corriendo del despacho.

—Porque es una cabezota que ha estado toda la mañana con dolores, pero no ha dicho nada a nadie porque pensaba que, al ser primeriza, tardaría mucho en ponerse de parto.

La madre que la parió, pensé para mis adentros. Cuando tuviera a mi hijo en brazos y viera que los dos estaban bien, la bronca que le iba a echar iba a ser épica.

—¿Dónde está ahora? —le pregunté mientras salía corriendo por la puerta para coger el coche.

Enzo se quedó callado unos segundos, y eso no me gustó nada.

—¡Enzo! ¿Dónde está mi mujer? —le grité alterado.

—Eh… estamos todos en el camión de camino al hospital. Eloy conduce y Roque y yo estamos con ella. No había tiempo para otra cosa. La sirena nos da ventaja para llegar cuanto antes.

Me cagué en todo. Era para matarla.

—Este niño trae sangre bombera, quiere nacer en el camión —oí decir a Roque riéndose de fondo.

Resoplé por su bromita, aunque en el fondo me hizo gracia.

—Dile a Roque que se puede meter sus bromitas por el… —No terminé la frase porque, a la siguiente, oí la voz de Zelda.

—Marcos, ¿estás de camino? No creo que pueda aguantar mucho más —me dijo jadeante.

—Estoy a cinco minutos —le contesté nervioso—. Zelda, te quiero. Lo vas a hacer fenomenal. Esto, comparado con saltar balcones y apagar fuegos, es una menudencia para ti.

—Yo también te quiero. Te veo en la puerta, amor —me dijo antes de devolverle el teléfono a su hermano.

Llegué antes que ellos porque el hospital estaba mucho más cerca de mi oficina que del parque. Dejé el coche en el primer sitio libre que vi y salí corriendo hacia la puerta de urgencias.

Tres minutos después oí las sirenas y vi cómo el camión se acercaba a toda velocidad. El sonido hizo que un celador saliera corriendo a ver qué pasaba. Le expliqué la situación y entró a avisar a médicos y enfermeras.

Corrí hasta el camión cuando paró y abrí la puerta de un tirón. Enzo tenía a Zelda entre sus brazos y me la pasó. Con ella rodeándome el cuello, maldiciendo por el dolor, llegué hasta la camilla que sacaban en ese momento.

Pasamos a un box donde un ginecólogo la esperaba. Cuando le levantó el vestido, la miró con asombro.

—Ni al paritorio llegamos. El bebé tiene prácticamente la cabeza fuera. En la siguiente contracción, empuja.

Me acordé de las palabras de Roque y me eché a reír.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Zelda apretando los dientes.

—De que, si te descuidas un poco más, el capullo de Roque habría tenido razón y el niño nos nace bombero.

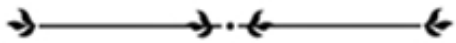
Se rio, pero la risa se le cortó con la siguiente contracción. Empujó con todas sus fuerzas y, dos minutos después, el llanto de nuestro hijo llenó la habitación.

Ni puntos tuvieron que darle. Fue una campeona, mi mujer.

Después de revisar a los dos, los llevaron a una habitación. A lo largo del día hubo un desfile de visitas para conocer al nuevo miembro de la familia.

Pero, sin duda, el mejor momento fue cuando llegó Iris a conocer a su hermano, acompañada de Álvaro, que había sido quien la avisó y fue a recogerla al instituto. La conexión fue inmediata. Ver a mi hija con su hermano en brazos me hizo sonreír y pensar en lo bonito que sería verla, algún día, cargando a su propio hijo.

Epílogo



Treinta años después…

Zelda

Mis ojos no dejaban de mirar de un lado a otro, observando detenidamente a todas las personas que en esos momentos estaban en el jardín de nuestra casa. A mi lado, sentado en una mecedora igual que la mía, tenía al que seguía siendo el amor de mi vida. Me detuve unos segundos a observarle y en su mirada se reflejaba la misma felicidad que yo sentía al contemplar la estampa que teníamos delante.

Nuestra casa no era la misma en la que empezamos nuestra vida en común. Años después, cuando volvimos a ampliar la familia, decidimos que necesitábamos más espacio y compramos un chalé enorme en una de las urbanizaciones más cercanas a la ciudad. Y ahí era donde estábamos en esos momentos, todos reunidos.

¿Qué todos? Pues muchos más de los que podáis imaginar. Os voy a hacer un repaso de todos los que estaban ahora mismo en el jardín, esperando para sentarse a la mesa y comer juntos para celebrar el setenta y dos cumpleaños de Marcos.

Empecemos por los que, no siendo de sangre para nosotros, eran tan familia como los que sí la tenían. Roque y Eloy seguían tan enamorados como desde el día que se conocieron en el parque tantos años atrás. A su lado

estaban sus hijos Carmen y Alejandro, hermanos entre ellos, a los que después de una larga espera consiguieron adoptar.

Los acompañaba Emilio, la pareja de Carmen, que tenía a su lado a su hijo Alonso, de diez años. Mis queridos compañeros de aventuras ahora eran unos adorables abuelos a los que se les caía la baba con su nieto. De momento, su otro hijo no tenía pareja, pero todo se andaría, porque miraba mucho a una de las presentes, que también estaba soltera y con la que compartía profesión y amistad.

También estaban con nosotros nuestros inseparables amigos Sandra y Luismi, que acabaron casándose un año después que nosotros en una boda muy íntima y sencilla, como lo fue la nuestra. De ese matrimonio, que seguía tan unido como el primer día, nacieron dos hijas gemelas, María y Sofía, que ya tenían veintisiete años y trabajaban las dos diseñando joyas en la empresa de mi marido.

Las dos estaban casadas con trabajadores de la empresa: una con el abogado que llevaba todo el tema legal de la misma y la otra con el que era la mano derecha de mi hija Iris. María estaba embarazada de ocho meses y en breve ampliaríamos la familia, convirtiendo en abuelos a nuestros queridos amigos por primera vez.

En unas mecedoras, a pocos metros de las nuestras, estaba sentado mi hermano con su mujer Conchi. Este es otro caso de flechazo en nuestra familia. El día que todos recuerdan como una de las mayores y más cómicas aventuras de mi vida, cuando él y mis compañeros me tuvieron que llevar a dar a luz a mi hijo en el camión de bomberos.

Después de dejarme en brazos de Marcos y despedirse de los chicos, entró corriendo por la puerta de urgencias y literalmente arrolló a una enfermera que salía en ese momento. Ese choque fue el mejor de sus vidas, porque hizo que, tras varias disculpas, mi hermano se quedara prendado de mi cuñada y la invitara a un café.

Y fijaos si dio de sí el café, que allí seguían juntos. Se habían casado seis meses después de aquel encuentro. Lo que no habían tenido eran hijos, porque por mucho que lo intentaron, las cosas no salieron bien. Pero, como ellos

decían, con todos los nuestros se conformaban, teniendo la parte buena con ellos, la de la diversión; la de los lloros nos la dejaban a los padres.

Antes de seguir con los últimos que me faltaban, que eran lo más grande que Marcos y yo teníamos en la vida, nuestra propia familia, esa que tanto soñamos y que conseguimos formar a lo largo de los años, quiero recordar a una persona que, aunque no estaba presente en esos momentos y había dejado en nosotros una gran ausencia, fue muy importante.

Como ocurrió con mi padre en mi adolescencia, la recordábamos a menudo por la gran ayuda que nos brindó a todos hasta el momento de su partida. Hablo de Emma, mi madre, que nos dejó después de una larga enfermedad que la fue consumiendo poco a poco años atrás.

Yo lo pasé muy mal cuando nos dejó, pero Iris, que para ella se convirtió en su querida abuela desde el día que se conocieron, lo pasó igual de mal que yo o incluso peor.

Y ahora sí, los miré uno a uno, sonriendo y con el pecho lleno de orgullo por las maravillosas personas en las que se habían convertido. Delante de nosotros, a solo unos pasos, estaban todos nuestros hijos con sus respectivas familias.

Empecemos con la mayor, que como sabéis, es Iris, ya toda una gran mujer de cuarenta y cinco años. Ella acabó siendo mi hija legalmente cuando cumplió la mayoría de edad, cambiándose ella misma el apellido de su madre por el mío y pidiéndome que la adoptara legalmente para figurar en el libro de familia como una hija más.

El día que nos comunicó a su padre y a mí sus intenciones, los dos lloramos de emoción. De su madre, Leonor, no habíamos vuelto a saber nada en todos esos años, y agradecidos que estábamos por ello.

¿Recordáis el día que Marcos y yo nos reconciliamos en el parque y que, cuando comíamos, un bombero novato y guapo nos interrumpió? Pues ese bombero, como todos vimos, le robó el corazón a nuestra niña, y ella robó el suyo.

Durante dos años, mientras Iris seguía siendo menor, dijeron que solo se estaban conociendo y que solo eran amigos. Como les recordaba Roque a menudo, esa milonga no se la creía nadie, pero lo dejamos pasar porque vimos que lo suyo era amor del bueno.

El caso es que hicieron oficial su relación el mismo día que nuestra niña cumplió los dieciocho años. Un año después nos dieron la sorpresa de nuestras vidas diciéndonos que estaba embarazada. Vamos, que nos hicieron abuelos muy jóvenes.

A Marcos le costó digerir la noticia, pero su gesto serio se convirtió en una gran sonrisa en el momento en que cogió en brazos por primera vez a nuestra nieta Emma, sí, Iris le puso a su hija el nombre de mi madre, que ya era toda una mujer y en esos momentos tenía veintiséis años.

Dos años después nació Izan y dos años más tarde Eric. Con esos tres hijos, Iris y Álvaro cerraron la fábrica. A día de hoy, como nos pasó a nosotros, eran los orgullosos abuelos de Alma, la hija de Emma y su pareja Miguel, y nosotros bisabuelos. Quién lo diría.

Sus otros dos hijos estaban solteros y sin miras de cambiar de estado, solo de disfrutar de la vida hasta que Cupido les alcanzara.

El día famoso de mi mejor viaje en el camión de bomberos nació nuestro hijo Bruno, que ya tenía treinta años. A él no le había ido muy bien en el amor y, por el momento, no quería saber nada de mujeres. Pero ninguno estábamos preocupados, porque sabíamos que antes o después caería rendido a los pies de cierta bombera que le miraba de una manera muy especial.

Sí, he dicho bombera y compañera suya. Lo que Roque dijo aquel día bromeando, que casi nacía en el camión un nuevo bombero, acabó siendo una realidad. Desde pequeño, Bruno tuvo claro que seguiría mis pasos, cosa de la que mi hermano y yo no podíamos estar más orgullosos por continuar la tradición familiar.

Por último, dos años después de nacer nuestro hijo, como prometimos, todos volvimos a viajar a Escocia durante un mes entero para poder ver todas las cosas que se nos habían quedado pendientes. De aquel viaje volvimos dos más, pues un mes después descubrimos que estaba embarazada de mellizos.

Hace veintiocho años nacieron Vega y Gael, nuestros pequeños y los que más quebraderos de cabeza nos habían dado. En su infancia fueron dos terremotos que no dejaban crecer la hierba por donde pasaban.

Gael, que también era bombero, se había casado con Susana, la mejor amiga de su hermana. Ellos estaban esperando su tercer hijo, porque ya tenían dos mellizos de cuatro años que eran el vivo reflejo, en cuanto a trastadas, de lo que fueron él y su hermana.

Su padre se reía mucho cuando le veía resoplar al contemplar alguna de las que habían liado sus hijos y le decía: eso es el karma, hijo, mientras le daba una palmada en la espalda que le hacía resoplar aún más.

Nuestra hija Vega seguía soltera y muy centrada en su trabajo. Siempre le habían encantado los ordenadores y fue por eso por lo que se decantó a la hora de estudiar. Trabajaba en una empresa como programadora informática, profesión que compartía con Alejandro, el hijo de Roque y Eloy, y con el que acabaría teniendo una bonita historia de amor. Solo hacía falta estar con ellos cinco minutos para ver cómo saltaban las chispas entre ambos.

La mano de Marcos agarró la mía, devolviéndome al presente. Levanté la mirada y en su cara vi esa gran sonrisa con la que me enamoró hacía ya tantos años. En sus ojos seguía reflejándose el mismo amor que sentía por mí, idéntico al mío por él.

—Toma, amor —me dijo acercándome una taza de chocolate con nubes por encima, lo que me hizo sonreír y emocionarme.

—Lo recuerdas —le dije inclinándome para darle un beso en los labios.

—Recuerdo todas y cada una de las cosas que nos hemos dicho y hemos vivido juntos, pero esa en especial. Fue una promesa de futuro y, como puedes ver, la hemos cumplido.

—Lo hicimos —le dije apretando su mano.

—Lo hicimos juntos.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora
